

ESPERANZA,

POR

AGUSTIN MILLARES.



Gabriela Peres

LAS PALMAS DE GRAN CANARIA.

IMPRENTA DE M. COLLINA.

1860.

Gonzalo Melián García

ESPERANZA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Donde se vé que no siempre son agradables las consecuencias de una distraccion.

El viagero que, al salir de las desiertas y monótonas llanuras de Castilla, se dirige por primera vez al antiguo principado de Asturias, no puede contener un movimiento de sorpresa al contemplar el pintoresco paisaje que se ofrece á su vista, y que va desarrollándose siempre nuevo y variado á cada paso que adelanta por aquel clásico pais de nuestras glorias.

Elevadísimos montes, cubiertos de maleza y de árboles seculares, risueñas colinas sembradas de graeciosos caseríos

y de rústicas iglesias, valles salpicados de verdura, praderas regadas por multitud de arroyuelos; magníficas cascadas, viejas fortalezas, antiguos torreones, el arte y la naturaleza, en fin, mezclando sus heroicos recuerdos de otra época, con la magnificencia siempre inagotable de la mano de Dios, todo esto se encuentra en Asturias encerrado como un cuadro entre sus altas y agrestes montañas, y formando un conjunto lleno de incomparable belleza para cualquiera que con el corazón de artista se detiene á visitar aquel país, baluarte inespugnable de la libertad española, y cuna de nuestra independencia.

Es una hermosa tarde del mes de Setiembre de 1846.

No lejos de Villaviciosa, pueblo situado á cuatro leguas de Gijón, y á orillas del río Amandi, se descubre á la derecha del camino que vá hácia Oviedo una casita aislada, cubierta en parte por el espeso follaje de varios árboles centenarios. Una senda bastante trillada conduce desde la carretera á la citada casa y se interna lue-

go formando caprichosos rodeos por un valle, al fondo del cual se divisa un espeso bosque cuya sombra se pierde en el horizonte.

Descúbrese á la izquierda del río la lindísima aldea de S. Juan de Amandi, cuyo diseminado caserío forma un paisaje encantador, y sobre una colina la magnífica iglesia que le sirve de parroquia, bellísimo tipo de arquitectura bizantina, conservada casi milagrosamente en estos tiempos de indiferencia y positivismo.

A lo lejos y cerrando el cuadro, se levantan en progresivos escalones los altos montes que conducen al concejo de Cabranes, donde ya la naturaleza se muestra mas selvática y agreste.

Es la hora del crepúsculo.

El cielo, límpido y sereno, apenas deja ver alguna nube que iluminada por los últimos rayos del sol poniente se colora de mil variados matices, y diáfana y ligera corre, impulsada por un suave vientecillo que baja de las montañas, hácia las playas del mar cantábrico.

Junto á la casita de que hemos habla-

do, un hombre y una muger vestidos sencillamente al uso del pais, se ocupan en examinar una inmensa nube de polvo que á lo lejos se levanta en la carretera de Oviedo.

Sin duda que no están acostumbrados á este espectáculo, supuesto que la causa que lo motiva no puede ser mas natural.

Tres grandes carruages y una berlina, tirada ésta por briosos caballos, son los que producen aquella nube que se adelanta como un torbellino costeano de cerca el rio Amandi y dejando tras sí una luminosa huella producida por el reflejo del sol sobre las miríadas de átomos que forman el polvo del camino.

De pronto los carruages, como obediendo una orden superior dada sin duda con anticipacion, se detienen frente á la casita aislada, viéndose pocos momentos despues descender de la berlina tres personas que tomando el sendero que á aquella conduce, suben despacio la colina. En cuanto á los carruages, siguen su camino hácia Villaviciosa, desapareciendo en breve de la vista de los viajeros.

Hemos dicho que éstos eran tres; vamos ahora á describirlos á nuestros lectores, mientras se acercan lentamente á los aldeanos que, curiosos é inmóviles, los esperan junto á la única puerta de su pequeña habitacion.

Dirémos desde luego que el grupo se componia de un hombre y dos mugeres. El hombre podia tener cuarenta y cinco años, y presentaba á primera vista un aspecto noble é imponente. De regular estatura, de facciones hermosas, aunque un tanto ajadas, ofrecia el tipo de esas razas de héroes cuyo recuerdo se conserva aun en los viejos retratos que guardan en sus galerias algunas casas señoriales.

Pardos y brillantes eran sus ojos, y sus cejas espesas y fruncidas; su bigote y pelo en otro tiempo de un negro azabache, principiaban ya á encanecer. Unos lábios finos y delgados, denotaban la irascibilidad de su carácter, así como algunas arrugas que de vez en cuando aparecian en su frente, revelaban sin esfuerzo que no era la paciencia una de sus virtudes favoritas. Un elegante vestido de viaje, sencillo pero de un gusto supremo y esquisito, dibujaba su talle que los años habian redondeado sin quitarle ese aire de buen to-

no que da el trato de una sociedad escogida. En la mano, delicadamente enguantada, llevaba un junquillo con puño de oro que le servía de juguete, y con el cual azotaba las altas yerbas que encontraba al paso.

Seguíale una niña de 14 á 15 años, linda como una flor de primavera. Su rostro angelical donde se dibujaba aun la sonrisa de la infancia y la eucantadora ingenuidad de la primera juventud, ofrecía el tipo mas perfecto de esas mugeres que nos recuerdan, por la transparencia y blancura de su tez, las bellezas aristocráticas del Norte, y por sus ojos negros, grandes y rasgados, llenos de fuego, de alma y de espresion, las bellezas del mediodía de la España. Fundianse, pues, en esta niña de la manera mas armoniosa las dos razas que se disputan la supremacia de la belleza. Al verla, el primer movimiento era de admiracion, el segundo de adoracion respetuosa y tierna, porque parecia desprenderse de ella una atmósfera de pureza que embriagaba con su aroma á cuantos tenían la dicha de acercársele. Vestía como su compañero con esquisita elegancia: su sombrero era de lo mejor que podia encontrarse en las fábricas de Paris, la capa ó abrigo de rico ter-

ciopelo color violeta que le cubria los hombros, y su vestido de gró negro festoneado de precioso encage de Bruselas, diseñaba su talle gracioso y esbelto con la doble gracia que siempre prestan á la muger la juventud y la belleza.

La tercera persona del grupo era una muger de 30 á 35 años, pálida y macilenta, pero de fisonomía espresiva y bondadosa. Su vestido y aspecto demostraban sencillez y modestia.

Fácilmente se conocía que su posicion social era inferior á la de las dos personas que antes hemos descrito.

Sin embargo, la niña apoyábase familiarmente en su brazo, y juntas ascendian por el trillado sendero que conducia á la casita aislada, al paso que el caballero del junquillo marchando solo delante, parecia abstraído en sus propias ideas sin atender á sus compañeras de viage, ni al sitio por donde transitaba.

De este modo los tres personajes llegaron al sitio en que la senda cruzaba por junto á la casa, en cuyo dintel estaban en pié los aldeanos que desde la aparicion de los carruages, esperaban el desenlace de esta esceva.

Al llegar aquí el caballero se detuvo, y

con un tono de supremo desden que nos seria imposible traducir, dirigiéndose á los aldeanos, les preguntò, si podian indicarle el camino mas breve para llegar al castillo de Castelsoro.

A esta pregunta, aunque hecha con el acento más impolítico posible, el aldeano se adelantó, y señalando el sendero que como hemos dicho se internaba en el valle, para esconderse luego en unos espesos matorrales, le indicó aquel camino como el mas breve para llegar al castillo, añadiéndole que al acercarse á la linde del bosque torciera á la izquierda hasta encontrar la orilla del rio desde cuyo punto era fácil descubrir el edificio designado.

El caballero sin dignarse dar las gracias, hizo una imperceptible inclinacion de cabeza como espresando haber comprendido, y siguió adelante sin cuidarse tampoco de sus dos compañeras, que, fatigadas, acababan de llegar enfrente al aldeano, en el momento mismo en que éste daba la anterior respuesta.

La jóven, sin embargo, se detuvo un momento á contemplar con delicia los árboles que sombreaban la casa, y dirigiendo un cariñoso saludo á los asturianos, como si hubiera

querido compensar el insultante desden de su compañero, se apresuró á seguirlo, redoblando el paso.

La tarde continuaba apacible y tranquila; un césped verde y suave alfombraba el valle, y algunos grupos de castaños y nogales esparcidos sin òrden, venian á interrumpir la monótona uniformidad de la pradera; dos altas montañas de redondeados contornos limitaban á izquierda y derecha el sendero, estrechándose á alguna distancia para formar una angosta garganta en la que se levantaba el bosque de que ya hemos hablado.

Los tres viageros seguian andando en silencio; el caballero abismado siempre en sus pensamientos, y las damas procurando arreglar al paso precipitado y breve de aquel, su mas lenta y sosegada marcha.

= Tu vienes cansada, mi querida María, dijo de pronto la jóven deteniéndose.

= Un poco, contestó la interpelada con forzada sonrisa, pero eso no impide que sigamos adelante.

= Nó, nó, descansemos antes; estás muy pálida.

= No os cuideis de mí, señorita, el ejercicio me es provechoso. Y haciendo un esfuer-

zo para disimular su cansancio, continuó marchando con cuanta ligereza le fué posible.

La jóven, adivinando talvez que la resistencia de su compañera dependia de la persona que las guiaba, y á quien por su causa no queria ésta detener, se recogió un poco el vestido y con aquella irreflección propia de sus pocos años corrió á su encuentro sin atender á las voces que para detenerla daba la cansada dama.

El caballero al oír el crugido del grò, volvió al fin la cabeza y vió á la jóven que con el rostro encendido como una amapola, la sonrisa en los lábios y el placer en los ojos llegaba corriendo á su lado.

Detúvose un momento á contemplarla, y la arruga que cruzaba su frente desapareció. Aquella resplandeciente hermosura parecia haber tenido el poder de fascinarle.

—¿Porqué corres de ese modo, dijo al fin tomando entre las suyas las manos de la niña con una espresion de cariño que en vano pretendió disimular?

—Perdóname, papá, le contestó ella, interrumpiéndose á cada palabra, para tomar aliento, me he visto obligada á correr para recordarte que Maria no puede seguirnos.

= Y para qué la has traído?

= Porque el paseo le será provechoso, ¿que necesidad tenemos de ir tan aprisa?

= Hoy me hallo á tus órdenes y te obedeceré, pero ya que me presto tan voluntariamente á tus caprichos, entre los que no ha sido el menor el paseo que á través de estos campos me obligas á dar, porque te fastidiaba el coche, es preciso que no olvides que la noche se acerca, que necesito llegar pronto al Castillo, y que no conozco bien estas localidades.

= Gracias, papá, no te haremos esperar.

Al decir esto se habia incorporado á ellos la persona que respondiera al nombre de Maria, y juntos emprendieron de nuevo la marcha, yendo ahora delante la jóven que tan pronto corria tras una mariposa, como se bajaba para recoger una de esas flores silvestres que crecen olvidadas en medio de los prados.

De este modo llegaron al límite del valle, en cuyo sitio se cruzaban dos sendas, una que costeaba el bosque por la derecha y otra que le rodeaba por la izquierda.

El caballero se detuvo indeciso, como si quisiese recordar la direccion que le habia

indicado poco antes el labrador.

Después de un momento de reflexión y fastidiado al parecer de que esta duda viniese á interrumpir su marcha, tomó á la derecha, procurando no desviarse de la senda que aparecía ya menos frecuentada, y por consiguiente mas difícil de descubrir.

El paisaje, entretanto, iba cambiando insensiblemente de aspecto. El espeso follaje de los árboles de los que algunos se destacaban como avanzadas hácia el camino, daba al crepúsculo mayor oscuridad; á un lado se veía, como un ejército de fantasmas de caprichosas formas, una cadena de puntiagudas rocas, de poca altura pero de áspera subida. Las zarzas y los espinos cruzaban por todas partes la senda, estrechándola en algunos puntos de tal modo, que no permitían la marcha de dos personas de frente. El piso sembrado de fragmentos de roca, de ramas de árbol, y de ásperas desigualdades, hacían mas penosa la subida.

La jóven, que comprendía instintivamente que el cansancio de su compañera y el mal humor de su padre, había de aumentarse con los inconvenientes que iba presentando el camino, siendo ella sola la causa de haberlo

emprendido, se detuvo de improviso y propuso descansar un rato sobre una de aquellas rocas que bordeaban la senda.

El caballero no manifestó oposicion á este nuevo deseo de su hija, aunque no tomó asiento, contentándose solo con apoyarse en un árbol y mirar con curiosidad por entre los claros del bosque, dudoso ya de haber tomado el mejor sendero.

La jóven aprovechó este momento para dirigirle la palabra.

— Me parece que nos hemos estraviado; dijo sonriéndose.

— Creo lo mismo.

— Pobre María, ¿Porqué has querido acompañarme? añadió mirando á su compañera que se habia dejado caer desfallecida sobre una piedra.

— Perdónadme, señorita, yo pensé que pudiera seros de alguna utilidad, pero ya veo que no me conviene contar nunca con mis propias fuerzas.

— Descansa ahora un buen rato, que no debemos estar muy lejos del castillo. ¿No es cierto, papá?

El caballero miró á su alrededor y no contestó.

La jòven se levantó entonces y fué á su lado.

= Estás reñido conmigo, le preguntó con cariñoso acento?

= Debiera e-tarlo, le contestó su padre, porque la noche se acerca, y cada paso que damos nos interna mas en el monte.

= Dios mio, cuanto lo siento por tí y por Maria.

El caballero hizo un gesto de disgusto como si le molestase que su hija asociara su nombre al de su aya, y se puso á silbar un aria de *I Puritani* golpeando el suelo con su charolada bota.

El aya que conoció que ella sola era la causa de aquella impaciencia, dejó su asiento, y procurando sonreirse dijo:

= Sr. Duque podemos continuar, me siento ya buena.

= Apóyate en mi brazo añadió la niña, que se habia quitado ya el sombrero y cuyos negros bueles le encuadraban divinamente el rostro, realzando su belleza.

= Gracias, señorita, no os molesteis por mí.

= Vamos, no seas orgullosa, que es un pecado muy feo, continuó diciendo con cierta

malicia, apoyate en mi brazo sin temor alguno, y en marcha que el sol nos abandona.

Su padre, á quien el aya habia dado el titulo de duque; lo cual nos releva de largos comentarios sobre el desden que afectaba con sus inferiores, sin hacer mas observaciones habia ya tomado la delantera, avanzando siempre por el monte con la esperanza de descubrir algun pastor.

Nada hay mas incómodo para ciertas personas colocadas en una alta posicion social que verse obligadas á reconocer la necesidad de un servicio, cuando éste ha de ser prestado en circunstancias difíciles y por seres á quienes siempre han mirado con el mas soberano desprecio.

El duque se hallaba en esta violenta situacion; acostumbrado á satisfacer sus meo- res caprichos, sin inconvenientes, ni entorpecimientos, experimentaba una mal reprimida cólera que solo esperaba una ocasion de estallar.

Esta llegó al fin.

El sol hacia ya largo rato que se habia ocultado; las sombras de la noche mas espesas por la proximidad del bosque, principiaban á ocultar los obgetos, cuando el duque que iba

delante, como hemos dicho, se detuvo y gritó en alta voz.

— Olá, buen hombre.

El eco repitió de roca en roca la voz del noble caballero.

¿A quién se dirigía?

Vamos a saberlo.

Sobre una altura donde el monte formaba una esplanada natural y á la que prestaba sombra y fresco un roble centenario se veia un jóven como de 18 á 19 años, vestido con un largo pantalon de pana, una ligera blusa sujeta á la cintura con una faja encarnada de estambre, un capote de abrigo al lado y su sombrero de paja adornado con siemprevivas y plumas al uso del pais.

En el momento en que el Duque le llamó el jóven leia un libro en folio forrado en viejo pergamino, y tan absorto estaba en su lectura, apesar de la escasa luz del cielo, que fué preciso que le repitieran el llamamiento para que dejase el libro y mirara hácia el bosque.

En esto la niña y su compañera se habian reunido con el Duque, y juntos esperaron al jóven que sin detenerse mas tiempo que el necesario para cerrar el libro y ponerlo con

religioso cuidado bajo el brazo, acudió á la cita bajando con increíble ligereza por entre aquellas peñas.

Cuando estuvo cerca, pudo el duque observar que el jóven reunia una fisonomía espresiva y hermosa, esos rasgos distintivos que revelan nobleza de carácter y talento natural. Su frente era alta, ancha y despejada, su mirada fija y resuelta. Apesar de lo humilde de sus vestidos, se conocia que estaba acostumbrado á otra sociedad que la que podian ofrecerle aquellas soledades, porque sin turbarse, ni manifestar encogimiento, aunque sorprendido de la hermosura de la niña, se acercò al duque saludándole con el sombrero, apesar de que éste no se dignò contestarle.

—En que os puedo servir, caballero, preguntóle con una voz dulce y aŕmoniosa que nadie hubiera creido escuchar en aquel desierto.

—Me dirijo á Castelsoro, (respondió el duque con aspereza por haber notado que el desconocido se habia vuelto á poner su sombrero), y creo haberme extraviado al entrar en el monte; ¿podrias indicarnos el camino, ó servirnos de guia hasta el castillo, que

se te pagará tu trabajo?

= En nuestras montañas, contestó con cierta arrogancia el jóven, no se pagan los deberes de la hospitalidad. Seguidme si gustais.

El duque ofendido de esta respuesta, y mas enojado aun porque conocia que la habia merecido, añadió, mientras seguia con su hija y el aya á su improvisado guia.

= Me fio en tu palabra y acepto tus servicios, pero cuidado con estraviarnos, porque pagarias bien cara tu temeridad.

A estas palabras el jóven se detuvo, y volviéndose al duque le miró fijamente un breve rato; en seguida cruzándose de brazos le contestó con dignidad.

= No acostumbro á sufrir de nadie una amenaza, y dad gracias á Dios de que sois un viagero extraviado en la montaña. Id en buen hora y buscad otro que os sirva de guia.

Y diciendo esto, con la ligereza del gamo saltó de roca en roca y se dirigió al sitio de donde antes habia bajado.

= Brihon, tunante, exclamó exasperado el duque, espera, que voy á castigar tu insolencia.

Mientras decía estas palabras procuraba, aunque en vano, trepar por aquellas asperezas y alcanzar al ofendido mancebo.

— Padre mio, donde vas? exclamó la niña con desconsolado acento y perdiendo instantáneamente sus hermosos colores.

— Donde voy? á cruzar con mi látigo la cara de ese insolente asturiano.

— Nada conseguirás, porque no te hallas acostumbrado á andar por estos sitios, y además, añadió con timidéz, creo que tu le has ofendido.

— Yo! pues sería chistoso que mi hija quisiera darle la razon á ese labriego.

— Vamos, papá, tu me has prometido ceder hoy á todos mis caprichos, y has de cumplir tu palabra: yo he sido la causa de este malhadado viage, y á mi sola corresponde buscar los medios de salir de este mal paso. Prométeme perdonar á ese jóven, que yo le voy á suplicar de nuevo nos sirva de guia.

— Tú, suplicar á ese hombre!

Y un rayo de supremo orgullo irradió de los ojos del duque.

— Figúrate, papá, que ésta es una aventura de novela y que ese mancebo es un

príncipe encantado.... ya vez que vamos á tratar de potencia á potencia.

= Pero te va á desairar tu príncipe.

= No importa, prométeme permanecer neutral, y déjame probar mis medios de seducción.

= Has lo que quieras.

Y con un gesto de cólera aumentado por el convencimiento de su impotencia, se alejó algunos pasos afectando no tomar parte en la petición de su hija.

Esta entretanto, se volvió hacia el joven que seguía tranquilamente su camino, y le llamó con su dulce voz.

El desconocido se detuvo y saludó con la mas respetuosa deferencia.

= Perdonad si os molesto.

= Mandad, señorita.

= Quisiera que olvidáseis lo que ha pasado hace un momento, y que, en obsequio mio, tuvieseis la bondad de indicarnos el camino de Castelsoro. Mi reconocimiento por ese servicio será digno del favor que os pido.

El joven pareció titubear y no respondió.

= Me habian dicho, continuó la joven con una de sus mas encantadoras sonrisas, que los asturianos eran muy hospitalarios y muy

galantes con las damas; ¿quereis que cambie de opinion?

= No quiera Dios que tal suceda, Señorita, respondió el jóven, bajando con mas rapidéz que la vez primera, dispuesto estoy á servirlos en cuanto tengais á bien disponer, dichoso y muy dichoso si puedo ser de alguna utilidad.

= Gracias, amigo mio, gracias, nos confiamos enteramente á vuestra buena fé é inteligencia.

= Nada temais; el camino será incómodo y molesto para personas no acostumbradas á estas asperezas, pero me prometo que no correreis ningun peligro.

= Los dos abriremos la marcha, dijo jovialmente la niña procurando alejar al aldeano de su padre, porque temia una nueva explosion de cólera.

El jóven se inclinó respetuosamente en señal de asentimiento y siguió á su hermosa interlocutora, que rápida como una corza se colocó delante del grupo sin interrumpir por eso la conversacion.

= Que pais tan salvaje, dijo; ¿hay mucha distancia de aquí á Castelsoro?

= Dos horas de marcha para personas co-

mo vos, señorita, para mf una media hora escasamente.

—Conoceis el castillo?

—Vivo en sus alrededores, y visito con frecuencia sus antiguos salones. El viejo conserje me permite leer algunas veces en la Biblioteca.

—Ah, sabeis leer?

—Me he educado en Oviedo, en cuyo seminario he cursado los primeros años de filosofía.

La jóven le miró sorprendida.

—Debí adivinarlo, perdonad mi impertinente pregunta.

—No lo extraño; en este trage y en medio de estas soledades, es mas fácil encontrar fieras ó rústicos salvages que hombres que sepan leer.

—Reconozco vuestra aficien en el libro que llevais ahí, ¿son los doce pares de Francia?

Y al hacer esta pregunta la graciosa niña, miraba con curiosidad el estropeado libro.

—Nó, señorita, respondió el asturiano con gravedad, son las comedias de Calderon.

La jóven tornó á mirarle con asombro y enmudeció.

Entretanto Maria seguia á su ama que avanzaba ahora con su guia á pasó lento, mientras el duque, separado algunos pasos, parecia olvidado enteramente de su anterior enojo y abstraído en sus propios pensamientos.

El asturiano habia tomado otra senda diferente de la que antes seguian los viajeros, cortando diagonalmente el bosque por uno de los puntos donde eran menos espesos los árboles. Como era ya de noche, el jòven procuraba evitar los troncos que se hallaban en el suelo, y apartar las ramas que pudieran molestar á la niña guiándola por los mejores sitios, con un cuidado casi paternal.

Por fin salieron todos á un llano desde el cual se descubria un terreno muy accidentado que descendia hasta perderse en el horizonte.

Detúvose entonces el guia y mirò con atencion al cielo. Por la parte del mar habiase levantado una nubecita que subía con rapidéz hácia las montañas. Hacíase sentir un viento fresco y húmedo que no era muy agradable.

La hermosa niña principiaba á sentir frio.

—¿Qué mirais con tanta atencion, amigo

mio, habreis perdido tambien el rumbo :

= Advierto, dijo el jóven con sentimiento, que antes que lleguemos al castillo, esa nube habrá cubierto el cielo é inundado de agua la campiña.

— Dios mio! un nuevo contratiempo.

= Desgraciadamente éste es insuperable y no pueden mis fuerzas conjurarlo.

= Qué va á ser de nosotros, exclamó el aya sollozando.

= Papá, dijo entonces la niña retrocediendo un poco, nuestro guia asegura que vá á llover ¿ que haremos en esta circunstancia?

= Seguir adelante y no hacer caso de semejantes anuncios.

= Pero, y si fuesen ciertos.

= Sufrir con paciencia el agua, ya que yo sufro por tí al guia.

A esta respuesta no habia replica posible, la jóven se apresurò á volver temiendo que el asturiano los abandonara de nuevo al oír al duque.

Pero, como si en aquel momento el cielo quisiera anunciarle la certeza del peligro, principiaron á caer algunas gruesas gotas de agua.

— No podemos continuar, señorita, dijo

entonces acercándose el asturiano, dentro de poco gruesos torrentes descenderán como el rayo de las montañas, y nos será imposible dar un solo paso sin correr el mayor peligro.

— Lo oyes, padre mio?

El duque entretanto guardaba silencio observando con interés el cielo, pero sus observaciones no debieron ser muy satisfactorias, porque acallando su necio orgullo le preguntó al guía su opinion.

— Yo creo, dijo éste, que debemos inmediatamente buscar un refugio contra la tempestad.

— Y tienes seguridad de hallarle?

— Espero que no será inútil mi desvelo; pero es preciso, sin embargo, no perder momento; vos, señorita, apoyáos en mi brazo que es fuerte y seguro, y vosotros, señores, seguidme sin mas dilacion.

Y esto diciendo, sin aguardar respuesta, enlazó al suyo el brazo de la jóven, y principió á trepar con ella por un empinado sendero que se descubria á la derecha del monte.

El duque y el aya, comprendiendo el peligro le siguieron sin añadir la menor palabra.

CAPÍTULO II.

Efectos de una tempestad.

Por un largo rato el guía y los tres extraviados viajeros, continuaron su camino ascendiendo siempre por una áspera senda que la lluvia y la oscuridad hacían mas intransitable.

A intervalos el agua cesaba, pero era solo para recomenzar con mas fuerza. El cielo, cubierto ya de negras nubes, presagiaba una desecha borrasca.

Por un sentimiento de galantería, difícil de encontrar en aquellas soledades, el joven guía se habia despojado de su ancho sombrero de paja y habia resguardado con él la cabeza de la niña, cubriéndola los hombros con el capote de lana que llevaba al brazo. Todo esto habia pasado en silencio, y sin que la hija del duque hubiese hecho la menor objecion á este rasgo de generoso desprendimiento.

Talvez acostumbrada á serviles homenajes no habia advertido este obsequio, ó lo miraba con indiferencia.

A los diez minutos de marcha, la comitiva hizo alto.

— Esperad un momento dijo el asturiano y guareccos todos bajo esta roca, estamos cerca de una cueva, donde voy yo primero á encender una hoguera para que la entrada os sea mas facil.

Dicho esto se alejó dejando á los viajeros en completa oscuridad, sin atreverse á dar un solo paso, y sintiendo á derecha é izquierda, rugir ya los torrentes que prometian dentro de poco engrosar sus aguas y cerrar por todas partes el camino.

El duque callaba, pero se conocia que una sorda tempestad, mas terrible que la que se desgajaba en aquel momento desde el cielo, estaba pronta á estallar en su interior. El aya tiritando de frio guardaba por su parte un prudente silencio, solo la jóven abrigada por la solicitud del asturiano, se bailaba en disposicion de mirar la aventura bajo un aspecto menos desagradable, por eso fue ella la primera que se atrevió á hablar en tan crítico momento.

= Querido papá, dijo, sé que no me vas á perdonar jamás este desventurado viage.

= Y no te equivocas, respondió lacónicamente el duque, que se ocupaba con mal reprimido enojo en quitarse los guantes destrozados y empapados en agua.

= Y sin embargo, papá, no carece nuestra posición de cierta poesía que le presta un encanto al que no estamos acostumbrados.

= Mil gracias por tu poesía, prefiero la prosa de mi coche de viage y la de los abrigados salones de mi viejo castillo de Castelsoro, donde ya habrán llegado la servidumbre y los equipages sin el menor contratiempo.

La jóven calló, porque conocia que en aquel terreno sería vencida sin conseguir distraer á su padre ni hacerle olvidar su mal humor.

= Y que te parece nuestro guía, añadió despues de un rato de silencio, ¿le has perdonado ya su orgullo de montañés?

= Lo que habrá que perdonarle será el abandono en que nos dejará esta noche.

= Dios mio, exclamó el aya con doliente voz, será posible que así nos abandone.

= No lo creo, respondió resueltamente la

niña, ese joven no es capaz de engañarnos.

— Paréceme que tu príncipe se ha marchado ya á descansar en su palacio encantado, observó con irónica amargura el caballero.

— Oh, nó, nó, te engañas, gritó la joven palmoteando de gozo, mira, mira si cumple su palabra.

Y diciendo esto señalaba lo alto de un peñasco donde principiaba á brillar la llama de una hoguera.

Todos miraron ansiosamente hácia el sitio designado y descubrieron en efecto en una hendidura, cuya profundidad no podia calcularse, la sombra de una persona que alimentaba la llama de una hoguera, arrojándole hojas secas y gruesos troncos de árboles.

La duda estaba resuelta; el joven no habia faltado á su palabra, cumpliendo su compromiso con mas exactitud de la que podia humanamente esperarse en aquellas circunstancias.

Todavía, sin embargo, pretendia el duque poner en duda la identidad de la persona que en la cueva se habia visto, hasta que la misma aparicion del asturiano, que volvía á su encuentro, no le permitió llevar mas lejos

su injusticia.

— Aquel faro nos servirá de guia, gritó alegremente el jóven tan pronto como estuvo cerca, venid que el agua vuelve á principiar.

Los viageros salieron al punto de su abrigo provisional, y guiados por la luz, intentaron trepar hasta la cueva. No era sin embargo tan fácil la empresa. Los troncos de árboles, las rocas desprendidas y los arroyos que desde lo alto caian en cascadas, ofrecian á cada paso mil peligros que se multiplicaban, segun se hacia mas ágría la subida.

— Preciso será que subais separados, dijo el jóven deteniéndose, vosotros no estais acostumbrados á estos caminos, y podria suceder una desgracia que nunca me perdonaria.

Esperadme otra vez ahí, mientras subo primero á esta señorita.

Habia tal persuasion en su acento, tanta franqueza en su fisonomía, y tal lealtad en su mirada, que la niña sin vacilar le tendió sus manos, y principió á subir sin experimentar ningun temor. La voz del duque se oia entretanto casi amenazadora por entre el ruido del agua, pero si la oyeron los dos

jovenes, creyeron mas acertado en aquel momento no detenerse á contestarle.

Pronto se convenció la hija del duque de la prudencia del conséjo que les acababa de dar el guia; sin el apoyo de su mano y sin su esperiencia, era imposible vencer la inmensa dificultad del camino. Tocaban ya al punto deseado, cuando el agua que habia principiado con nueva violencia formando un torrente delante de la cueva les cortó de repente el paso.

= Dios mio, como salvar este arroyo? exclamó desconsolada la linda niña.

= No hay lugar para formar un puente, porque perderíamos un tiempo precioso. Fiáos en mi y no tengais miedo.

Y diciendo esto la tomó en sus brazos y entró sin vacilar en el agua. La jóven, al verse de aquella manera, no pudo reprimir un grito de angustia que resonó de eco en eco por aquellos contornos en medio del ruido atronador de aquella tempestad.

A este grito involuntario, respondió otro en el que fácilmente se reconoció la voz del duque.

¿Qué habia sucedido? Fácil es adivinarlo si se ha comprendido el carácter del orgulloso

caballero.

Valiente hasta la temeridad, y exasperado por los contratiempos de su malhadado viage, no pudo resignarse al pasivo papel que se le asignara por el guia, y aunque interiormente hacia justicia à la bondad de su consejo, le pareció este asentimiento una debilidad indigna de su clase y de su valor. Así es que, sin vacilar, habia seguido de cerca à su hija en cuanto le fué posible, atendidos los obstáculos naturales de que estaba erizado el camino. De esta manera, cuando oyó el grito lanzado por la jóven, creyó que se hallaba en algun peligro, y precipitando el paso le respondió para infundirle aliento. En el instante mismo en que el asturiano depositaba su preciosa carga junto al fuego que ardia en la cueva; la elevada y noble figura del duque se destacaba à orillas del torrente, con intencion de vadearlo y seguir sin detenerse à su hija. Al verlo ésta, adivinó lo que habia pasado, é inmediatamente se puso en pié asegurándole que estaba buena y en salvo; en seguida le suplicó esperase à que el guia le indicara el sitio mas cómodo para llegar à ella y como el duque al oír ésto se habia convencido ya de la ridiculez de sus temores, se

tranquilizó y se detuvo en el punto designado.

El jóven, entanto, no estaba ocioso, al ver al duque habia vuelto á entrar en el torrente y llegándose hasta él le asió de la mano y guiándole por un sitio poco profundo y libre de piedras le condujo sin peligro al lado de su hija. Faltaba, sin embargo, la pobre aya que medrosa y sin fuerzas no se habia atrevido á abandonar sola el punto que primeramente les habia servido de refugio. Allí fué donde sin detenerse se dirigió de nuevo el jóven, conduciéndola á los pocos momentos tan fácilmente como habia desempeñado este encargo con los otros viajeros.

Reunidos ya todos y tranquilos respecto á los peligros que pudiera ofrecer la tempestad, se ocuparon en enjugar sus vestidos al calor de la hoguera que les servia á la vez de brillante fanal. Entonces fué cuando la jóven pudo calcular la estension del sacrificio que en su obsequio hiciera el montañés. No solo estaban enjutos sus vestidos, sino que gracias al sombrero, ni sus bucles se habian desordenado, ni una sola gota de agua habia caído sobre su cabeza. En cambio, el pobre asturiano estaba completamente mojado,

sus cabellos, manos, blusa y pantalones, destilaban agua por todos lados. No estaban en mejor estado el duque y la infeliz aya, si bien éstos habían conseguido atravesar la mayor parte del camino en los momentos en que la lluvia era menos intensa.

La cueva donde se hallaban era una profunda grieta abierta en uno de los flancos de la montaña, enjuta y abrigada á los vientos del Norte y con algunos toscos asientos labrados en la roca. En estos asientos se colocaron el duque y su hija, el aya sobre una piedra, y el jóven en un viejo tronco de encina que habia rodado junto al fuego.

La niña se habia quitado el tosco sombrero de paja, y sus cabellos cayéndole en ondas, le daban un aspecto hechicero.

= Buena ha estado la jornada, dijo alegremente, solo nos ha faltado que una cuadrilla de ladrones nos robara y condujese á un viejo torreón.

= Nuestra Señora de Covadonga nos asista, exclamó el aya santiguándose devotamente, si eso llegara á suceder, qué sería de nosotros ?

El montañés se sonrió, y mezclándose en el diálogo, dijo:

= Por aquí, señoras, no hay ladrones: el país está tranquilo; y solo en la montaña puede tropezar el viagero con algun oso ò con alguna manada de lobos.

= Eso es aun peor tornó á replicar la dueña formalmente asustada. Hay recelo de que esta parte de la comarca abrigue esos incómodos huéspedes ?

= Nada temais por ese lado; los osos no descenden del consejo de Cabranes y altura de Covadonga, y en cuanto á los lobos, si los hay, el fuego los ahuyenta.

= Vuestra prevision se estiende á todo. Mucho debemos á vuestra solicitud.

= Señorita, cuando tengo la fortuna de prestar algun servicio, me encuentro suficientemente recompensado con el placer de haberlo hecho. En esta ocasion solo he sentido que la tempestad nos haya cortado el paso sin poder conduciros hasta Castelsoro. Allí talvez hubiera podido tambien seros útil, pues el conserje y mi tio, que es capellan del castillo, os hubieran facilitado por recomendacion mia, quanto hubierais necesitado para descansar tranquilamente esta noche.

La jóven y el duque se sonrieron al oír la recomendacion del jóven, y aquel inter-

rumpiendo por la primera vez su desdeñoso silencio, le contestó con ironía.

— Sois por lo visto muy influyente en el país.

— No soy mas que un pobre jóven, respondió el montañés, á quien no se le escapó el tono zumbon del duque, pero creo que merezco el aprecio de cuantas personas me conocen.

— Y así os aventurais, replicó el duque, a ofrecer vuestra proteccion y apoyo á viageros que os son desconocidos?

— Los abona, contestó resueltamente el jóven, la bondad y hermosura de esa señorita.

El duque se mordió los labios con despecho, mientras su hija interviniendo en la conversacion procuró darle un giro menos hostil.

— Gracias por vuestra galanteria; si todos los asturianos se os parecen, deberán ser muy felices aquí las damas.

— No lo sé, porque no frecuento la sociedad, pero lo que si os puedo asegurar es que decimos siempre lo que tenemos en el corazón.

Mientras se hablaba de este modo, la tempestad rugía sordamente azotando con fu-

ror cuanto encontraba al paso. Esta circunstancia que no se escapaba á ninguno de los que estaban en la cueva, hacia mas apreciable el abrigo que les habia deparado su buena suerte. Algunas bocanadas de viento que de vez en cuando penetraban en ella, no egercian influencia alguna en la suave temperatura que la hoguera conservaba neutralizando los efectos del frio exterior.

Al amor de la lumbre los vestidos se habian enjugado, el mal humor del Duque principiaba á disiparse, y la jóven viva siempre y amable, no perdonaba medio alguno para presentar su desgraciado viage bajo el aspecto menos desagradable. Su rico vestido, cuyos encages habian quedado en girones, entre las zarzas del camino, no le impedia sentarse en cualquier sitio, registrar toda la cueva, y acercarse al fuego, á cuyo calor procuraba calentar sus lindas y pequeñas manos sin guantes yá, y amoratadas de frio. En uno de esos paseos se acercó á la entrada de la cueva y vió con admiracion que la tempestad se alejaba; por la parte del norte el cielo cubierto de estrellas volvía á ostentar su puro azul mientras los nubarrones que habian traído la lluvia ascendian á las lejanas montañas,

perdiéndose su negra sombra en el horizonte. Solo el frío se dejaba sentir con alguna intensidad.

Habiéndose apresurado ella á participar esta novedad, el jóven se adelantó á examinar la atmósfera, confirmando tan buenas noticias.

El duque entonces se levantó tambien y procuró informarse de la posibilidad de llegar sin peligro á Castelsoro.

—El viaje dentro de poco no ofrecerá peligro alguno, pero no respondo de que un arroyo que hemos de encontrar al paso, no haya salido de madre. Sin embargo, añadió despues de un momento de reflexion, si está sucediéndose todavia, podemos dar un rodeo y pasarle por un puente rústico que se ha de encontrar á la derecha del camino.

—Si es así dispongámonos á marchar, contestó el Duque que no podía dominar su impaciencia.

—Tomemos antes nuestras precauciones, replicó el jóven sonriéndose, para que sea menos molesto el viaje á estas Señoras.

Y mientras se espresaba de este modo, tomaba el capote y le colocaba de nuevo sobre los hombros de la niña, encargándole que ocultase bien las manos; respecto al sombre-

ro, insistió en que tornara á ponerselo, porque las gotas de agua desprendidas de los arboles podian molestarla en el tránsito; el sombrero de Paris, inútil ya, lo tomó el zva llevándolo de la mano. El duque recogió su junquillo y se abrigó bien con su gaban de viage. El montañez por su parte, llevando siempre su libro debajo del brazo que gracias á la cubierta de pergamino se habia salvado de un completo naufragio, se armó con una gruesa rama, y dispuestos ya todos, salieron por ultimo de la cueva, dejando á la hoguera que se apagara por sí misma.

Esta vez el viaje no ofreció grandes inconvenientes. La senda que seguia abierta en la peña descendia suavemente al valle, y á la tibia luz de las estrellas, era facil descubrir donde se fijaba el pie.

A lo lejos veíanse algunas luces que centelleaban como fuegos fátuos en el llano.

El jóven, indicándoselas á los viajeros, les aseguró que en aquella direccion estaba el castillo, pero sin poder adivinar el objeto de aquellas luces, fijas unas y las otras variables.

El Duque que adivinaba el motivo, porque suponía que la servidumbre estaria m-

quieta por su tardanza y se habia lanzado á la llanura para descubrirle, se abstuvo sin embargo de manifestar sus sospechas, y continuó su marcha, siguiendo con interés la direccion de las luces, y deseando interiormente se acercaran al monte.

Después de media hora de rápido descenso, los viajeros se hallaron en una estensa vega cultivada á trechos, é interrumpida por algunos cerros de corta elevacion. Desde este momento solo pudo molestarles el reblandecimiento de la tierra, mojada por la lluvia, inconveniente que duró poco, porque en breve se encontraron junto al puente rústico de que les habia hablado el guía.

El puente parecia estar intacto, pero cuando fueron á reconocerlo, advirtieron con dolorosa sorpresa que el torrente se habia llevado uno de los troncos en que se sostenia el tablado, no atreviéndose el jóven á dejar que lo pasaran de aquel modo.

Ante este nuevo contratiempo el duque bramó de cólera; no parecia sino que los elementos se hubiesen propuesto burlarse de su impaciencia.

—Hétenos aquí sin cueva, sin fuego y sin puente, dijo con amenazador acento, esto

parece una pesada broma.

—Nada hay aun perdido, le contestò el jóven, que no conociendo la elevada condicion del duque no podia sospechar la susceptibilidad de su carácter; à cien pasos de este sitio está mi casa, y en ella encontraremos, fuego, abrigo y descanso.

El noble caballero dudò un poco si aceptaría aquella nueva oferta; le parecia bochornoso entrar en tan humilde vivienda y honrar con su presencia la casa de un labrador; mas la fuerza de las circunstancias, las súplicas de su hija que todo lo adivinaba con su instinto de muger, y el frio que se dejaba sentir mas fuerte é intenso siempre, segun avanzaba la noche, le obligaron à transigir con su orgullo, y contento con no ser reconocido, siguiò al montañés, que ya se habia adelantado sin sospechar ni remotamente los pensamientos que rodaban por la aristocrática cabeza del elegante caballero.

CAPÍTULO III.

*Donde cualquiera podrá aprender á pagar,
deudas de reconocimiento.*

La casa adonde conducia el asturiano á sus improvisados huéspedes, se hallaba situada al pié de un montecillo cubierto de árboles frutales. Componíase de dos pisos, y su fachada sencilla y modesta, parecia indicar desde luego la humilde clase de su dueño.

Antes de llegar á la puerta, la niña se habia acercado al guia y le habia dicho con su dulce voz:

= Cuanto siento que vayais á molestar por nosotros á vuestra familia.

El jóven se sonrió tristemente.

= No tengo familia, señorita, perdí á mi padre hace dos años, y á mi madre jamás la conocí.

= Oh ! Dios mio, sereis muy desgraciado.

—Cuanto puede serlo una persona que nada le une al mundo.

—Os comprendo, porque yo tampoco tengo madre.

El acento con que la jóven pronunció estas palabras indicaba claramente que el cariño de su padre no habia podido llenar el vacío que aquella dejara en su corazón.

Esta comunidad de desgracia arrancó un suspiro al montañés; sus ojos se levantaron involuntariamente sobre el angelical semblante de la hermosa desconocida, y por la primera vez desde su encuentro aquella tarde, se atrevió á detener en ella su mirada.

Estamos séguros que nunca en sus bellos sueños de la juventud, cuando solo y aislado en medio de aquella naturaleza salvaje, leia las sublimes creaciones de Calderon y Lope de Vega, nunca, repetimos, una muger mas hermosa se habia presentado á su imaginacion. El recuerdo de su madre, evocado en aquel momento con tanta oportunidad, vino á mezclarse con la imágen de aquella niña, de tal modo, que la forma ideal que él se complaciera en prestarle á la que le dió el ser, se fundió instantáneamente en la realidad que el cielo le ofrecia; sus pensamientos

de hijo y sus ensueños de poeta, se habian pues condensado para formar un ángel, y el ángel estaba á su lado.

Una desconocida emocion conmovió todo su cuerpo, y una nube pasó por sus ojos, haciéndoselos involuntariamente cerrar. Talvez la resplandeciente claridad de un paraiso, por él jamás soñado, cruzó como un relámpago por su cerebro, dejándole de su recuerdo una huella imperecedera.

Todo eso pasó instantáneamente, mientras su mano se acercaba agitada y trémula á la puerta de su casa y la abria á los viajeros que le seguian de cerca. Por consiguiente, procurando olvidar sus sueños y apresurándose á cumplir los deberes de la hospitalidad, cuya estension conocia, se adelantó para encender una luz que alumbrase á las personas que ya habian traspasado el umbral.

Si sencilla era la apariencia de ésta en su fachada exterior, mas modesta y pobre aparecia en los muebles que constituian su interior adorno. El piso bajo por donde primero penetraron los viajeros lo constituian dos salones divididos por un tabique en el que se veian hacinados sin orden y cubiertos de polvo, muchos bancos, carpetas, lienzos

y otros útiles que denotaban haber pertenecido á un maestro de instruccion primaria. Este era el cargo que habia ejercido en la aldea el padre del jóven guia. De frente se abria una escalera no muy cómoda, por la que se subia al piso principal que constaba de otras dos piezas exactamente iguales á las que hemos descrito. En la primera, se veian algunos muebles sencillos de nogal, entre los que descollaban una mesa cubierta de papeles, un estante lleno de libros, y un antiguo sillón de cuero con clavos de metal. Unas cortinas blancas cubrian las dos ventanas que daban luz al aposento, templando de dia los rayos del sol. La pieza inmediata que servia de alcoba contenia una sola cama aseada y oculta bajo un mosquitero de gasa verde.

El duque echó una ojeada de desprecio sobre todos los obgetos, y ocupó sin mas ceremonia el sillón de cuero, único asiento respetable de los que habia en la sala. Su hija se acomodó en una silla colocada junto á la mesa, y el aya se retiró modestamente á un rincón, contenta de estar ya en seguridad bajo un techo amigo.

El jóven, cuya franqueza y buena voluntad

acababa de manifestarse con tan cordial acogida, se apresuró á decirles que la casa donde estaban solo le servia para estudiar y dormir, porque el resto del dia lo pasaba en la de su tío el capellan, á cuya mesa se sentaba diariamente desde la muerte de su padre. Por consiguiente, les suplicaba disimulasen el polvo que llenaba el piso y las paredes, y la pobreza de sus muebles; á esto añadió:

—Nada tengo aquí que ofreceros para satisfacer el apetito y la sed que deben aquejaros despues de tan largo viage, pero tan pronto como el torrente pueda ser vadeable, yo mismo iré á su casa y haré que os traigan todo lo necesario. Descansad entretanto sin temor, y servios de todo lo que pueda ser de alguna utilidad en la casa.

A tan corteses palabras el duque no se dió prisa á contestar; con la mirada distraida y el gesto desdeñoso, tendido en el sillón, las piernas cruzadas y fruncidas las cejas, se entretenia en azotarse el pantalon cubierto de polvo y lodo, con el junquillo que en la mano llevaba.

Su hija, empero, vino como siempre á enmendar esta groseria aristocrática.

—Agradecemos, dijo, vuestro ofrecimien-

to tan espontáneo como generoso, admitiéndole con la franqueza que veis.

Y luego, observando que su padre continuaba en su despreciativo silencio, procuró distraer al jóven sosteniendo de cualquier modo la conversacion. Este se habia sentado sin ceremonia á su lado, apoyando el codo sobre los papeles que cubrian la mesa.

— ¿Seria imprudencia preguntaros el objeto de vuestros estudios? Dijote ella despues de algunos momentos de silencio.

— Nada estudio, Señorita, en otro tiempo pensé seguir la carrera eclesiástica, pero no tenía verdadera vocacion y la abandoné. Ahora, solo me ocupo en leer nuestro teatro clásico, Tirso de Molina, Moreto, Vega y Calderon, forman mis delicias; por las tardes con mi libro bajo el brazo, como hoy me habeis encontrado, me oculto, en el vecino monte, y allí solo con la naturaleza, declamo en alta voz sus ingeniosas comedias ó sus magníficos dramas.

— Os agrada entonces el teatro? Soñais con la gloria de un Talma ó de un Mayquez?

Una indefinible sonrisa de orgullo se dibujó en los labios del jóven.

— Mi ambicion es mas alta, dijo, sueño

con la gloria de Calderon.

= Ah, sois poeta?

= Quiero serlo.

= Quereis?

= Sí, Señorita, quiero, porque estoy persuadido que una voluntad firme é inalterable es para el hombre lo que la palanca en las manos da Arquimedes.

Durante este corto diálogo el duque habia bostezado varias veces, hasta que al oír estas palabras rompió al fin su impolítico silencio, diciendo:

= Dejad, amigo, por ahora á Calderon y á Arquimedes, y mirad si el torrente es vadeable. El hambre, y la sed no nos permiten escuchar vuestros poéticos proyectos con el interés que merecen.

El jóven palideció y enrojeció á la vez, tartamudeó algunas palabras que no pudieron entenderse y desapareció por la escalera con una precipitacion que denotaba su temor de haber incurrido en falta. El noble caballero soltó una ruidosa carcajada.

= Pobre diablo, dijo, pues no se figura que he venido á Castelsoro á oír sus disparates?

= Eres injusto, papá, le contestó con e-

nojo la niña, tu desprecio con nuestro huésped raya en impolítica.

— Esa gente debe considerarse demasiado honrada con que nuestra familia pise su casa y admita sus servicios. Si no lo interrumpo, nos cuenta después de la suya, la vida de su padre y la de su abuelo.

Estas palabras no eran sin duda del agrado de la niña, porque en lugar de contestarlas, se contentó con hojear los papeles que estaban sobre la mesa, mientras el duque continuaba bostezando y el aya dormitaba en una silla.

Los papeles que servían de distracción á la noble duquesita eran casi todos borradores escritos con una letra diminuta, pero clara é inteligible. Veíanse allí en confuso desorden, fragmentos de poesías líricas, épicas y dramáticas. Una oda interrumpida, el canto de un poema sin concluir, el plan de un drama apenas bosquejado, pero todo revelando sentimiento, pasión, inspiración verdadera. Los recuerdos de la niñez, los sueños de la adolescencia, las aspiraciones de la juventud, veíanse allí vaciados en el papel, bajo las mil diversas formas con que la poesía reviste al pensamiento. Engolfóse la joven en aquella

lectura que le revelaba bajo una nueva fase la vida íntima del montañés, y seducida por el atractivo de las ideas, y la verdad y viveza de las imágenes, olvidó completamente el lugar en que se hallaba y los extraños sucesos de aquel día. La posición respectiva de los tres viajeros permanecía siendo la misma cuando se oyó el ruido de unos pasos precipitados en la escalera. Un momento después el dueño de la casa apareció, anunciándoles que con el auxilio de algunos aldeanos había arreglado provisionalmente el puente roto de modo que podía sin peligro llevarlos á la otra orilla. Tan buena noticia fué recibida por el duque con satisfaccion, por el aya con reconocimiento, y por la niña con indiferencia. Los papeles que eran pasto de su curiosidad fementil le habian hecho olvidar el castillo de Castelsoro.

Levantáronse, pues, todos y siguieron á su huésped, que volvió de nuevo á conducirlos al puente, cuyo movable piso atravesaron sin grande dificultad.

Al fin parecia que la suerte se habia cansado de perseguirlos; los obstáculos naturales que hasta aquel momento habian entorpecido y retardado su marcha, fueron dismi-

buyendo, y al poco rato lograron pisar un terreno mas sólido que tenia el aspecto de ser un camino abierto en la llanura.

Los hachones que desde lo alto del monte habia descubierto el duque, volvieron á cruzar por el valle acercándose á los viajeros; gritos prolongados que parecian corresponderse entre sí, se oian á distancias desiguales y por último el ruido de un carruaje, cuyas ruedas hacia crugir la arena del camino, hizo detener al guia, que temia que en medio de la oscuridad pudieran atropellar á sus huéspedes.

El coche llegó con velocidad enfrente de éstos sin que sus conductores los descubrieran, hasta que á una voz del duque que dominó el crugido de las ruedas, fueron descubiertos, deteniéndose instantáneamente los caballos hábilmente conducidos. Dos lacayos de lujosa librea se precipitaron sombrero en mano, hácia el sitio donde estaba el noble amo, y demostrando una loca alegría, le manifestaron las investigaciones que en todos aquellos alrededores habian hecho, hasta que supieron por unos labradores que algunos viajeros se hallaban detenidos en una casa aislada á la otra parte del torrente.

Mientras ellos hablaban respetuosamente de este modo, numerosos sirvientes y aldeanos con hachas de pino encendidas se habian ido acercando, formando una régia comitiva á los viajeros.

= Gracias, dijo el duque inclinando ligeramente la cabeza, mañana haré que os distribuyan algun obsequio.

= Viva el Sr. duque de Castelsoro y su noble hija, gritó entusiasmada la multitud.

Y el elevado personaje, llevando de mano á su hija, subió al coche con gravedad, cerrando en seguida la portezuela y dando orden de volver al castillo.

El cochero hizo girar con rapidez los caballos, sin cuidarse de que podia atropellar á aquella buena gente, y con una destreza que indicaba suficientemente sus conocimientos en el arte, emprendió de nuevo la marcha segun se le habia ordenado, seguido por los aldeanos y la servidumbre, que dando alegres vivas y agitando en el aire sus hachones, procuraban alcanzar el trote de los caballos.

Cinco minutos despues todo habia desaparecido como desaparecen en el teatro las fantásticas decoraciones de las comedias de magia.

El jóven, sin moverse del sitio donde le habia sorprendido la llegada del coche, permanecia aun inmóvil y enteramente aturdido por el descubrimiento que acababa de revelársele en aquel momento. Los viajeros que habia encontrado en la montaña eran, pues, el noble, el altivo, el poderoso duque de Castelsoro, y su hija. El pobre jóven volvió á su casa olvidándose de que ni aun se habian dignado darle las gracias por los favores que tan generosamente les habia dispensado, dejándole en medio del camino, sin enviarle un sencillo adios.

CAPÍTULO IV.

La primera leccion.

Tres dias han pasado despues de los sucesos referidos en los capitulos anteriores;

en este tiempo el duque ha salido para Madrid dejando á su hija en el castillo con el aya y una parte de la servidumbre. Todos creen que su ausencia será larga, atendida su afición á la disipacion y al gran mundo.

Los que han estudiado su carácter no han podido aun comprender el verdadero motivo que le mueve á no llevar su hija á la corte. Educada desde su infancia en Burgos, al cuidado de una tia, hermana de su madre, abadesa que fué en uno de los conventos de aquella ciudad, y persona respetable y virtuosa, la jóven duquesa no conoce el mundo y las grandes sociedades, sino por la pintura que de ellos ha leído en los libros. Pero en la oscura soledad del claustro y de su palacio ha recibido una brillante educacion. Todo cuanto puede ilustrar el corazon y la imaginacion de una muger, ha encontrado lugar en el vasto plan de educacion formulado por su madre, que desde la corte donde la detenia inexorablemente el duque, vigilaba sin descanso, por aquel último y querido fruto de su union.

Algunas veces le era permitido verla, pero estos breves instantes que el duque presenciaba, era tan rápidos que solo dejaban una

impresion dolorosa en la madre y en la tierna niña. Mas, llegó un verano, los dias pasaron, y la época en que solia aquella trasladarse á Burgos transcurrió sin verla. Entonces se supo que los médicos le habian prescrito un viage á Florencia. Pasó el otoño, y cuando las hojas de los árboles principiaron á caer, llegó á Burgos la noticia de que la duquesa habia dejado de existir. Sucedia esto en 1842.

La educacion de la niña continuó bajo el mismo plan establecido por su madre, sin que el duque se acordára de su hija hasta el momento en que, cuatro años despues, emprendiera el viage que hemos contado, á Castelsoro, solitario castillo oculto en las montañas de Asturias, dejándola allí entregada á sus propias inspiraciones, y separándola bruscamente de la respetable señora que la habia educado.

Haremos observar que esta niña, que tan poco cariño inspiraba á su padre, tenia un hermano mayor á quien pocas veces habia visto, y que era un tipo de elegancia y buen tono cortesano. El duque le profesaba un cariño ciego. Conociase este jóven en el gran mundo con el título de Vizconde de Flor-

bella.

Volvámonos á Castelsoro.

El Castillo ó quinta conocida bajo este nombre, se hallaba situado en una posición muy pintoresca al pié de la sierra que domina el concejo de Cavranes, y en medio de un risueño valle, regado por el río Amandi.

Cuanto podía abarcar la vista en tierras, montes y valles desde la elevada plataforma del vetusto edificio, era patrimonio del duque.

A la llegada de éste el conserje y la numerosa servidumbre que le acompañaba, habían procurado limpiar los salones del Castillo y adornarlos con los ricos muebles, que venían en los tres carruages, que como hemos dicho acompañaban á la berlina. Con este auxilio, y con los muebles que aun se conservaban desde la época de Carlos IV, se pudo arreglar algunas habitaciones *confortables*, que recordaban al duque el fausto de su palacio de Madrid. Estableció en seguida una severa etiqueta, y prescribió al aya de su hija, al mayordomo, al anciano capelán y al conserje, que la hicieran respetar en todas sus partes, durante su ausencia, obedeciendo á su hija como á su misma persona.

Felizmente la jóven era muy sencilla en sus gustos, muy natural y modesta en su trato, y se hallaba poco envanecida con su nacimiento y riquezas; así es que desde el primer día todos la amaron dentro y fuera del castillo, siendo mas prontamente obedecida, que si mandára con el orgullo y la altanería de su padre.

Ocho dias hacia que la jóven estaba sola, cuando una mañana hizo llamar al conserje. Era éste un aldeano grueso, colorado y fresco, respirando tranquilidad, alegría y satisfacción por todas sus facciones. Su empleo era una verdadera jubilacion.

Apresuróse á obedecer á su Señorita, y con el gorro de algodón en la mano y la sonrisa en los labios se presentó á ella que le esperaba en su lindo gabinete de pintura y música, que habia hecho arreglar con hermosas vistas al jardín.

— Decidme, Andrés, preguntó la jóven con su bondadoso acento, en que departamento del castillo se halla la Biblioteca?

Sin duda el buen hombre no se esperaba esta pregunta, ó le pareció al menos muy extraña, porque empezó á dar vueltas al gorro sin atreverse á contestar.

= ¿No me habeis oído?

= Si, Señorita, precisamente su Excelencia habla de un salon muy grande donde hay muchos libros.

= Eso es.

= ¿Quiere S. E. verle?

= Ahora mismo si no hay inconveniente; guiadme.

= Dios miol si lo hubiera adivinado....

= Hablad sin rodeos, ¿habeis perdido las llaves?

= Oh, no, Señorita, las llaves las traigo al cinto, pero lo que siento es que el salon no está digno de recibir á S. E. Hay mucho polvo, los libros están sobre las mesas, el piso no muy aseado.... ya se vé, como yo nunca he comprendido que aquello pudiera ser de utilidad.

La jóven se sonrió, y cortándole la palabra, le hizo seña de que la precediese sirviéndole de guia. El conserje bajó la cabeza, sin poder comprender aquel capricho de su Señorita, y atravesó, seguido de ella, una multitud de salones hasta encontrarse en el lado opuesto del Castillo. Despues de atravesar una espaciosa galería, adornada con los viejos retratos de los duques de Castel-

soro, llegaron á una puerta de encina, maravillosamente tallada, que abrió el conserje al punto, retirándose respetuosamente para dejar paso á la duquesa.

El salon donde ésta penetró era grande, ancho y despejado, con el techo pintado alegòricamente al fresco, y las paredes cubiertas de estantes de cedro de doradas molduras. Estátuas de mármol de los grande oradores y poetas de la antigüedad, decoraban sus ángulos, y varias mesas de ébano con primorosas escribanías de plata sobre su cubierta, y sillones de terciopelo carmesí á su alrededor, llenaban el centro de la sala. Todo esto, sin embargo, se hallaba como habia dicho el conserje, en un estado lastimoso; el polvo y las telarañas cubrian el techo, las paredes, las mesas y los sillones. Algunos libros se veian en desórden por el suelo.

— S. E. debe dispensar este descuido, se apresuró á decir con compunjado acento el buen Andrés, aquí nadie penetra, y nunca hubiera creido que...

— Bien; comprendo lo que vais a decirme.

— Mañana sin tardanza...

— Ya cuidaremos de eso, porque deseo

que este salon vuelva á ser lo que en otro tiempo fué.

El conserje se inclinó, la jóven dió dos ó tres vueltas por la habitacion, se detuvo á mirar las estatuas y los libros, y luego se sentó en uno de los sillones que separado de la mesa y oculto casi entre el cortinaje de una ventana, estaba.

= Acercaos, dijo despues de un momento de silencio. Andrés se dió prisa á obedecer.

= ¿Estais seguro, añadió ella fijando en él sus negros ojos, que nadie llega á este salon ?

El conserje inclinó la vista al suelo y se puso encendido como la grana.

= Es decir, señorita, que... pues... aunque yo tengo las llaves...

= Si no hablais mas claro...

= Decia á S. E. que el Sr. Capellan suele á veces revolver tambien los libros, porque como sabe latin y... en fin tiene otra llave...

= Vamos, hay dos llaves...

Es costumbre inmemorial que el Sr. Capellan del Castillo tenga otra llave de esta sala.

= No lo sabia, adelante. — Deciais que

el Sr. Capellan suele venir aquí, pero no recordais si hay otra tercera llave?

— Ah, nó, señorita, respondo de ello.

— De modo que solo el Capellan.

— Pues... sí, señorita... el capellan...

— Mirad bien lo que decis, me importa saberlo, porque no quiero que nadie me interrumpa en mis lecturas.

El buen hombre sudaba á mares y hubiera querido estar cien estadios bajo tierra.

— No me respondeis?

— Ya que S. E. exige que le diga la verdad...

— Me hareis perder la paciencia...

— Pues bien, señorita, el Sr. Capellan tiene un sobrino: ya vé S. E. que yo no soy culpable de que él tenga sobrinos, y mucho menos de que éste sea un vago, un holgazan, que solo le agrada estar hojeando libros y hablar solo en alta voz, como si hubiera perdido el juicio.

La jóven se sonrió, y le hizo con la cabeza señal de que continuara.

— Este vago suele á veces venir por la biblioteca, y hasta creo, Dios me perdone, que se ha llevado algunos libros.

— Muy mal estais con el tal sobrino.

— El es, señorita, el que ha puesto los libros por el suelo y el que ha introducido este desorden. Ya se lo hubiera yo prohibido sino fuera por respeto á su venerable tío. Sin embargo, hoy mismo si S. E. lo permite...

— Guardaos bien de hacerlo, nada le digais á ese jóven que yo arreglaré ese negocio. Y ¿deciais que venia diariamente?

— Antes de la llegada de S. E. no faltaba dia sin que viciara á molestarnos, pero ahora ha tenido la prudencia de quedarse en su casa, andará sin duda vagando por esas montañas.

— Bien; podeis ya retiraros.

El criado hizo un profundo saludo y dió dos pasos hácia la puerta; la jóven volvió á llamarle.

— Sabeis el nombre de ese... de ese sobrino del Capellan?

— Sí, señorita, se llama Luis de Valdesalles.

— Un movimiento de cabeza indicó al conserje que podia definitivamente marcharse.

La jóven quedó sola. Sus lindos ojos pensativos, vagaron por algunos instantes por los ricos artesonados del techo, despues se

bajaron al suelo, y apoyando su mano en la mejilla, quedó sumida en silenciosa meditación.

No sabemos cuanto tiempo hubiera permanecido de este modo, si el ruido de unos pasos no la hubiera hecho volver en sí misma y escuchar con atención: aplicó pues, el oído y sintió abrir la puerta de la Biblioteca.

La posición en que se encontraba le permitía descubrir sin ser vista, la persona que se acercaba. Ésta no tardó en aparecer.

La puerta se abrió bruscamente, cerrándose del mismo modo, y el antiguo conocido de la duquesa, el mismo joven montañés el sobrino del Capellán, D. Luis, en fin, de Valdesalles, se adelantó por el salón, vestido casi del mismo modo que lo había visto ella, aunque pareciesen la blusa y los pantalones de una tela mas escogida. Llevaba puesto además el sombrero de paja que había servido á la niña para librarse de la lluvia.

Sin sospechar ni remotamente que era observado, se acercó á un libro que estaba sobre la mesa, y despues de haberlo hojeado con precipitación, sacó una cartera y un lápiz y sentándose en uno de los sillones se pu-

so á copiar con increíble rapidéz, deteniéndose asustado, al menor ruido. Así pasaron cinco minutos. El crugido del lapiz sobre el papel era lo único que interrumpia el silencio. La duquesa, entanto, se había levantado muy despacio, y favorecida por la alfombra que amortiguaba el peso de sus pequeños pies, se adelantò hácia la mesa colocándose detrás del sillón que ocupaba el jóven. Situada allí, nada mas fácil que averiguar el nombre del poeta, cuyos versos eran copiados con tan sostenida atención.

El poeta era Espronceda, los versos del Diabolo mundo, la página, aquella en que el héroe del poema refiere á su amada el sueño fascinador en que se cree por un momento poderoso y rico. La armonia de aquellos magníficos versos habian llegado á electrizar de tal modo al jóven que, soltando el lápiz, principió á recitarlos en alta voz.

Al final de uno de los períodos un ligero ruido le hizo volver la cabeza, y sus ojos se encontraron con los de su antigua compañera de viage, que en pie y apoyada en el respaldo del sillón le oia atentamente.

Nunca un amante sorprendido por un marido ó por un padre á los pies de su querida,

ó un ladrón á quien la justicia prende en el acto de verificar el robo que en la mano lleva, nunca repetimos, se ha encontrado mas avergonzado y tembloroso que el montañés al verse así en presencia de la duquesita. Cayó-éle de la mano el libro, el papel y el lápiz, rodaron por la mesa, y sus ojos azorados y confusos no se atrevieron á levantarse del suelo.

La niña tuvo al fin lástima de tanta turbacion, y sonriéndose con bondad le dijo:

= Cualquiera diria que os inspiro miedo ¿no me conocéis?

El jóven, interpelado tan directamente, se llevó la mano al sombrero, porque aun no habia advertido que lo tenia puesto, tan grande era su confusion, y contestó balbuceando.

= Perdonad, señorita, no creí encontraros aquí... si hubiera podido adivinarlo...

= Vamos, no hubierais venido ¿no es eso?

El jóven calló, y ella prosiguió diciendo:

= En verdad que teneis razon, he faltado con vos á un deber de gratitud, no dandoos aun las gracias por los favores que sin conocernos nos dispensasteis en la montaña. Ha sido una falta involuntaria que me apre-

suro á enmendar. ¿Tendreis la amabilidad de perdonarme?

= Oh, señorita, que os he hecho para qué así os burleis tan cruelmente de mí?

= ¿Creis que las personas de mi rango no puedan cometer faltas?

= No digo eso, pero...

= Aquella noche, mi padre que no siempre piensa en los demas, no me dió tiempo á despedirme de vos. Despues supe que veniais al castillo, y esperé una ocasion favorable para solicitar la relevacion de mi culpa. Sin embargo, mucho os habeis hecho esperar.

= Creí que pudiera molestaros.

= Pues estais equivocado. Aquí no molestais nunca, y sabed que tendré siempre mucho plácer en veros. Bochornoso es para mí recordaros que solo debo esta visita á Espronceda.

Y la maliciosa niña señalaba el libro abierto todavia sobre la mesa.

= Oh, tened piedad de mí! contestó el pobre poeta sin poder dominar su emocion.

= Recordad aquella noche en que me guiasteis á la cueva, y habládme con la fran-

queza de entonces.

= Yo no os conocia.

= Y ahora que sabéis mi nombre, me encontráis menos digna de vuestra amistad?

= Oh Dios mio, no digais eso.

= Está bien, callaré, ya que me habeis perdonado, os quiero tambien perdonar con una condicion, y es que seais en adelante mas sociable. Aquí, como veis, vivo sola, vendreis con frecuencia al castillo, me leereis vuestras poesías, y visitaremos juntos la Biblioteca. ¿Os agrada mi plan?

= Tanto me agrada, que lo tengo por un sueño, y temo despertar.

= Ahora os reconozco; volveis á ser galante.

= No es galantería. Sra. Duquesa, es que la verdad me sube del corazon á los lábios.

Olvidemos ese titulo de duquesa que establece una gran distancia entre nosotros, y llamadme sencillamente Esperanza.

= Oh, que dulce nombre!

= ¿Estais ya mas tranquilo? Os inspiro menos miedo?

= Si habeis comprendido mi situacion, disculpais, señorita, lo que ha pasado; yo no podia ni debia presentarme en el castillo sin

que antes me llamaran.

= Teneis razón; el servicio prestado, exigia una recompensa, y vuestra presencia en él, hubiera parecido una petición.

— Habeis traducido exactamente mi pensamiento.

= En ese caso, y supuesto que no trato de recompensaros, ya no tendreis inconveniente en venir.

= Ninguno.

= Acepto vuestra oferta.

El jóven se inclinó con respeto, pero brillando en su rostro una alegría infinita.

= Ahora, si no teneis inconveniente, venid conmigo que os voy á enseñar mis gabinetes de música y pintura, y mi librería.

= Estoy á vuestras órdenes.

= Seguidme.

Y hablando así salió del viejo salon y atravesando la galería se adelantó hácia la parte habitada del castillo.

En medio del lujo espléndido que por todas partes se observaba, en presencia de aquellos ricos divanes, mullidas alfombras, magníficos cortinages, inmensos espejos, el jóven como anonadado, apenas se atrevia á sentar su planta. Su pequeñez se reveló eq-

tonces á su espíritu con mas vivos colores, y tímido y orgulloso al mismo tiempo, se arrepintió varias veces de la promesa hecha á la duquesa:

= Por mas bondadosa que sea conmigo, siempre ocuparé á su lado el sitio de un lacayo.

Y esta idea torturándole el pensamiento, no le dejaba un momento de tranquilidad.

Entretanto la noble niña habia llegado á la antesala que precedia á sus habitaciones, donde en pié aguardaba siempre sus órdenes una parte de la servidumbre. Volvióse entonces hácia el montañés, hizóle seña de que la siguiese, con grande admiracion de los criados, y ambos entraron, en un precioso salon, en cuyos adornos, muebles y colgaduras dominaban los colores azul y blanco.

Veíanse allí en armonioso desorden, instrumentos de música, cajas de pintura, libros de rica encuadernacion, labores de tapicería, preciosos muebles, y esas mil pequeñeces sin nombre que llenan los gabinetes de los grandes de la tierra.

Dos magníficas ventanas con hermosas vistas al jardin daban luz al aposento.

= Este es mi gabinete de estudio, dijola

duquesa, dejándose caer sobre un sillón y señalando otro á su atónito compañero, que permaneció en pié sin atreverse á admitirlo, aquí me encontrareis todos los días, si teneis á bien favorecerme con vuestra compañía.

— Temo, señorita, que mi presencia os vá á importunar; soy muy ignorante para divertir á tan noble dama.

— Esa es demasiada modestia, yo conozco mejor que vos lo que valeis. Veamos ¿cuales son vuestras esperanzas?

— Ya os lo he dicho, aspiro á ser poeta dramático.

— ¿Habeis escrito algun drama?

— Todavía nó; antes es preciso estudiar.

— Teneis razon, ese es el camino mas seguro.

— ¿Conoceis el francés.

— Lo entiendo regularmente.

— Y el inglés?

— Lo ignoro.

— Esa es una falta grave. Recuerdo haber oido á mi maestro de literatura que Shakspeare es el mas grande de los poetas dramáticos. Sin haber leido á Hamlet nada podreis adelantar en vuestra carrera literaria. Voy desde mañana á daros algunas lecciones.

— Me abrumais, señorita, con vuestras bondades.

— Oh, Dios mío, cuanto siento ser duquesa.

Y la hermosa niña hizo un mohín tan gracioso que el pobre jóven sin saber esplicarse lo que sentia, fijó los ojos en la alfombra y enmudeció.

— Para que no lo dudeis, continuó ella, vamos ahora mismo á dar nuestra primera leccion.

Venid conmigo á mi libreria.

Levantóse entonces y alzando una rica tapicería pasó á otro salon adornado con el mismo gusto y magnificencia que el que acababan de dejar. Allí en preciosos estantes de oloroso cedro se veia una coleccion completa de las obras más selectas del ingenio humano desde Homero hasta Biron. Tomando entre aquellos lujosos volúmenes una gramática inglesa, y poniéndola en las manos de su improvisado discipulo, le dijo:

Sentaos que os voy á esplicar la primera leccion.

El jóven tuvo que obedecer, y se dejó caer en un sillón, pálido y encendido alternativamente.

Entonces ella con una gracia inesplicable, con una claridad sorprendente y con una formalidad incomprensible en sus pocos años, le esplicò los primeros rudimentos de esa lengua que tan poca analogía tiene con las del mediodia de la Europa.

Concluida la leccion que el jóven oyó con la atencion mas escrupulosa, cerró ella el libro y se lo entregó á su discípulo señalándole hora para el siguiente dia.

En este momento entró el conserje en la habitacion llevando en una bandeja de plata una carta.

Inútil es decir cuan grande sería su admiracion al ver al sobrino del capellan, como él le llamaba, sentado junto á la duquesa, solo diremos que sin poder reprimir su asombro retrocedió dos pasos.

La niña que todo lo adivinaba, gozándose en el estupor de su viejo sirviente, esperó á que le hablase.

Al fin, el pobre Andrés sin saber si era juguete de un sueño, avanzò por el salon con la vista fija en el montañés, creyendo á cada instante que iba á desaparecer como una sombra.

= Señorita, dijo por último, esta carta

del Sr. Duque...

= Bien, podeis retiraros.

Y tomó la carta.

= Se me olvidaba advertiros, añadió despues de un momento de silencio; que la Biblioteca estará siempre abierta para éste jóven.

El criado hizo una profunda cortesía y lleno de asombro se alejó.

Poco despues el jóven se despedia tambien, llevando de aquel dia en su corazon un recuerdo imposible de borrar.

CAPÍTULO V.

Ensueños.

Sin otra novedad, los días transcurrían uniformes y tranquilos en el Castillo ó Palacio de Castelsoro, el duque siempre ausente, y su noble hija ocupando sus ocios en pasear, hacer limosnas, visitar enfermos,

y ejercitar sus variados conocimientos en las bellas artes, única distraccion que en aquella soledad le era permitida.

La sencillez de sus costumbres, la inagotable bondad de su carácter y su afectuosa amabilidad, habian concluido por dominar completamente la selvática susceptibilidad del montañés.

Diariamente venia éste al Castillo, y allí recibia su leccion de inglés que era escuchada siempre con religiosa atencion. Su linda maestra estaba muy contenta con los rápidos adelantos que en el estudio hacia, y le anunció que en breve podria comprender los clásicos ingleses.

Desde el día de su encuentro en la Biblioteca habia el jóven olvidado sus paseos á la montaña, apenas salia de su casa donde pasaba los dias y las noches estudiando continuamente, excepto las horas que empleaba en hacer su diaria visita á la duquesa. Durante estas visitas cualquier atento observador hubiera advertido el esmero con que el jóven cuidaba de su persona, y lo aseado y hasta lujoso de sus vestidos; el traje asturiano se habia olvidado por el menos pintoresco, pero mas serio de nuestras ciudades.

Era una transformación completa que él procuraba explicarse á sí mismo con el respeto que debía á la noble casa donde era admitido.

Insensiblemente la hermosa niña se fué acostumbrando á vivir junto á él, á oírle declamar los versos de nuestros mejores poetas, á escuchar los primeros ensayos de su tímida musa, á corregir unidos estas poesías, donde él vaciaba sus recuerdos de la niñez, sus sueños del porvenir, sus ambiciosas aspiraciones dramáticas. El candor de los primeros años, la intimidad que produce el aislamiento, la confianza que la soledad inspira, todo esto reunido contribuyó á fortalecer rápidamente esta amistad, y á darle una solidez que pudiera resistir con el tiempo á la ausencia y á las preocupaciones de nacimiento y de raza.

Muchas veces salían ambos acompañados del aya y trepaban por aquellas asperezas, recorriendo los bosques mas espesos, y subiendo á las mas altas montañas; el joven cuidaba de enseñarle los sitios mas pintorescos de la comarca, de contarle las leyendas mas poéticas del pais, de iniciarla en fin en esa vida del campo, cuyos goces puros y tranquilos son desconocidos en las ciu-

dades. El alma joven, candorosa y entusiasta de la noble duquesa, aspiraba con avidez estas dulces emociones, encontrando en ellas un placer, cuyo origen no se detenía á analizar.

La amistad de los dos jóvenes se hizo al fin tan necesaria que ambos eran por decirlo así inseparables. Aquella timidez que la inferioridad de rango despertaba en el asturiano, se fué insensiblemente desvaneciendo; dotado de un carácter expansivo, ardiente y elevado, se asimiló en breve, el lenguaje, el tono y los movimientos que parecen desprenderse de una esmerada educación y del trato frecuente de una sociedad escogida. Su áspera corteza de montañés le abandonó, el desarrollo de su inteligencia le presto la dignidad propia de un hombre que sabe apreciarse á sí mismo, y aunque no desconocía la inmensa distancia que las preocupaciones han establecido en la escala social, adivinaba instintivamente que con valor, talento y audacia se puede trepar hasta su último escalon. Pero estos pensamientos, si alguna vez se despertaban en su alma, eran de un modo vago, confuso é incierto; el problema de su porvenir no se había formulado todavía con tér-

minos claros y precisos, su pensamiento dulcemente alhagado por el presente, olvidaba completamente lo futuro. Precko era que algún suceso extraño viniera á turbar aquella calma, á empañar el transparente azul de aquel cielo, siempre límpido y sin nubes.

Una carta del duque anunciándole á su hija su próximo viage á la corte, produjo este efecto. El suceso no podia ser mas natural. En la carta no se fijaba época para el viage.

La noticia no alteró de pronto las patriarcales costumbres establecidas en el solitario castillo. Las lecciones y lecturas favoritas, así como los paseos á la montaña, siguieron su curso acostumbrado. Pero era fácil advertir que un velo de profunda tristeza habia caído sobre aquellos dos corazones antes tan alegres y felices. Sucedia algunas veces que despues de estar muchas horas reunidos, apenas se decian una palabra; la conversacion principiada se interrumpia de improviso como si un pensamiento enojoso viniera á interponerse en sus mútuas é inocentes confiancias.

En una de esas tardes, tan puras y serenas de la primavera, cuando todo parece re-

vivir en la naturaleza, los dos jóvenes salieron del castillo, seguidos del aya, que habia ya recobrado su salud, y juntos se dirigieron hácia aquella parte de la sierra donde se hallaba la cueva que les sirviera de abrigo en la pasada tempestad. Hasta aquel dia nunca les habia ocurrido visitar el sitio que fué, por decirlo así, la cuna de su amistad.

Ya hemos dicho en otra ocasion que el sendero era pendiente y escabroso; el último invierno lo habia dejado casi intransitable. Sin embargo, nada les arredró, y con aquel vigor y perseverancia que solo se encuentra en esa dichosa edad, siguieron impávidos su camino apesar de la oposicion del aya. Esta al fin tuvo que confesarse vencida y sentándose en el mismo lugar que en otro tiempo le sirvió de refugio para guarecerse de la lluvia, dejó que ellos solos treparan hasta la cima de la montaña en cuyo flanco se abria la cueva.

Un ancho horizonte se ofrecia á la vista desde aquella altura; á la izquierda y en una profunda garganta que se perdia á lo lejos entre dos altas montañas, se descubria el bosque donde se extravió el duque: al frente se abria la estensa llanura de Castelsoro,

con sus ricos y fecundos valles, que en sucesivos escalones descendían desde la sierra; mas lejos el río Amandy como una cinta de plata cruzaba la campiña escondiéndose entre los árboles que sombreaban sus orillas; á la derecha una elevada y desigual cordillera, iba á enlazarse con las altas montañas del centro de las Asturias en dirección del célebre y venerado santuario de Covadonga.

Los jóvenes habían tomado asiento sobre el tronco de un árbol caído, que cerraba la entrada de la cueva. Allí habían permanecido en silencio sin querer comunicarse sus mútuos pensamientos. Y es que estos pensamientos no podían ser mas tristes. Iban á separarse, quizá para no volverse á ver.

— Que espléndida os va á parecer la corte, dijo al fin el montañés con un profundo suspiro; allí rodeada de cuanto el hombre ha podido inventar para satisfacer sus caprichos, pronto olvidareis las sencillas costumbres de nuestros campos, donde sin embargo habeis sembrado tantos gratos recuerdos.

— Los buenos corazones, no olvidan jamas á los buenos amigos; porqué habia de olvidarme yo de Castelsoro?

= Sí, lo comprendo; sois demasiado buena y generosa para olvidar nunca á los que tanto os aman; ¿pero ese recuerdo bastará á la felicidad de los que la suerte va á alejar para siempre de vuestra persona?

= Preciso es resignarse con la voluntad de Dios.

= Vos, señorita, podreis resignaros, pero yo.... ¿qué me resta cuando os alejeis del Castillo? soledad, tristeza, desaliento.... ¿que va a ser de mis sueños tan ardientemente acariciados? Los libros que lea, ya no tendrán encantos para mí, los versos que escriba carecerán de armonía, mis esperanzas perderán sus alas, y caerán sin remontarse, al suelo.

— Callad.... ¿no teneis ya fé en el porvenir?

= Sin vos no tengo fé en nada.

— Estais delirando?

— Sí, creedlo; mi vida de hoy es un delirio continuo; yo no debí nunca conocerlos.

= Y porqué? El rango es verdad que nos separa, que solo podemos ser amigos, en el secreto de nuestra intimidad, pero el mundo tiene tambien su nobleza que no

depende de la casualidad del nacimiento, nobleza que imprime el dedo del mismo Dios sobre la frente de sus elegidos. ¿Porqué no aspirais á esa nobleza? Entonces con la frente erguida podríais pisar nuestros alfombrados salones y mirar sin ruborizaros á los que ahora se creen con derecho á despreciaros, ese dia sería uno de los mas felices de mi vida.

= Para ascender á esa altura se necesita que un ángel nos tienda su mano. ¿Queréis ser ese ángel?

= Sin aspirar á ese título, haré por vos cuanto de mi dependa.

= No dudo de vuestra amistad, sé por experiencia cuan buena sois, pero no tengo fé en mi talento, ¿quien soy yo para aspirar á legar mi nombre á la posteridad?

= Ahora no sois nadie, mañana podreis ser mucho. El desaliento y la duda son los mayores enemigos del verdadero talento. Acordaos de mi nombre, y que os sirva él de norte en la lucha que vais á emprender.

= Sí, tenis razon, Esperanza será el nombre que pronuncien mis labios, Esperanza la idea que invoque en mis horas de soledad y estudio, Esperanza la única idea

que llenará desde hoy mi pensamiento.

Y el jóven, poseido de loco entusiasmo al pronunciar estas palabras, se olvidaba de que estaba junto á una muger destinada á unirse á las casas mas poderosas de España, sin que ni remotamente pudiera soñar con un cambio de fortuna que á ella le acercára.

— Bien; le dijo la duquesa ruborizándose ligeramente, sea mi nombre el fatal que os guie por el nuevo sendero que os señalo, pero cuidado con desfallecer, el hombre que no tiene constancia, no es digno de llegar á la inmortalidad.

— La tendré, os lo juro por la memoria de mis padres. Vos habeis abierto ante mi vista un horizonte para mi desconocido, horizonte cuyos limites no alcanzo aun á descubrir; vos me habeis comunicado vuestra nobleza de pensamientos, la sensibilidad inagotable de vuestro corazon, la dignidad natural que Dios ós ha concedido; por vos he deseado salir de estas montañas, abandonar el hogar de mis padres, ennoblecer mi humilde apellido, llegar á ser rico, poderoso y grande; por vos quisiera ser dueño de una corona; por vos anhelo que mi nombre pudiera llenar el mundo de uno al otro polo. ¿Y creéis que

pueda faltarme la confianza? Contando con vuestro apoyo, é invocando vuestro nombre, entraré en ese mundo que no conozco, lucharé con sus preocupaciones, me crearé una posición independiente, y, ó será mi nombre conocido, ó moriré en la demanda.

= Sin embargo, no nos forjemos ilusiones, dijo la jóven despues de permanecer un rato pensativa, el desencanto seria fatal.

= Mis ilusiones se reducen á poderme acercar libremente á vos; obtenga yo ese resultado y soy feliz.

= Entonces, replicó ella sonriéndose, nada ambicionais ahora.

= Nada, si no que estos momentos se prolonguen por una eternidad.

= La felicidad no puede ser eterna en la tierra.

= Lo sé, dijo el jóven dejando caer su cabeza entre sus manos, pero con vos, la tierra seria el cielo.

El diálogo como se vé, no podia ser mas explícito; el pobre asturiano sin manifestar el loco amor que se habia apoderado de su alma, lo revelaba con sus palabras á cada instante.

La linda jóven no respondió, pero sus ojos

pensativos se fijaron vagamente én el fondo azulado del cielo, y una vaga meditacion se apoderó de su pensamiento.

Su mano suave, pequeña y perfumada cayó con abandono sobre el cespèd, tropezando casualmente con la de Luis. Este ligero contacto hizo pàlidecer intensamente al jóven, su sangre refluyó con violencia al corazon, un temblor convulsivo se apoderó de su cuerpo, y mirando con loca ansiedad aquella mano, por cuya posesion hubiera dado toda su sangre gota á gota, acercó á ella la suya cediendo á un impulso mas poderoso que su voluntad. La duquesa seguia embebida en su silenciosa meditacion. Insensiblemente la mano de la jóven se encontró entre la de Luis, sin que ella manifestara oposicion alguna.

Era, como hemos dicho, aquella mano, suave, pequeña y aterciopelada, una de esas manos como solo se ven en los cuadros de Rafael y de Murillo.

El pobre jóven, dominado completamente por aquella sensacion desconocida, superior á cuanto su imaginacion habia soñado, dolorosa por su mismo exceso de voluptuosidad, inclinó la frente, cerró los ojos, y opri-

miendo la mano contra su corazón, le pareció que en aquel momento se entreabrían para él las puertas del paraíso.

La hermosa niña, pálida también, suspiró dulcemente, se puso en pie, y retiró con suavidad su mano de las del jóven; en seguida principió á descender al valle, echando una última mirada sobre aquel hermoso paisaje sin cambiar una sola palabra con su compañero, que, creyéndola ofendida, la seguía temblando.

Antes de llegar ambos al Castillo, un jóven montado en un caballo de pura raza, seguido de un elegante jockey les salió al encuentro; era el Visconde de Florbella que llegaba desde Oviedo en busca de su hermana para conducirla á Madrid.

CAPÍTULO VI.

Ausencia.

Al amanecer del siguiente día, una lujosa berlina desapareciendo en el horizonte, reve-

ló al jóven poeta la realidad de su desgracia.

Aunque le habia sido imposible dormir en toda la noche, y rondaba desde muy temprano los alrededores de la quinta, no pudo conseguir hablar á la duquesa ni acercarse á ella. Nada le hubiera sido, sin embargo, mas fácil, teniendo como tenia libre entrada en el palacio, pero el temor de sufrir un desaire de parte del noble visconde, cuyo carácter le era desconocido, le contuvo en sus deseos esperando siempre vagamente verla al subir el coche. Así sucedió en efecto; despues de un ligero desayuno, los dos jóvenes hermanos bajaron por la escalera principal seguidos de su numerosa servidumbre, y se detuvieron un momento en el patio. Esperanza con el pañuelo en los ojos se enjugaba las lágrimas que abundantemente le corrian por sus pálidas megillas; su hermano sin comprender este exceso de sensibilidad, daba prisa al cochero para alejarse le mas pronto de aquellos para él tristes lugares. Pocos momentos antes de subir á la berlina, la jóven tendió los ojos hácia el campo, y descubrió á Luis apoyado en uno de los árboles que formaban la avenida que conducía al castillo. Desde este momento,

sus miradas se cruzaron con aquella muda elocuencia que inspira la certeza de un triste porvenir.

La berlina al fin se puso en movimiento, en medio de los gritos de los labradores de las cercanías, de los sirvientes y empleados de la casa que se despedían llorando de su jóven señorita á quien tanto amaban.

El coche salió del palacio, dió vuelta á una plaza circular que se abría en el centro, y entró al trote de los caballos en la calle de árboles que se estendía hasta el camino. Este era el sitio donde estaba el montañés.

Al acercarse la berlina, la jóven se inclinó hácia aquel lado, fijó sus ojos velados por las lágrimas sobre el rostro pálido del pobre asturiano, y dejó caer á sus pies un hermoso ramillete donde iba envuelto su pañuelo. El jóven se precipitó sobre las ruedas á recoger tan precioso recuerdo, llevó á sus labios el ramillete con profunda emoción, y desdobló el pañuelo, en cuyo centro se leía la palabra *Esperanza* primorosamente bordada.

Cuando levantó sus ojos, la berlina había desaparecido. La hermosa niña semejante á uno de esos bellos sueños que hal-

hagan por un momento la imaginacion, y nos hacen soñar con otro mundo desconocido, dejándonos luego al despertar mas tristes y sombríos, se le aparecia ahora, como el recuerdo grato pero irrealizable de una dicha soñada; preciso era que llevara á sus labios las flores y el pañuelo, para convenirse de la realidad de aquella aparicion hechicera. Feliz él vivia en medio de aquellas agrestes soledades, antes de la tarde en que el duque le encontrara en el bosque; sus libros y la caza ocupaban todas sus horas sin que las esperanzas que á veces alimentaba, se extendieran mas allá del círculo de montañas que se encontraba á su vista. Sus deseos, aunque grandes para su humilde condicion, no eran del todo imposibles. Quería ser poeta, y los poetas se forman en la soledad, en la meditacion y el silencio. Pero ahora ¿qué deseo llenaba su corazon? Ni él mismo se atrevia á confesárselo en el secreto de su conciencia. Amar á la jóven duquesa era, no solo á su juicio, sino al de cualquiera persona razonable, un disparate tan grande, como aspirar á un trono. De aquel amor solo podia resultar la desgracia de toda su vida; Mas, apesar de esta conviccion, ¿te-

nia él en sí mismo la fuerza necesaria para borrar esta pasión naciente? Mucho lo dudamos, pero lo que sí podemos asegurar, es que aun cuando la hubiera tenido no la empleara en esta ocasión. Aquel amor era ya para él una necesidad de su existencia. Parecía que antes de haber conocido á la duquesa no había calculado el precio de la vida. Un inmenso vacío, cuya extensión lo llenara todo con la imagen y el recuerdo de su amada, se abría ahora en su corazón; el solo pensamiento de que este amor pudiera faltarle, era suficiente para producirle un vértigo que postraba su razón y sus fuerzas.

Amaba con toda la plenitud de un corazón virgen que se abre por primera vez á las tentadoras impresiones de un amor imposible. Amaba con toda la salvaje energía de una naturaleza privilegiada que se acrisola con la resistencia, que desafía las dificultades, y se enaltece al contemplar la elevada altura en que se halla el objeto de su pasión.

Fuerte con los recuerdos que despertaban en su alma el ramillete y el pañuelo, se encerró el joven en su casa y allí se dedicó sin descanso al estudio. Quería escribir un drama; pero un drama que le diera desde luego

un nombre ennoblecido por el talento, proclamado por la prensa, y coronado por el pueblo. Para ser algun dia digno de acercarse á Esperanza, era preciso que sus versos le allanaran el camino. En aquel drama estaba, pues, cifrado el porvenir de su vida, el secreto de su existencia.

Entonces principi6 para el pobre jóven una de esas luchas gigantescas y terribles en que el hombre solo y aislado en la tierra intenta desafiar la suerte y vencerla. Su amor semejante á una fiebre ardiente y devoradora, sostenia su espíritu en esa tension poderosa que le presta una lucidez desconocida. Exaltada su imaginacion hasta un grado imposible de describir, comunicaba á sus creaciones poéticas todo el fuego, colorido y belleza que se reflejaban en su cerebro. Bien pronto el plan del drama estuvo concluido y su pluma principi6 á trazar con febril rapidez las primeras escenas. Todas las tardes, con sus borradores en la mano y el pañuelo sobre el corazon, trepaba á aquellas colinas, donde en medio de la tempestad habia guiado los pasos de Esperanza, y los declamaba en alta voz con loco entusiasmo. El drama parecia impregnado á la vez de la salvaje energia de su

ardiente amor, y de la dulce melancolía que brotaba de su apasionado pensamiento.

Volvia un dia de uno de estos paseos solitarios, cuando al pasar junto al castillo se le ocurrió descansar un momento en una casita aislada que ocupaba su tio el capellan, anciano venerable muy respetado y querido en la comarca, y á quien profesaba un sincero y filial cariño.

Acostumbrado el tio á sus extravagantes escentricidades, esto es, á verlo desaparecer en la montaña con su libro en la mano y, en seguida, á que permaneciera encerrado dos y tres dias en la habitacion donde recibiera al duque, ya no estrañaba sus largas ausencias, ni se inquietaba por su tardanza.

El dia en qué, como hemos dicho, se le ocurrió entrar, estaba el viejo recostado en una ancha poltrona, aspirando con delicia la brisa de la tarde. Desde que Luis habia obtenido tan gratuitamente la confianza y amistad de la jóven duquesa, todos en el pais le guardaban cierto respeto, que ni por su edad ni por su género de vida podia esperar de aquellos labradores. Hasta su mismo tio, aunque por su carácter y circunstancias parecia no estar sometido á esta clase de influencias, no

dejaba de mirar con alguna consideracion á un pariente que tan de cerca se comunicaba con los señores del pais.

Al entrar el jóven, se entabló el siguiente diálogo.

— Buenas noches, sobrino, de donde vienes?

— Tio, vengo de la montaña.

— Qué libro estudias ahora?

— Ninguno, tio, estoy escribiendo algunos pensamientos fugitivos.....

— Siempre soñando....

— Ya sabeis que la vida es sueño.

— Y tu sueñas siempre con Calderon?

— Siempre tio.

— Bien; no desapruero tus inclinaciones, pero es preciso que pienses mas en la vida real; el pais de las quimeras te hace olvidar con frecuencia a tu pobre tio.

— Oh, teneis razon, soy un ingrato.

— Además, debes pensar seriamente en tu porvenir. La suerte no es de quien la busca, sino de quien la encuentra, y me parece que con el favor de los duques bien podias solicitar un empleo en Oviedo ó Leon.

El jóven se sonrió desdeñosamente, y su tio continuó diciendo;

— Yo creí, francamente, que esa linda señorita que tan de improviso se nos apareció en el castillo, te hubiese olvidado en la corte, porque la gente noble, hijo mio, suele padecer de la memoria, pero hé aquí que hoy me encuentro de repente con una carta que te envia desde Madrid, y en la cual supongo que...

El jóven no le dejó continuar; al oír el nombre de carta habia dado un salto en el asiento, trocando su color por una intensa palidez.

— Será posible!... me habrá escrito? ¿dónde está la carta, tío, donde?

— Por nuestra Señora de Covadonga que me has asustado...

— Pero, decidme ¿dónde está?

— Sobre mi escritorio, entre las hojas del Breviario.

Antes de concluir esta breve respuesta, ya Luis habia desaparecido.

Pocos momentos despues, sin acordarse de saludar al tío, salia de la casa con su carta en la mano, dirigiéndose á la casita del torrente, donde solo y sin testigos queria saborear su dicha.

El que recuerde el momento en que reci-

vió la primera carta de una mujer adorada, podrá comprender la situación de Luis.

Parecía que la carta le quemaba las manos; llevábala con frecuencia á sus labios, y le dirigía la palabra como á un ser animado.

Unas veces apresuraba el paso para gozar mas pronto de su lectura, otras se detenía, para prolongar mas tiempo aquella dulce inquietud.

Cuando llegó á su solitaria casa, la luna habia salido de entre unas nubes y plateaba con sus vacilantes rayos la copa de los álamos y de los sauces del río. El trino de algun pájaro escondido entre las ramas, venia solo á interrumpir el magestuoso silencio de la noche.

Luis subió á su cuarto, encendió una luz, y sentándose en la misma silla, y apoyándose en la misma mesa donde estuvo Esperanza la noche de la tempestad, abrió lentamente la carta.

Un perfume embriagador, indefinible, perfume que revela siempre á la mujer querida, se desprendió del aristocrático papel, cruzado con orlas de oro y timbrado con las armas de los Castelsoros.

Luis temblaba de emoción, apenas podia fijar sus ojos en aquella carta tan ardientemente deseada.

La carta decía así:

« Amigo mío, la Esperanza de Madrid es siempre la Esperanza de Castelsoro. No quiero que pienses un solo instante que pueda yo olvidaros, y por eso os escribo. Envidio vuestra soledad y echo de menos nuestros solitarios paseos tan llenos de encanto y de poesía. No creo que hayais renunciado á vuestros proyectos para el porvenir. Espero en vuestro drama, como se espera en una idea grande, sublimely realizable. Amigo mío, acordaos que con fé y esperanza se llega hasta el cielo. »

« Estoy en un mundo desconocido para mí. Todo cuanto veo me pasma y me maravilla. Si pretendiera deciros lo que me parece la córte, talvez no acertára á hacerlo. »

« El ruido, sin embargo, de esta inmensa Babilonia apenas llega á mis habitaciones. Vivo en una calle solitaria donde posee mi familia un estenso palacio: nada falta en él de lo que exigir puede el lujo mas esquisito; hasta tengo un hermoso jardin que me recuerda con frecuencia las flores de Castelsoro. »

« He asistido á algunos bailes en los que he tenido ocasion de conocer á las damas

mas bellas y elegantes de la aristocracia madrileña. En estas escogidas reuniones me he presentado con mi tia la marquesa viuda de Breñafiel, señora muy apegada á la etiqueta, y para la cual no existe en el mundo otra cosa que sus viejos pergaminos. Cuando estamos juntas no se pasa una hora sin que me riña dos ó tres veces. Mis movimientos le parecen demasiado naturales y sencillos, mis ideas vulgares y plebeyas, y mis gustos le dan un plor á preveucia que la desesperan. Pero en cambio tengo una amiga en quien creo poder depositar toda mi confianza. Es una jóven que tiene 18 años, dos mas que yo, graciosa, viva, alegre, espiritual. Es sobrina de mi tia la marquesa, y segun he sabido, será algun dia la esposa de mi hermano Carlos. Esta jóven es un tipo de elegancia y de buen tono. Todo el que la vé la adora. Yo he cedido tambien á ese influjo universal que ejerce. Con ella he recorrido los principales teatros de la Côte, he oido nuestros mejores actores, y visto á nuestros mas eminentes poetas. ¿Quereis que os lo diga, amigo mio? Pues sus versos no me han parecido tan armoniosos, tan enérgicos ni tan inspirados como los vuestros. Se adivina bajo

aquellas bellas frases el estudio que los ha dictado, son versos que nacen de la cabeza, pero no del corazón.»

«Isabel, que así se llama mi amiga, se rie de mis escrúpulos literarios, y me pregunta con quien he estudiado nuestro teatro. Yo me callo y no la contesto, porque hay ciertas cosas que ella no comprendería. ¿No es verdad, amigo mio?»

«Mañana hay un gran baile en la embajada francesa: mi padre me ha regalado un magnífico aderezo de brillantes, para que lo lleve á esa fiesta, aderezo que para mí tiene ahora un precio inmenso, porque he sabido que perteneció á mi madre. Ignoro si me divertiré en ese espléndido soirée, pero creo que será como en los anteriores. Estoy triste. Nada me distrae. No se lo que tengo, pero no me siento buena; yo pienso que me hace falta respirar el aire puro de esas montañas. Amigo mio, no siempre se encuentra la felicidad en ser duquesa. — Adios, hasta mañana.»

Debajo de estas palabras habia otro párrafo escrito sin duda despues del baile, que decia así:

«Estoy rendida de cansancio, No he ca-

sado de bailar en todo la noche. ¡ Que movimiento, que lujo, que esplendor! He hablado un largo rato con uno de nuestros mas grandes poetas; la corona del genio irradiaba allí, en medio de nuestras coronas ducales, sin perder nada de su brillantez. ¿ Cuando es veré á mi lado, ennoblecido por vuestro talento, aclamado por la prensa y llevando un nombre, puro, ilustre, y sin mancilla? Desde aquí os tiendo mi mano, ella nunca os faltará. »

Así concluía la carta. Luis cerró los ojos y dejó caer su cabeza entre sus manos. ¿ Qué pensamientos cruzaron por su mente? Solo Dios podría decirlo. Sin embargo, debemos desde luego asegurar que su meditacion duró toda la noche, interrumpida á intervalos por largos y precipitados paseos, y bruscos é incoherentes monólogos. La carta fué leída muchas veces, el drama, recitado en alta voz, con desaliento en algunas escenas, con entusiasmo en otras. En fin, aquella fué una noche de insomnio, de delirio artístico, de fiebre amorosa.

Los primeros resplandores de la aurora vinieron á sorprenderle en medio de esta penosa agitacion; entonces, depositando la

carta y el manuscrito, esto és, su fé y su esperanza, dentro del pañuelo de la duquesa, salió de su casa dirigiéndose á la de su tío.

Su resolucion estaba adoptada irrevocablemente; iba á vender su corta heredad para trasladarse á Madrid.

CAPÍTULO VII.

En Madrid.

¡ Dichosa es la edad de 20 años ! ¡ Cuantos sueños, cuantas ilusiones nos forjamos en esa estacion florida de nuestra corta existencia, creyendo que todas han de llegar á realizarse ! Y sin embargo, esas ilusiones, esas flores que con tanto afan hemos acariciado, que con tanto empeño preservamos de la lluvia y del mal tiempo, que ocultamos de las ardientes miradas del sol para que no las quemase, viene de improviso un soplo de viento y las arranca de su talle llevándose por el

aire sus marchitas hojas. ¡ Pobres ilusiones! Durais lo que la flor, felices si podeis abrir un momento vuestra coróla á la brisa de la mañana!

El pobre Luis se hallaba aun en esta edad dichosa; sus ilusiones no se habian marchitado al soplo del desengaño; el mundo no habia empañado con su impuro aliento la casta pureza de sus ensueños. Por la primera vez, el jóven, confiado, sin amigos y sin experiencia, llegaba á Madrid, sostenido en la fé de su talento y en la esperanza de su amor.

¿ Quien no conoce á Madrid? Se cuentan tantas maravillas, tantos encantos, tantas bellezas de esa coronada villa, que el que no ha podido recorrer sus calles, la ha visto al ménos en sueños. Madrid es una inmensa colmena donde se revuelve en confuso desorden toda la escala social desde el infeliz jornalero al opulento magnate, desde el estúpido aguador, al entendido publicista. Foco de la civilizacion española, allí se refleja su ciencia y su progreso; la prensa madrileña es el barómetro de la cultura peninsular; su teatro marca la altura ó descenso de la poesía castellana. Para que una obra literaria sea buena, preciso es que se haya publicado

en la Capital y que la haya juzgado favorablemente aquel público ante el cual no hay apelacion. Madrid forma ó destruye las reputaciones políticas, científicas, y literarias; la corona que ella ciñe á la frente del poeta, del sabio ó del orador, nunca se marchita. Por esto converjen hácia aquel centro todas las aspiraciones de los que han nacido en provincia; allí van, como se va por oro á las Californias, á recoger un poco de gloria entre el lodazal de las inmundas pasiones que en su seno se agitan.

A nadie conocia Luis en Madrid. Hospedóse á su llegada en una modesta casa de pupilos de la calle del Olivo, donde tomó un pequeño aposento con balcon á la calle. La patrona, mujer de edad, amable y bonachona le arregló módicamente sus gastos de comida, aposento y luz, de modo que tranquilo respecto á este particular, pudo desde el mismo dia ocuparse del objeto que le llevaba á Madrid. Ya sabemos que su drama resumia todas sus esperanzas presentes y futuras. Si el público no lo aceptaba, su nombre se hundia para siempre en el olvido. Pero lo que el ignoraba eran las dificultades casi insuperables que habia de vencer para que su drama fuera

admitido por los actores, ensayado y puesto en escena cuando nada lo recomendaba sino el mérito, para éstos incomprendible, de la obra, supuesto que no había pasado por el crisol supremo de los espectadores.

Dichoso Luis en su ignorancia no acabó sus primeros días con tan tristes pensamientos; además, la fortuna le favoreció proporcionándole un amigo entre los varios estudiantes que vivían en la misma casa. Era éste un joven valenciano apreciable por su educación y su conocimiento de la Corte, donde hacía cinco años que cursaba la carrera de leyes, estudio que no le privaba de frecuentar los teatros, paseos y tertulias con que Madrid brinda diariamente á sus hijos y huéspedes.

Desde el primer día Felipe, que así se llamaba el valenciano, se aficionó á Luis, y conociendo que llegaba por la primera vez á la Corte, quiso servirle de guía. En Madrid basta una hora para hacer de un indiferente un amigo. La rapidez con que allí se vive, no permite gastar tiempo en pruebas inútiles. La confianza se da y se recibe con un apretón de manos.

A Luis le agradó también la franqueza del

valenciano, cuyo carácter festivo, servicial y desinteresado era el mas apropiado para ganar su voluntad.

Así fué que desde el siguiente dia recorrian juntos las calles principales de la Villa, sirviéndole Felipe de Cicerone. Y en verdad que ningun otro hubiera desempeñado mejor este oficio: no habia café cuyos secretos no le fueran conocidos, teatro cuyos bastidores no hubiera visitado, jóven bonita y elegante á quien no saludara.

Pocos dias despues, Felipe enterado del objeto que llevaba á Luis á Madrid, se brindó á presentarle á algunos de los principales actores del teatro del Príncipe, quienes despues de mil promesas le ofrecieron leer el drama y hacer que se inscribiese en el repertorio elegido para la próxima temporada.

Apesar de estas pruebas de confianza ni una palabra, ni un gesto ni un suspiro habian revelado aun el estado de su corazón: Luis guardaba el esoro de su amor, como un avaro que teme á cada instante que una mirada profana penetre el secreto de su oculta pasión. Sin embargo, alguna vez aventuraba ciertas preguntas, que sin comprometer su secreto, pudieran acercarle á su amada. Toda-

via no había podido verla y hasta ignoraba la calle donde estaba situado su palacio. Nada mas fácil sin embargo que saberlo, pero una invencible timidez le impedía llevar a cabo esta sencilla investigación.

Dos semanas habían transcurrido de este modo desde su llegada á Madrid, cuando una mañana muy temprano le propuso Felipe ir de paseo al Retiro. Principiaba apenas el Otoño; las hojas de los árboles, palmas y vacilantes se balanceaban al menor soplo de viento cayendo algunas entre aquellos bosquecillos de verdura, cuyo suelo alfombraban en todas direcciones. Aquellos paseos solitarios son el lugar preferido por los amantes felices, que buscan la tranquilidad y el silencio; allí se dan citas los que huyen de miradas importunas, y los que tienen penas, y los que lloran por ausencia, ó acarician una dulce esperanza; allí van también a buscar en la soledad y el reposo la calma que no encuentran en los alegres paseos del Prado y del Botánico.

Nuestros dos amigos siguiendo rectamente la calle principal de árboles, se habían dirigido al estanque, cuya inmensa superficie dorada por los primeros rayos del sol, pare-

cia un gigantesco espejo, cuando de improviso Luis exaló un grito involuntario y se adelantó precipitadamente algunos pasos hacia una calle lateral. Admirado el valenciano de este brusco movimiento creyó que alguna fiera se había escapado de su jaula y se paseaba por los bosquecillos del Retiro, pero luego saltó de su incertidumbre, cuando Luis tomándole con presteza del brazo y señalándole un grupo de señoras que á lo lejos se veían, le obligó á andar en aquella dirección.

— Pero ¿estas loco? le decía Felipe sin poder explicarse esta maniobra, ¿que diantre vamos á buscar por esta oscura calle?

— Perdona, amigo mío, le contestó Luis palpitante de emoción, aunque procuraba disimularlo, he visto á lo lejos unas señoras en quienes he creído reconocer á unas jóvenes de Oviedo, cuya casa visitaba el último invierno, y quisiera saludarlas, pues ignoro la calle en que viven.

— Vámonos, ya comprendo, alguna aventura principada en provincia que quieres continuar en Madrid.

Luis se sonrió sin contestar, pero apresuró el paso.

Segue iban avanzando, las personas á cu-

yo encuentro se dirigian, se destacaban mas claras y distintas de entre el negro follage de los árboles, mas espesos por aquella parte del jardin. Cuando estuvieron á pocos pasos de distancia, se vió que eran tres, dos jóvenes de 16 á 18 años y una señora de cuarenta y cinco años, las tres vestidas con un lujo que revelaba una posicion distinguida. Acompañábanlas dos jóvenes elegantes en cuyos pechos brillaban las cruces de Santiago y de Alcántara. A poca distancia seguían un cazador de lujosa librea.

Felipe, despues de haberlos mirado, díjole en voz baja á su compañero.

— Te has equivocado, amigo mio.

— En efecto, contestóle Luis sin dejar de mirar al grupo que se acercaba, creo que me he engañado.

— Conozco á estas señoras, añadió el valenciano, por haberlas visto este año con frecuencia en el teatro del príncipe. La de mas edad es la marquesa viuda de Breñafiel, la joven rubia es su sobrina, la condesita de Santa Rosa, y la otra mas pequeña, tan linda y hechicera, es la hija única del duque de Castelsoro, preciosa joya oculta en Burgos hasta hace poco tiempo no sabemos con que

intencion. Mira, tu que eres poeta, observa al paso, cuanto espiritualismo revelan esos grandes ojos negros, que por fortuna ha dirigido ahora hácia nosotros... Oh! y cómo nos mira; cualquiera diria que trata de reconocernos, ¿no lo ves?

Pero Luis no oia nada; andaba maquinalmente, fascinado por la vista de Esperanza.

En esto habian llegado nuestros dos jóvenes á cruzar sus pasos con los de las señoras, cuando con gran admiracion de todos, deteniéndose de pronto la duquesa, se acercó á Luis y le tendió su mano.

= ¿Cuándo habéis llegado? le dijo con su dulce voz, sin cuidarse del asombro de su tia, ni del de las personas que la acompañaban.

= Hace pocos dias, Señorita, contestó Luis saludando con bastante desembarazo á la hermosa niña y á sus nobles compañeras.

= ¿Y porqué no me habéis visitado?

Vamos, me hareis dudar de la amistad.

= Perdonad, Esperanza, y el jóven acentuó esta palabra con visible emocion, pero bien sabeis que personas como vos no pueden

nunca olvidarse.

— Una galanteria, no es una respuesta.

— Entonces, me permitireis, señorita, ir mañana á solicitar mi perdon.

— Os espero sin falta, pero advirtiéndooos que seré inexorable.

La jóven acompañó estas palabras con una encantadora sonrisa, y dirigiendo á Luis y á su atónito compañero, un gracioso saludo, se incorporó á su tia y á su prima, y continuó su paseo no sin tener que contestar á las repetidas preguntas de aquellas señoras que no dudaban, seria Luis algun gran diplomático, ó cuando menos algun rico y noble título de provincias, desconocido aun en la corte.

Ella respondió lacónicamente y con suma discrecion, dejándolas en completa ignorancia respecto al nombre y condicion de Luis, así como á los jóvenes que la acompañaban, que eran su hermano, el visconde de Floralta, y su primo, hijo de la marquesa de Breña-fiel.

Mientras ellos se alejaban, Felipe, estupefacto, miraba á su compañero como pidiéndole una esplicacion á tau estraña aventura, en tanto que el se sonreia y comprendiendo

La pregunta que encerraba aquella mirada, le decía:

— Te admira que la duquesa de Castelforo me conozca y me llame su amigo ¿ no es cierto ?

— Tanto me admira, cuanto que es proverbial en la corte el orgullo desmedido de esa familia, y como yo te suponía sin relaciones ni amistades, sin ningun conocimiento noble ni plebeyo...

— Tienes razon, amigo mio, te debo una explicacion de mi conducta, que será sin embargo muy sencilla.

— Y me explicarás tambien aquella intensa mirada de la duquesita, y aquel afectuoso apretón de manos, díjole Felipe con malicia.

— Nada mas natural, replicó Luis procurando ocultar su amoroso secreto bajo una afectada indiferencia, la noble hija del duque no participa del orgullo de su familia, conocióme hace poco en uno de sus castillos situado en Asturias, y no ha querido renegar de su amistad.

— Ay, señor poeta, que feliz sois en tener tales amigos ! Pero cuidado, añadió con seriedad, que esa gente nos acaricia como se

suele acariciar á un perro que les agrada, y luego, cuando mas confiados estamos en su cariño, mandau á sus lacayos que nos arrojen á la calle.

Luis movió la cabeza en señal de duda, y siguiò sin contestar á su amigo.

CAPÍTULO VIII.

Dudas y vacilaciones.

Al dia siguiente el jóven asturiano, libre ya de todo temor, se informó de la calle donde se hallaba situada la casa de los duques de Castelsoro y se dirigió á ella, sin esperar la hora en que la etiqueta exige que se hagan estas visitas. Es verdad que él no creia ser recibido como una visita cualquiera; recordaba sus paseos á la montaña, sus lecciones en el castillo, el ramillete, el pañuelo y la carta, y aunque jamás habia creído que llegaría á obtener el amor de Esperanza, pen-

saba con tranquila resignacion en que le seria al menos permitido amarla pura y santamente en el fondo de su pensamiento.

El palacio de los duques se levantaba en uno de los barrios mas apartados de Madrid, y ocupaba una estensa cuadra aislada de otros edificios.

La mas severa etiqueta reinaba en sus salones, donde se reunia con frecuencia lo mas selecto de la nobleza castellana.

Luis entró con timidez sin atreverse á preguntar por Esperanza, pero tuvo la suerte de encontrar á los pocos pasos á uno de los sirvientes que habian acompañado á la noble jóven á Asturias, y reconociéndole éste, no vaciló en conducirle hasta las habitaciones que su ama ocupaba, situadas en un entre-suelo con vistas al jardin.

Despues de haberle anunciado introdujeron al jóven en un hermoso gabinete ricamente amueblado, donde la duquesa le esperaba, vestida con un lindo traje de mañana.

Tres grandes ventanas daban luz al aposento cuyas paredes estaban tapizadas de azul y blanco. Las copas de los árboles del jardin venian á estender sus hojas sobre el antepecho de las ventanas, asomando los naran-

jos sus blancos ramilletes de azahares, y enviando las rosas y violetas sus perfumadas emanaciones.

— Os esperaba, dijo la jóven al ver entrar á Luis, que tímido siempre é irresoluto se detenía en el dintel, ¿ ya no me conocéis ?

— Perdonadme, señorita, contestó él avanzando, esta timidez que no puedo dominar, es la única disculpa que puedo ofrecer para excusar mi falta de atención; hace quince dias que estoy en Madrid.

— ¿ Quince dias y no habeis llegado á esta casa ?

— Ignoraba su direccion y no me atrevia á preguntarla. Ah, ¿ no es verdad que comprendéis mi resolucion y me la perdonais ?

La jóven se ruborizó ligeramente moviendo, sin embargo, la cabeza en señal de asentimiento, luego sucedió un momento de silencio durante el cual Luis se sentó.

— Habeis recibido una carta mia ?

— A ella debo mi viage á la corte. Su lectura ha decidido de mi porvenir. He roto ya con lo pasado y vengo á conquistar un nombre ó á morir en la demanda. Ya sabeis que cuento en esta lucha con la ayuda de un ángel.

Esperanza movió la cabeza con melancólica sonrisa y contestó.

— Poco puede esa muger á quien en vuestro poético lenguaje dais un nombre que nunca ha merecido, pero sus votos y sus oraciones, aunque poco valgan, siempre os acompañarán.

— Oh! gracias, Esperanza, gracias por vuestras bondadosas palabras; ellas solas me dan el suficiente valor para mirar sin zozobra mi oscuro destino. Si no contára con vuestra tácita aprobacion, si no supiera que vuestros ojos se dignan seguirme por la áspera senda que voy á emprender, si no estuviera convencido de que vuestro corazon ha de latir de alegría al obtener yo mi primer triunfo, sin pesar trocaría esa corona de artista que tanto anhelo por mi humilde oscuridad de Asturias.

— No lo dudéis, amigo mio, vuestros triunfos los considero como míos ¿acaso no he visto yo hacer, por decirlo así, vuestra musa? ¿no la he alentado con mis aplausos? ¿no me he atrevido á corregir vuestros primeros ensayos? ¿no he contribuido con mis consejos á decidir vuestra vocacion? casi he llegado á creer algunas veces que vuestros

versos eran míos. Venid sin temor; nuestro teatro está degenerado, falta aquí un poeta de alma de fuego que escriba con el corazón y haga vibrar en las tablas el acento de la verdad y del sentimiento. Vos sereis ese poeta. Escribid.

— He escrito. Mi drama me ha acompañado á Madrid.

— Un drama? Y su título?

— Esperanza.

— Dios mio! y la jóven se tornó pálida y encendida alternativamente.

— Perdonad mi atrevimiento, creí que ese nombre daría á mi drama la felicidad, pero nada temais, si os desagrada, hoy mismo lo cambiaré; para mi corazón será siempre Esperanza; para el público tendrá un nombre indiferente.

— Nó, nó, lo acepto con todas sus consecuencias. Llámese Esperanza, si así se acomoda á vuestro plan.

— Vos misma, lo juzgareis si teneis la bondad de leerlo.

— Nó; vos me lo leereis, porque quiero oírlo de vuestros labios, como en otro tiempo los dramas de Calderon.

— Cuando gustéis; estoy á vuestras ór-

denes.

= Bien; si os parece, mañana á la misma hora.

Luis se inclinó.

En este momento se oyó el crugido de un vestido de seda, y entró sin anunciarse la jóven condesa de Sta. Rosa. Luis se levantó para saludar y despedirse. A su vista, la condesita sorprendida, interrogó con una mirada á su amiga mientras la besaba cariñosamente.

= Os presento, amiga mia, dijo ésta, á D. Luis de Valdesalles, poeta dramático á quien aprécio como á uno de mis mejores y mas queridos amigos. La condesa de Sta. Rosa, añadió dirigiéndose ceremoniosamente al jóven, y tomando de la mano á su amiga.

Ambos se inclinaron como exigia la mas severa etiqueta. En seguida Luis se despidió y salió.

= ¿Me dirás al ña, quien es este jóven? dijo Isabel dejándose caer sobre un mueble confidente, y fijando sus lindos ojos azules sobre el animado semblante de la duquesa.

= Ya lo has oido, un poeta desconocido, llamado D. Luis de Valdesalles.

¿Un poeta! Y la noble joven hizo un

mojin tan burlesco, que el pobre montañés se hubiera visto muy humillado si hubiera tenido la desgracia de adivinarlo.

Esperanza se tornó seria y guardó silencio.

— ¿Pero como has podido conceder tu amistad á ese hombre? prosiguió diciendo la implacable condesita.

Esperanza palideció, y haciendo un esfuerzo por sonreirse, contestó.

— Son cosas que tu no comprendes. Dejemos eso.

Y en efecto así lo hizo.

Casi al mismo tiempo pasaba el siguiente dialogo en el cuarto que habitaba Luis en la calle del Olivo.

Su amigo Felipe lo esperaba, y al verle entrar le preguntó.

— Me dirás al fin cómo te ha recibido la duquesa de Castelsoro?

— Perfectamente, amigo mio.

— Te felicito por tan buenas relaciones, pero guárdate, amigo mio, de entregarte á ilusorias esperanzas; esa política que te ha seducido, es la que se usa siempre en el gran mundo. Esa gente que se cree aun en este siglo superior á nosotros, nos sonríe y

nos tiende la mano fingiéndonos afecto, pero con la condicion de que nos mantengamos al pié de su trono; guay del que intente trepar sus escalones.

— La hija del duque de Castelsoro es una excepcion.

— Pobrecillo! cómo has podido creerlo? Vamos, espícame ese fenómeno.

Luis se encogió de hombros y sonriendo con tranquila confianza, dijo á su amigo.

— Son cosas que tu no comprendes. Dejemos eso.

Y ambos jóvenes, Luis y Esperanza habian concluido instantáneamente con las mismas palabras su enojoso diálogo.

Aquella noche, Luis habia llevado a su amigo al teatro del príncipe. Trabajaba La Torre y queria oírle; es decir, que el eminente trágico era el pretexto para ver si descubria á Esperanza.

El teatro estaba completamente lleno. Una escogida concurrencia compuesta de lo mas selecto de Madrid, ocupaba todas las localidades. Luis sentado en una butaca junto a su amigo, no cesaba de sondear las profundidades de los palcos, afectando una indiferencia que no se escapaba á la pene-

tracion del valenciano. En el momento de subirse el telon la *portiere* de un palco, que era el único que permanecia desocupado, se levantó, y la marquesa de Breñafiel con sus dos sobrinas apareció en el fondo. Un murmullo de admiracion dejòse oír por toda la sala, y los gemelos todos se dirigieron hacia las dos jóvenes que resplandecientes de gracia y hermosura acabában de tomar asiento.

El pobre Luis, pálido de emocion, levantò tambien sus ojos hacia aquella muger que tantos en aquel momento codiciaban, y su mirada se encontró con la de ella, reconociéndose ambos en medio de la concurrencia. Entonces ella, sin apartar de él sus ojos, llevó el ramillete á sus labios y se inclinó hacia la barandilla con un movimiento tan natural como lleno de gracia.

Desde este instante el teatro y los actores desaparecieron para el poeta; su corazon, su pensamiento y su alma se habian evaporado al contacto de aquella mágica mirada. De vez en cuando oía la voz de su amigo que le elogiaba alguna escena del drama, pero esta voz llegaba á su oído como el eco debilitado de un mundo inferior. Su imaginacion habia

tomado vuelo y se cernía ahora en regiones iluminadas por el brillante reflejo de su amor, casto y puro como sus ensueños.

Concluyó el primer acto entre los repetidos aplausos de los espectadores, y entonces fué cuando Luis recordó el lugar en donde estaba.

— Latorre es inimitable en estos papeles decíale su amigo ¿no te agrada?

— Me parece que sí.

— ¿Qué dices? te atreves á dudarlo? Eso es un delito de lesa poesía.

— Perdona, estaba distraído, ¿qué decías?

— ¡Ay Dios mío! ¿has perdido el juicio?

— Ya recuerdo, me hablabas de Latorre.

— Sí, te hablaba del actor, cuando, torpe de mí, olvidaba á los espectadores; hay, especialmente en los palcos, algunas cabezas tan lindas que bien disculpan tu distracción.

— En efecto, la concurrencia es escogida.

— Eh, no te hagas el tonto. Mira á la derecha, ¿no ves en aquel palco a la Duquesita de Castelsoro? Caspita y que lindísima es. Que ojos tiene, que ojos! ¿no vas a sa-

judaría?

—No me atrevo; he visto entrar en su palco á los dos jóvenes de esta mañana, y no quiero hacer un papel desairado.

—Tienes razón, apruebo tu prudencia... Oh, mira al marquesito de la Breñatiel como la obsequia...

Luis ya lo había observado y su corazón latía con una violencia inusitada; el rudo aguijón de los zelos principiaba á atormen-
tarle. Felipe continuó, sin sospechar todo el mal que hacía.

—Mira como se inclina hácia ellas y la habla al oído; creo que le ha pedido una flor, al menos le señala con la mano el ramillete; ella por su parte se sonríe... ya se vé; el marquesito es grande de España de primera clase, tiene muchos millones de renta, y no es nada tonto ni feo; ahora recuerdo, me parece que son parientes y que se susurra algo de matrimonio... pero, qué tienes? ¿estas pálido como un cadáver, ¿te sientes malo? habla, Luis ¿qué tienes?

En efecto, el pobre joven era presa de una de esas borrascas que arrancan de enjor-
das flores de nuestras ilusiones, que destruyen nuestras esperanzas mas queridas, y nos

arrojan, perdida la razon y la fé, en el peligroso mar de la desesperacion. Nunca habia creido que se pudiera sufrir tan cruel suplicio en tan cortos instantes. Sin embargo, nada habia pasado en el palco que pudiera interpretarse como favorable al marquesito. Esperanza le hablaba con sencillez, con bondad, casi con cariño, pero sin manifestarle una distincion especial. La misma confianza que debia reinar entre ellos por razon del parentesco, autorizaba en cierto modo la amistosa franqueza que parecia predominar en su diálogo.

Luis, poco acostumbrado á los usos cortesanos, y juzgando muy posible una union entre los dos nobles primos, vió oscurecerse de pronto su soñado porvenir y cubrirse de negras nubes el horizonte que con su drama en la mano habia entrevisto en sus largos y poéticos insomnios. Toda su fuerza le abandonó en aquel instante y cayendo desde lo alto de sus locas ilusiones, cerró involuntariamente los ojos para no ver la perdida estrella de su vida que relumbraba allá en el palco cada vez mas brillante.

Aun le quedó, sin embargo, el suficiente orgullo para disimular su honda pena, y con

voz que quiso parecer firme le contestó.

= Te engañas, amigo mio, estoy bueno.

El valenciano movió la cabeza con señal de duda; pero sea que adivinase la verdad y no quisiese aumentar la confusion y el disgusto de su amigo, ó que, y es lo mas probable, le distragera la vista de alguna jòven hermosa de las muchas que llenaban el teatro, lo cierto es que dirigió á otra parte sus miradas, dejando en completa libertad á Luis.

Éste; entretanto, no cesaba de mirar al palco con esa tenacidad hija de la desesperacion que se apodera de los caracteres enérgicos cuando encuentran á su paso una resistencia inesperada.

El marquesito decia en aquel momento á Esperanza.

= Querida prima, es V. esta noche la reina del salon.

= Gracias, marqués, le contestaba la niña sonriéndose ¿á cuantas ha dicho V. lo mismo?

= Juro á V...

= Vamos, no profane V. la santidad del juramento; estoy dispuesta á creer esta noche todo lo que V. me diga.

= Dios mio, que felicidad! entonces, si yo te dijera á V. que la amo, la adoro, la idolatro con todo el fuego que puede caber en un corazon de veinte años ¿ me creeria V.?

= ¿ Y porqué nó?

= ¿ Con qué no se enfada V. ? se dignaria V. admitir mis humildes homenages?

= ¿ Pero que es lo que V. desea, primo?

= Su amor de V.

= Y desde cuando se ha apoderado de su corazon esa pasion ardiente?

Desde el momento en que tuve la dicha de ver á V. Yo no podia comprender que se amase de esta manera; antes, prima mia, me burlaba de esas pasiones súbitas, que yo atribuia á la imaginacion calenturienta de los poetas y novelistas, y les asignaba su lugar en el teatro y en los libros, pero nunca en el corazon del hombre; ahora me he convencido de mi grosero error, ahora conozco que puede amarse, y amarse eternamente... pero ¿ no me oye V. Esperanza? ¿ á quién saluda V. con tanto cariño?

= A un antiguo conocido, contestó la jóven tornando á mirar á Luis y adivinando tal vez sus sufrimientos en la palidez de su rostro, puede V. continuar.

= Me dice V. eso con una indiferencia.

= Ah, es verdad, me estaba V. ponderando su amor.

= Y puede V. dudar de la sinceridad de mis palabras?

= De ningún modo, marqués, yo no dudo.

= Entonces, podría esperar que V. me correspondiese?

= Eso no se pregunta nunca, se adivina. ¿Cree V. que pueda yo amarle?

El noble caballero que creía haberselas con una ignorante provinciana, se sintió vivamente herido del tono casi burlesco con que se le hizo esta pregunta. Tomó entonces su partido como hombre prudente y esperto, y recogiendo su sombrero dijo:

= Leo en los ojos de V. mi sentencia de muerte, y no puedo resignarme. Me retiro.

= No se enoje V. de mis palabras le contestó Esperanza: porque supongo que esto no pasa de ser una broma.

El joven suspiró y se inclinó con respetuosa seriedad; después, dirigiendo su saludo á la condesita de Sta. Rosa que hablaba ruidosamente con el hermano de Esperanza, y apretando afectuosamente la mano de su ma-

dre salió del paleo furioso al ver el resultado de su declaración.

Luis, entretanto, recobraba poco á poco su tranquilidad. Para que se verificase este cambio habia sido suficiente una mirada sola de Esperanza.

Al concluirse la funcion, loco de amor y de entusiasmo, corria á su casa embriagado con el recuerdo de aquella muger querida. Semejante á una nube de verano su desconfianza habia desaparecido ante el brillante sol de sus amores.

Era feliz: tenia fé.

CAPÍTULO IX.

Antiguos recuerdos.

Al dia siguiente de los acontecimientos que llevamos referidos, el noble duque de Castelsoro subiendo á un blasonado y eie-

gante carruaje, decia á su cochero con vibrante voz.

= Al palacio del príncipe de Reggio.

Y los caballos salieron á un trote largo dirigiéndose á una de las principales calles de Madrid, y deteniéndose ante una hermosa casa recientemente construida.

El duque se apeó. Iba vestido de rigurosa etiqueta. Atravesó con breve paso el vestíbulo, subió las escaleras precedido de algunos criados, y llegó hasta un rico salon adornado con esquisita elegancia, donde se detuvo esperando que avisasen al príncipe.

Pocos instantes despues, un hombre como de 50 á 55 años, de elevada estatura, de franca y leal fisonomía, de ojos azules, dulces y espresivos, de bigote entre cano, de andar magestuoso, y sencillamente vestido de negro, se presentó en el salon.

Al ver al duque se inclinó con ceremoniosa etiqueta, y sin decir palabra, le señaló uno de los sillones del estrado.

El duque por su parte contestó con cierta arrogancia al saludo, y sin tomar el asiento que se le ofrecia, dió dos ó tres pasos hácia el recién llegado.

= Supongo, caballero, díjole, que habreis

recibido mi carta.

— La he recibido y lo siento, contestó el interpelado con acento marcadamente italiano, y sin manifestar ninguna sorpresa por el tono áspero y desabrido del duque.

— Nuevas excusas /...

— Duque, interrumpióle el caballero con magestuosa arrogancia, si venís á insultarme en mi casa, debeis saber que es inútil. Nunca he necesitado para batirme de una provocacion.

— Y sin embargo, seis años hace que está pendiente nuestro duelo.

— El duelo que entre nosotros pende, es un duelo inicuo, sin otra causa que lo motive que vuestra increíble ceguedad; sin embargo, si ahora seis años no lo admití, vos mejor que nadie sabeis que fué un nuevo sacrificio hecho en aras de vuestro honor.

— Y os atreveis á hablar de mi honor despues de haberlo vilmente mancillado?

— Callad, duque, blasfemais!

— Ah, quereis aun ser su defensor?

— Lo seré mientras viva. La santa y casta muger que os tocó en suerte, jamás manchó su pensamiento con una idea impura, y no permitiré que en mi presencia se insulte

su memoria. Si ella fué vuestra esposa, vos no habeis sido digno de su amor.

= De su amor! Y el duque se sonrió con sangrienta ironía.

= Sí, de su amor; ~~os~~ ~~vuestro~~ ~~odio~~ ~~no~~ ~~fuera~~ ~~tan~~ ~~sistemático~~, ~~si~~ ~~hubierais~~ ~~escuchado~~ ~~por~~ ~~un~~ ~~momento~~ ~~la~~ ~~voz~~ ~~de~~ ~~la~~ ~~razon~~, ~~os~~ ~~con-~~ ~~venceria~~ ~~de~~ ~~vuestra~~ ~~deplorable~~ ~~ceguera~~.
Nunca el príncipe de Reggio ha cometido una villanía. Atentar á vuestro honor, cuando os daba la mano de amigo, hubiera sido vergonzoso para él. Creedme, duque, os lo juro por la memoria de mi santa madre que acaba de morir hace pocos dias en mis brazos, vuestra esposa fué siempre digna del respeto de todos los hombres, y de la confianza que al darle vuestro nombre depositásteis en ella. Cuando esa odiosa sospecha vino á cruzar por vuestro espíritu, ninguna prueba grande ni pequeña, ningun indicio vehemente ó leve, pudo jamás apoyar vuestra dudosa conviccion. Odiais á vuestra esposa, porque ya no la amábais, porque consagrábais vuestro cariño á otras mujeres, y queriais tener un pretexto para atormentarla. Vos fuisteis durante los tres últimos años de su vida su verdugo, y ni aun la hija que enton-

ces os dió, y á quien ella con religiosa fé habia puesto el nombre de Esperanza...

= Hablais de vuestra hija?

= Duque, ¿estais loco? Os atreveis á pensar de ese modo de una niña que lleva vuestro noble apellido?

= Lo lleva, sí, porque no he querido dar un escándalo que me ponga en ridículo á los ojos de esa sociedad implacable y egoista que nos rodea; pero Esperanza no es mi hija, es la hija del adulterio y del perjurio.

El príncipe al oír estas palabras, juntó las manos en actitud suplicante.

— Duque, me desgarrais el corazón. Yo no conozco esa niña á quien lanzais tan terrible anatema, pero me atreveria á jurar que es tan pura y casta como su madre.

= No lo sé, ni quiero saberlo. A mi lado vive; el mundo la tiene por mi hija, pero su presencia es el recuerdo vivo de mi deshonor.

= Y si estuviérais equivocado? Y si fuera efectivamente vuestra hija? ¿Nunca os ha ocurrido ese pensamiento?

El duque se cubrió el rostro con las manos, y con un movimiento de sensibilidad que su orgullo no pudo dominar, exclamó.

= Ese es mi mayor tormento, porque apesar mio amo á esa niña. ¡ Oh, no es esto vergonzoso !

El príncipe, aprovechándose de este momento de ternura, se acercó á su enemigo y con cariñoso acento, le dijo:

= Ese amor que sentis en el fondo de vuestro corazon, es la voz de la naturaleza que Dios ha querido despertar en vos para consolar esa inocente niña y rehabilitar la memoria de su desgraciada madre. Escuchad la voz de un hombre que apesar de vuestro odio nunca ha dejado de amaros, no atormenteis así vuestra existencia con dudas injuriosas, ceded á mis ruegos y devolvedme vuestra confianza y amistad.... amad á esa niña cual merece sin duda ser amada, y olvidad lo pasado como un penoso sueño.

El duque se irguió entonces con altanería y replicó sonriéndose malignamente.

= Ya lo entiendo, no quereis batiros.

= Sí, os lo confieso, quistera no batirme, mas no por mí, sino por vos ¿ qué va á decir el mundo cuando sepa que á nuestra edad tenemos un duelo á muerte ? ¿ No habeis reflexionado, que las sospechas que en otro tiempo desperté vuestra imprudencia

volverán á renacer? ¿No habeis pensado que el claro lustre de vuestro nombre va á empañarse de nuevo y á evocar recuerdos que están ya felizmente olvidados?

— Sí, teneis razon, y mi venganza?

— Sacrificadla á vuestro honor. Ya veis que no me detengo á probaros, que esa venganza es injusta.

— Probadlo si podeis.

— Ayudadme, duque, citadme hechos que yo los desvaneceré. ¡Oh! quien pudiera presentaros una prueba indubitable de mi inocencia!

Antes de contestar el duque se detuvo y pareció reflexionar algunos instantes, diríase al ver su maligna sonrisa, que una estraña idea habia cruzado por su mente. El príncipe le miraba con ansiedad y esperaba su respuesta.

De pronto el duque levantó sus ojos en los que brillaba la satisfaccion de un hombre contento de sí mismo, y mirando al príncipe fijamente le dijo:

— Oidme con atencion; me ha ocurrido un medio que puede conciliarlo todo, y hasta devolverme la paz y la tranquilidad, desvaneciéndose para siempre mis dudas, ¿lo admi-

tireis ?

= Si es digno y honroso, desde este momento os empeño mi palabra de honor.

= Escuchadme. Dudo de la legitimidad de Esperanza, y creo que vos sois su padre; ahora bien, admitidla por esposa y mis sospechas desaparecen, y la sociedad al saberlo enmudecerá también y devolverá su perdido honor á la que llevó en otro tiempo mi nombre. ¿ Aceptais ?

A tan estraña proposicion el príncipe retrocedió involuntariamente dos pasos, y su semblante se cubrió de súbita palidez.

= ¿ Dudais ? continuó el duque con burlesca sonrisa, ¿ retrocedéis ante el incesto ?

= Caballero, dijo el príncipe con un acento tan noble que impuso silencio al duque, abusais de vuestras ventajas y de mi sufrimiento, pero no me quejo porque quiero y deseo rehabilitar la memoria de vuestra esposa y lo conseguiré; la proposicion que me haceis es ingeniosa, y apesar de que juré en otro tiempo no casarme jamás, estoy pronto á olvidar mi juramento y complaceros, pero con una condicion.

= Hablad.

= Que desde este momento recordeis con

respeto á vuestra esposa, que ameis á vuestra hija, que me devolváis vuestro aprecio, y que todo se olvide entre nosotros. ¿Os acomoda?

— Acepto.

— Un escrúpulo me queda; la suerte de esa niña á quien nunca he visto, vá á encadenarse para siempre á un hombre estrangero y viejo; ¿qué va á ser de su juventud inmolada en aras de vuestras sospechas? ¿Qué puedo ofrecerla yo en cambio de ese inmenso sacrificio?

— Eso es cuenta vuestra. Creo, sin embargo, que la hareis feliz.

— Y ella consentirá sin apelar á la violencia?

— Nada temais. Obedecerá.

— Entonces solo os pido como último favor el breve plazo de un mes antes de revelar vuestro proyecto. Vuelvo mañana á Nápoles á solicitar el permiso de mi soberano, y estaré inmediatamente de vuelta para cumplir mi compromiso.

— Palabra de caballero?

— Palabra de honor.

Y ambos nobles se dieron la mano estrechándosela con fuerza. En seguida, el duque

saludó y salió.

La suerte de Esperanza estaba decidida.

CAPÍTULO X.

Un nuevo amigo.

La noche misma del día en que tuvo lugar esta conversacion, se hallaban reunidas en los salones de la marquesa de Breñasiel, algunas familias de la alta aristocracia madrileña. Entre ellas se encontraba un viejo diplomático y un anciano general, ambos ennoblecidos y encumbrados por las revoluciones de nuestra patria. Esta era la única transaccion que la noble señora habia hecho con las modernas ideas, pero exigiendo en cambio que aquellos renegasen de los principios que les habian servido de escalones en su rápida y brillante carrera. Las reputaciones artísticas y literarias estaban escluidas de estas

reuniones íntimas.

Hablábase allí del Austria, de Nápoles y de Rusia con encomio, de Francia, de Bélgica de Inglaterra y de otras naciones de régimen constitucional con desprecio. Principiaban ya á sentirse los primeros movimientos precursores de la revolucion de febrero. Eran áquellos los dias en que el Papa inspiraba á los pueblos de Italia un entusiasmo universal. Sus actos tan sabios como equitativos y prudentes, servian de blanco á las incisivas observaciones de la marquesa, que no podia perdonarle sus tendencias liberales.

Mientras en este círculo se hablaba de política, y de política trascendental, en otro lado del salon, los jovenes pasaban revista á la crónica de la corte; modas, paseos, tertulias, sociedades, teatros, libros y periódicos, todo era allí discutido y analizado con esa crítica fina y mordaz que constituye una parte de la buena educacion en el gran mundo.

Veíanse en este grupo, entre otras jóvenes, á Esperanza con su amiga Isabel, ésta locuaz, graciosa y amable, aquella silenciosa y pensativa. De vez en cuando los armoniosos preludios de un magnífico piano que

adornaba el salon, y que pulsaba con singular maestria un jóven de largos cabellos y mirada profunda, venian á mezclarse por intervalos á las risas, cuchicheos y diálogos parciales de los concurrentes.

Entre los jóvenes, distinguíase al marquesito de Breñafiel, que, aunque no acostumbraba asistir á las tertulias de su madre, no faltaba jamas á ellas desde la llegada de Esperanza á Madrid.

El resultado de su declaracion en el teatro no consiguió arredrarle, sino escitar por el contrario su amor propio y convertir su inclinacion pasagera en una seria pasion. Irritábale el pensamiento de que aquella jóven, educada en el rincon de una provincia, pudiera mirarle con indiferencia y recibir sus obsequios con tanta frialdad. Examinábase á sí mismo y se encontraba digno de ella, porque si bien no era tonto, la lisonja y la adulacion habian falseado su carácter; luego, tendia alrededor de ella los ojos, y no veia persona alguna que pudiera disputarle su amor. Llegó, pues, á persuadirse que solo los pocos años de Esperanza y la inocente sencillez en que se habia educado, eran el verdadero obstáculo, opuesto á sus designios. Convencido

de esto, se propuso continuar su galanteo y no ceder en su empeño hasta obtener una completa victoria.

Aquella noche quiso aparentar indiferencia, y con estudiado abandono, dirigió sus obsequios á otras lindas jóvenes de la tertulia, observando de vez en cuando el efecto que esta maniobra producía en la duquesa; pero, con grande admiración suya, Esperanza no le concedió su atención ni por un instante; es verdad que podía serlo con satisfacción que tampoco se la concedió á otro; hallábase la jóven, como hemos dicho, triste y meditabunda.

Desesperado ya de la inutilidad de sus esfuerzos, iba el marqués á tranquilizar con su orgullo y acercarse á ella, cuando, volviendo Esperanza de su estúpida meditación, levantó la cabeza y al miró sus ojos con la mirada. El marqués creyó verse loco de contento, pero su alegría llegó al extremo, cuando la jóven con un movimiento amistoso de cabeza, le llamó junto á sí. Inútil es decir que, rápido como el pensamiento, voló á su lado.

— Me llamaba V., Esperanza?

— Deseaba pedir á V. un favor.

= Seria yo tan feliz que pudiera servir á V. en algo? Hable V. prima, y si no es un imposible lo que V. desea, cuéntelo por hecho.

= El favor que solicito es muy sencillo, y me he dirigido á V. porque he sabido que se halla en situacion de poder hacerlo pronto y con eficacia.

= Escucho á V., querida prima.

= Es cierto que conoce V. á los actores del teatro del Príncipe, y que ejerce sobre la actual empresa alguna influencia?

El jóven que no esperaba esta pregunta ni podia adivinar su verdadero objeto, miró con asombro á la duquesa, y despues de algunos segundos de silencio, contestó.

= En efecto, no la han engañado á V., pero no adivino....

= No se cause V.; en dos palabras le descifraré, el enigma. Me han recomendado el drama de un pobre poeta, desconocido, en cuya suerte me intereso. De la representacion de este drama y de su buen desempeño depende su porvenir. ¿Podria V. obtener que se pusiera en escena antes de concluir la temporada actual?

= No solamente me prometo conseguirlo,

sino que puede V. decir á su protegido que este mismo mes haré que se represente.

— Me lo promete V.?

— A fé de caballero.

— Mil gracias, primo.

En este momento la chillona voz de la marquesa de Breñasiel, que con calor inusitado sostenia una reñida polémica con el general G... llamó la atención de todos los tertulianos é interrumpió por un momento los diálogos parciales y hasta los preludios del aristocrático pianista.

Oigamos á la marquesa y nos enteraremos de la cuestion.

— Sí, señor, decia ésta, sin que yo pretenda negar las bellas cualidades del príncipe de Reggio, puedo sostener y sostengo que ha dado muy perversos consejos á su soberano.

— Pero, marquesa, contestaba el general, el príncipe está reconocido en toda Europa como uno de los hombres mas honrados, mas puros, mas enérgicos y de mas talento que cuenta la diplomacia. Sus principios monárquicos se hallan al abrigo de toda acusacion aventurada, ¿como puede V. sostener que un hombre de esta clase y con estas cualidades

aconseje mal á su soberano?

== Sí, señor, yo sé de positivo que se ha declarado por el sistema de las concesiones.

== Sistema que tiene sus ventajas en ciertos casos.

== Calle V. general, la debilidad nunca producirá ventajas á ningún gobierno. Ese sistema ahenta las revoluciones, da fuerzas á los malvados, y provoca los acontecimientos adversos: créame V., para los pueblos solo se necesita un yugo y un látigo, con esos principios se gobierna siempre con acierto.

== Siento no ser en un todo de su opinion de V. contestó el diplomático apoyando con cierta timidez á su compañera, no estamos en los tiempos de Felipe II, la prensa ha difundido la ilustracion.

== No me nombre V. la prensa, la odio, la detesto como el don mas funesto de la inteligencia.

Al oír esta blasfemia, el jóven pianista, noble francés recién llegado á España, no pudo reprimir su enojo, y en correcto castellano le replicó á la marquesa.

== La opinion de V. que es la opinion de muchos en España, ha colocado á esta heroica

nacion en el puesto humilde que hoy ocupa. Para que un pueblo sea grande y feliz, preciso es, señora, que se postre ante la prensa y le rinda el culto mas fervoroso. La prensa es la luz; el pueblo que cierre sus ojos ante su brillante resplandor, caminará á ciegas, tropezando á cada paso para no levantarse nunca.

—Y yo añado, dijo el general, gozoso de verse tan bien apoyado, que el príncipe, objeto principal de nuestra discusion es un hombre que conoce a fondo el estado de las ideas y de los progresos del siglo, y que su influencia en Nápoles ha sido y será siempre tan benéfica como saludable.

—Los hombres que deificais, general, son los que pierden á los reyes; la revolucion seduce tambien á nuestros mas esclarecidos campeones para poner en su boca palabras tentadoras que solo cuando ya no hay remedio, revelan su ponzoña. El príncipe es un furioso radical, amigo de todos los filósofos y de todos los grandes agitadores del siglo. En su elevada posicion y con sus bellas cualidades, es lástima que se haya dejado seducir por el demonio de la popularidad y del orgullo.

— Oh, no lo creais, señora, dijo entonces el viejo diplomático, el príncipe de Reggio es incapaz de una mala acción, así como lo es su pensamiento de abrigar una idea impura; apelo á todos los que aquí le conocen.

— En efecto, replicó el joven francés levantándose con entusiasmo, yo he viajado por Nápoles, y su nombre es allí bendecido, yo he recorrido la Sicilia, y hasta los bandidos elogian sus virtudes.

— Pues! interrumpió la marquesa con sardónica sonrisa, efectos de la popularidad...

— También he atravesado la Argelia, continuó el francés sin turbarse por la interrupción de la marquesa, y hasta en aquellas soledades y entre aquellas tribus semisalvajes ha dejado gratos recuerdos de su generosidad.

— No faltará algún rasgo heroico, caballeresco, de esos del tiempo de Amadis y Galaor...

— En efecto, señora, hay uno entre los varios que me contaron, que me hizo una honda impresión.

— Contadlo, caballero, dijeron entonces algunas señoritas que insensiblemente se ha-

bian interesado en la conversacion.

Esperanza escuchaba con avidez, el nombre del príncipe no era extraño á sus oídos. En su niñez habíalo oído con frecuencia en la casa de su tia, y hasta recordaba que su madre lo pronunciaba siempre con religiosa ternura.

El jóven accediendo á tan vivas instancias habló de esta manera.

— En 1840 el príncipe de Reggio visitaba la Argelia. Notábase en su semblante la huella de un pesar profundo. Solo y sin criados se habia internado en las montañas, recorriendo á pié y con su fusil de cazador, los desiertos aduares de las tribus sujetas á la Francia. Una noche despues de atravesar muchas leguas por un desierto abrasador, llegó al campamento de una tribu, cuya hospitalidad imploró. Inmediatamente dividieron con él su cama y sus groseros alimentos, ofreciéndole lo mejor que se encontraba en el aduar. El príncipe, despues de haber satisfecho su hambre y su sed, se tendió sobre unas pieles, colocó el fusil á su lado y se durmió profundamente. Principiaba apenas á amanecer, cuando una gritería espantosa le despertó. Eran sollozos, lamentos desgarr-

dores, gritos de desesperacion, que se oian á poca distancia, mezclados con unos rugidos terribles que en vano el príncipe trató de reconocer. Púsose en pié al momento, preparó su fusil de dos cañones y salió fuera de la tienda. Entonces se le ofreció á la vista un espectáculo imponente y aterrador. Toda la tribu, hombres y mugeres, niños y ancianos huian despavoridos hácia una especie de plazoleta circular rodeada de precipicios, que se alzaba á poca distancia, mientras á unos cien metros, una muger con un niño en brazos, corría desalentada y con los cabellos en desórden, huyendo ante un magnífico leon de rugiente boca y erizada melena, que á saltos avanzaba por la llanura. Los árabes habian comprendido que toda resistencia era inútil, y abandonando cobardemente á aquella infeliz, esperaban ponerse á salvo, mientras la fiera devoraba el régio manjar que tan gratuitamente se le ofrecia. Aun podia el príncipe salvarse como los demas, trepando á la plazoleta, desde la cual era fácil defenderse del leon, si lo que no era probable, intentaba éste el ataque, despues de saciar su hambre, pero ni por un instante se le ocurrió semejante pensamiento. Con frente

serena, y tranquila mirada midió la distancia que le separaba de la muger y el niño, y despues de examinar su fusil, bajó intrepidamente la montaña. El momento era supremo. La infeliz muger, abrazada siempre con su hijo, acababa de caer de rodillas, y ocultándole en su seno por un instinto de amor filial, superior á toda reflexion, esperó resignada la muerte. El leon, seguro ya de su presa, se detuvo, y fijó su sangrienta pupila en el nuevo adversario que tan de improviso se le presentaba. El príncipe aprovechó este momento y con una intrepidez y serenidad inconcebibles, levantó su fusil y apuntó. Un segundo despues salió el tiro, y la bala introduciéndose por el ojo izquierdo de la fiera la hizo caer en tierra, hiriéndola mortalmente. El leon dió un rugido espantoso, sus miembros se dilataron, y revolcándose en un lago de sangre, pareció aun mas terrible en su agonía. Un segundo tiro tan feliz como el primero completó la victoria del príncipe. El leon habia muerto herido en el corazon y en la cabeza.

= Admirable, exclamó palmoreando el visconde de Florbella.

= Estupendo, maravilloso, repitió en co-

ro la concurrencia, es una accion digna de los tiempos heróicos.

— Esos rasgos, añadió la marquesa no atreviéndose á ridiculizar el hecho, solo se encuentran en la nobleza. El príncipe cuenta entre sus antepasados, héroes de gran fama.

— Pero es que su virtud, añadió el francés que tenia ahora empeño en elevar á su protegido, es tan grande como su valor. Cuéntase en Italia que allá en su juventud, se hallaba enamorado perdidamente de una hermosísima dama, dama que sin saberlo pretendia tambien su único hermano, jóven delicado y enfermo á quien amaba con idolatría. La dama desde luego se decidió por él, pero conociendo entonces que de este modo iba á causar la desgracia de su hermano, refrenó sus deseos, acogió su cariño, y fingiendo una indiferencia que le desgarraba el corazon, consiguió que su hermano se casara con aquella dama, y que ambos ignorasen siempre tan heróico sacrificio.

En el momento en que el jóven acababa de pronunciar estas palabras, un criado se presentó en el salon y anunció en voz alta:

— S. E. el príncipe de Reggio.

Los concurrentes como impulsados por un

resorte misterioso, se estremecieron en sus asientos, y aunque muchos de los que asistían á la tertulia de la marquesa, le conocían personalmente, aquella aparicion en un momento tan oportuno, y despues de una ausencia de seis años, les pareció altamente dramática. Esperanza que habia escuchado las anteriores relaciones con creciente emocion, y que habia divinizado ya en su pensamiento al héroe de tantas aventuras, fijó tambien con ansiedad sus ojos en la puerta del salon. en la cual no tardó en aparecer el príncipe.

Ya hemos hecho su descripcion; ahora solo añadiremos que en su negro frac brillaban las placas de las primeras órdenes de Europa. Entró con noble desembarazo, atravesó la sala sin detenerse, y dirigiéndose directamente á la marquesa, le besó la mano con fina galantería. En seguida, y despues de contestar á los cumplidos de las personas que se le acercaban á saludarle como antiguos conocidos, tomó asiento junto á la marquesa.

— No esperábamos esta noche tan buena visita, dijo ésta con afectuosa amabilidad; el cansancio de un largo viage, ... porque creo

que venís de Rusia....

== De Rusia vengo, señora, pero el cansancio no molesta á los que como yo viajan hace muchos años.

== Pero la edad. . .

== Cierto es, repitió el príncipe con fina sonrisa, que mis cincuenta y cinco años son un bagage demasiado pesado para viajar, pero en cambio las comodidades se multiplican de una manera tan asombrosa en Europa, que el asiento de un tren especial, no se diferencia de las mejores butacas de nuestros palacios. Créame V. marquesa, progresamos en todo.

== Sí, sí, la época es envidiable, ¿y se progresa tambien en Rusia?

== En Rusia como en Francia, en Nápoles como en España; es una ley de nuestro destino que no podemos eludir.

== Ya.... ya.... y habéis visto al emperador?

— He tenido varias veces el honor de hablarle.

== Estábais representando á vuestro soberano....

== Ah, no, marquesa, he caído en desgracia. La corte de Nápoles me odia cor-

dialmente. El rey Fernando me acusa de demagogo ¿ que os parece ?

= Que S. M. debe tener razon. Siempre habeis sido aficionado á ciertas cosas que nosotros los nobles debemos rechazar con energía.

= No discuto, marquesa, porque estoy convencido que en cuestiones políticas nunca estaremos de acuerdo.

= Lo siento por vos, príncipe.

= Y yo por la clase á quien tenemos el honor de pertenecer.

= Creéis entonces que mis opiniones son perjudiciales, violentas, erróneas...

= Dios me libre de calificarlas tan rudamente, tal vez sea yo el que siga la errada senda, por eso he tenido el honor de deciros que no discuto.

Segun el giro que habia tomado la conversacion, la marquesa estaba, como suele decirse, en su elemento; las cuestiones políticas eran el alimento diario de su tertulia y en ellas desplegaba una habilidad tan portentosa, una elocuencia tan seductora, que hubiera hecho honor á cualquiera de nuestros mas eminentes oradores.

Sin embargo, solia á veces fastidiarse por

no encontrar quien rebatiera sus argumentos dando mas precio á sus fáciles victorias; sus concurrentes en general callaban, por deferencia unos, otros por cortesía, y algunos por discrecion, sin contar aquellos que simpatizaban con sus propias ideas. Así pues, cuando tropezaba con un adversario que ella juzgaba digno de sostener una opinion contraria á la suya, no renunciaba tan fácilmente al gusto de medir con él sus armas. La cortés negativa del principe no impidió por consiguiente que intentara varias veces hacer recaer hábilmente la conversacion sobre su tema favorito, pero todos sus esfuerzos fueron inútiles, el principe se contentaba con sonreirse, y sin apoyar sus palabras, la dejaba divagar libremente por el escabroso terreno de la política.

Inútil es decir que los jóvenes, indiferentes á estas discusiones, habian vuelto á ocuparse de esa crítica fina y espiritual que parece propiedad esclusiva de la escogida sociedad madrileña.

De pronto el príncipe aprovechando un momento en que la marquesa daba tregua á su furor político, le dijo á media voz:

— Tendreis la bondad de decirme, mar-

quesa, si se halla esta noche en el salon de vuestra sobrina la duquesa de Castelsoro?

— Aquí la tenemos, príncipe, contestó ella fijando de un modo extraño sus ojos en los de su interlocutor, ¿deseariais conocerla?

— Quisiera tener el honor de serle presentado, porque mañana dejo á Madrid para volver á Nápoles.

— Tan pronto! Eso es una traicion... ¡estar dos dias en la capital!

— Mi ausencia será corta.

— Solo siendo así podrán consolarse vuestros numerosos amigos.

— Gracias, marquesa.

El príncipe se puso en pié:

— No os movais, dijo ella entonces, adivinando su pensamiento, voy yo misma á conducirla á vuestro lado... Es una humilde provinciana, añadió viendo que el príncipe se disponia á replicar, que no gusta cumplimientos porque no los entiende... Ah, os advierto que tiene sus puntas de radical. Habla mucho de igualdad, de fraternidad y de clases proletarias; le agradan mucho los periódistas y los poetas, y es en extremo indulgente con eso que vds. llaman *pueblo*.

Al oír estas palabras, el rostro del príncipe espresó sin poderlo disimular una suprema alegría; hubiérase dicho que la enumeración de las *faltas* de su prometida hecha con tanto énfasis por la aristocrática señora, venia á satisfacer cumplidamente todas sus esperanzas.

La marquesa con arreglo á lo pactado, se levantó y llegó hasta el asiento que ocupaba su sobrina asediada de nuevo por su hijo, cuyo amor parecia aumentarse en proporcion de la indiferencia de la jóven, y, sin manifestarle el objeto de su llegada, la invitó á seguirla.

Como en la tertulia reinaba una franca libertad, y todos se levantaban con frecuencia, hablaban sin sujecion, y cambiaban de sitio segun su capricho, nadie notó el movimiento de la marquesa, ni la presentacion que iba á tener lugar.

Esta fué, sin embargo, muy sencilla. La marquesa con la fina educacion que la distinguia, dijo á su sobrina cuando estuvieron junto al príncipe que se habia puesto en pié.

== Mi querida Esperanza, el príncipe de Reggio desea saludarte, y no quiero que pierdas la ocasion de conocer á uno de los

corazones mas nobles que existen en el mundo. Príncipe, añadió dirigiéndose a éste, tengo el gusto de presentaros á mi sobrina, Esperanza de Castelsoro.

La jóven que no aguardaba ni la accion, ni las palabras de su tia, se turbó, bajo los ojos con encantadora timidez, y no acertó á balbucear una sola palabra. Entretanto el noble caballero vivamente agitado, la contemplaba en silencio, su semblante poco á poco habia ido palideciendo, y tan grande era su conmocion, que cualquier atento observador hubiera visto en sus párpados brillar una furtiva lágrima.

Al fin, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, procuró ocultar su turbacion, y comprendiendo lo extraño que podia parecer tan prolongado silencio, se adelantó un paso hácia la jóven y tendiéndola con cariño su mano, la dijo:

— Dispense V., señorita, si me he tomado la libertad de manifestar un deseo que no tengo derecho á solicitar de V. En disculpa de mi atrevimiento, solo puedo decirle para que no califique de temeraria ni curiosidad que conocí durante muchos años á su señora madre de V. con cuya amistad me honraba.

Esta noche al oír pronunciar su nombre, recordé triste, pero dulcemente aquella antigua y querida amiga, y no pude resistir al deseo de conocer á la hija que ella tanto adoraba y cuya memoria no se apartó un instante de su pensamiento hasta la misma hora de su muerte.

Recordarle á Esperanza su madre, era el medio mas eficaz de ganar su confianza. Así fué que, despues de haberse sentado junto á su tia y el príncipe, continuó en el mismo sentido la conversacion, haciendo repetidas preguntas sobre su madre, y oyendo con singular complacencia las respuestas que aquel le daba, impregnadas por decirlo así, en un cariño, en un afecto, casi paternal.

La noble figura del príncipe, su acento ligeramente conmovido, la fácil elocuencia de sus palabras, y la bondad que se retrataba en su semblante, todo contribuia á prestar un encanto indefinible á su conversacion. Esperanza se dejó arrastrar por esta influencia, dulce y tranquila como el recuerdo de su madre, y atraida por la magia irresistible de aquella voz, le escuchaba con atencion religiosa, olvidándose enteramente de que era la primera vez que le veia.

Cuando el príncipe se despidió, su amistad estaba ya cimentada.

— Adios, le dijo acentuando con lentitud sus palabras como si hubiera querido que se gravasen profundamente en el corazón de la jóven, adios, hija mia, porque la edad me permite daros este nombre, conservad siempre de mí un buen recuerdo, y nunca dudeis, suceda lo que quiera, que el príncipe de Reggio se interesa tanto por vuestra felicidad como pudiera hacerlo hoy vuestra santa madre.

Luego que el príncipe salió, dijo la marquesa á Esperanza.

— Puedes estar orgullosa de haber fijado la atención de ese caballero. Apesar de sus raras ideas, es un gran corazón. En todas las cortes de Europa se repite su nombre con respeto.

Muy lejos estaba la jóven de pensar cuan ligado estaba ya su porvenir al de aquel hombre poco antes para ella desconocido.

CAPÍTULO XI.

Donde se prueba que los enamorados y los locos tienen muchos puntos de semejanza.

Mientras en la noble tertulia de la marquesa de Breñañiel, Esperanza era objeto de tantos obsequios y de tan cariñosas atenciones, Luis se paseaba solo por la solitaria calle donde estaba situada la casa, deteniéndose á mirar de vez en cuando el brillante reflejo de las luces, amortiguado por el tupido cortinaje que cubria los balcones.

Aquella mañana habia leído su drama á Esperanza, y ésta, poseida de entusiasmo, le habia mecido en dulces ilusiones que aumentaron, si era posible, su loco amor. Entonces fué cuando pensó dirigirse ella á su primo para obtener mas pronto la representacion de la obra, pero sin decirle ésto á Luis, porque adivinaba que el nombre del marqués no le sería muy grato al jóven. Informóse

tambien éste de que aquella noche asistiría á la tertulia de su tia, y por uno de esos caprichos, cuya esplicacion seria ininteligible para el que no haya sentido el poder de una passion insensata, dirigió sus pasos á la calle donde vivia la marquesa, y se consideró feliz con fijar sus ojos en aquellas luces que iluminaban el semblante de su amada.

Solo, en medio del silencio de la noche y cuando apenas el ruido de algun coche, el grito de los serenos ó el paso ligero de un rezagado transeunte, venia á interrumpir su amorosa contemplacion, soñaba despierto los mas disparatados y estravagantes planes que puede forjar en una hora de delirio una imaginacion de poeta. Veíase rico, muy rico, inmensamente rico, dueño de lujosos trenes, de hermosos caballos, de suntuosos palacios; veíase amado de aquella muger por quien hubiera dado toda su carne fibra á fibra, toda su sangre gota á gota; y en medio de esta febril locura, la resplandeciente sonrisa de Esperanza iluminaba su existencia como el faro que se levanta en noche oscura para indicar el deseado puerto. De vez en cuando el fango de la calle, el grito del sereno, ó un inesperado tropezon, le hacia caer de repente de su

hogido paraíso, arrojándole bruscamente en la triste realidad. El pobre joven miraba entonces á su alrededor, y en vez de sus soñados palacios, se encontraba solo, aislado, paseándose en una oscura calle, mientras el rojizo resplandor que brotaba de los balcones, objeto de sus miradas, dibujaba caprichosas y fantásticas sombras en la solitaria acera.

Así transcurrieron las horas, y la noche avanzaba, cuando el ruido de un coche se dejó oír; deteniéndose poco despues el carruaje junto á la casa de la marquesa de Breñafiel.

Luis entonces se acercó cautelosamente y distinguió á la luz de los faroles el escudo de armas de los Castelsoro, pintado en la portezuela.

— Quiero verla, díjose á sí mismo, seré feliz esta noche si consigo fijar mis ojos en su capota de terciopelo.

Felizmente no tuvo que aguardar mucho tiempo: el vestibulo se iluminó y apareció por el fondo la elegante figura del joven vizconde llevando del brazo á su hermana.

El enamorado poeta reconcentró todas sus facultades en el órgano de la vista, y con su pensamiento adivinó el rostro oculto de la

jóven, y hasta creyó oír la dulce inflexion de su voz.

Ilusion! la jóven se presentó silenciosa, y de este modo subió al carruage que desapareció velozmente á los pocos instantes por la ancha calle de Alcalá. ¿Pero que le importaba á Luis? ¿No habia creído oirla? ¿no habia creído verla? ¿Y que es el amor, sino el conjunto de todas esas indefinibles niñadas?

Pocos serán los que no acaricien allá en el fondo de su pensamiento el recuerdo de una de esas horas de deliciosa emocion, de vaga incertidumbre de amorosa fiebre, en que á la luz de la luna ó al escaso reflejo de los faroles, seguimos á lo lejos llenos de timidez y ansiedad el breve y ligero paso de una persona amada. ¿No es verdad que se recuerda entonces con placer el color de su vestido, el negro tul de su mantilla, ó los flotantes pliegues de su pañuelo? ¿No es verdad que pendientes de sus menores movimientos, nos acordamos de haber apresurado el paso ó de haberlo retardado, indecisos siempre y tímidos como lo somos en esa edad cuando sentimos un verdadero y profundo amor?

Esos dulces recuerdos son el mas precioso bagage que llevamos con nosotros para endulzar los achaques de la vejez, ¡ felices los que han amado de ese modo, siquier haya sido solo por algunos instantes !

A dia siguiente Luis volvió á la casa de Esperanza; deseaba saber el resultado de la peticion de la jóven respecto á su drama, aunque realmente el interés que le llevaba era solo el de verla y hablarla. Esperábale ya ella en su salon de estudio, y dijole desde que le vió.

= Albricias, amigo mio, mi embajada ha producido buen efecto. La persona á quien me dirigí me ha dado su palabra de que en este mismo mes se pondrá en escena el drama.

= Tan pronto !

= Me parece que era ese ayer vuestro deseo.

= Sí, Esperanza, teneis razon, así lo deseaba y lo deseo, pero no puedo mirar con indiferencia la aproximacion del plazo que va á decidir para siempre de mi destino.

= Valor, amigo mio, la fortuna no se ha hecho para los pobres de espíritu.

= Lo tendré para arrostrar mi suerte, pe .

ro séame permitido, sin embargo, ser débil en vuestra presencia.

— Ya sabeis, dijo ella con deliciosa sonrisa, que vuestro ángel es muy indulgente.

Luis se estremeció al contacto de la mirada con que la jóven acompañó estas palabras. Si aquello no era amor, era al menos una amistad muy peligrosa para quien no podia resignarse con su humilde condicion.

— Sin vuestro poderoso recuerdo, Esperanza, jamás hubiera yo salido de Asturias. Ya os lo he dicho; si deseo ser grande, poderoso y rico, es para tener algun dia el derecho de visitar sin avergonzarme vuestros nobles salones.

— Temeis entonces...

— Temo... perdonad, Esperanza, temo el orgullo desmedido de vuestros parientes.

La jóven quedó un momento pensativa.

— Teneis razon, añadió luego, ellos no creen ni comprenden que la educacion y el talento puedan hacer á un hombre igual á otro que solo tenga en su favor algunos apollados pergaminos. Y, sin embargo, Luis, no todos los de mi clase piensan del mismo modo. ¿Habeis oido algun dia hablar del príncipe de Reggio?

= No le conozco, contestó el jóven con cierto involuntario sobresalto. ¿ Quien es ese caballero ? ¿ Es pariente vuestro ?

= Es un antiguo amigo de mi casa, segun tengo entendido, pero es conocido en toda Europa por la nobleza de sus ideas y la independenciam de su carácter; para él no existen nobles ni plebeyos, sino idiotas ú hombres de talento, pícaros ú honrados; los que pertenecen á la primera clase, los compadece y desprecia; los que á la segunda, los ama y enaltece. Anoche le ví por la vez primera, y su noble y simpática fisonomía no he podido olvidarla un solo instante.

= Y decís que se llama, preguntó con trémulo acento el jóven.

= El príncipe de Reggio.

= Es un título estrangero.

= Ha nacido en Nápoles y voy á referiros lo que anoche se dijo antes de su llegada á la tertulia, respecto á su novelesca historia, para que no creáis que todos los nobles se parecen á mi tia.

Luis ahogó un suspiro y se dispuso á escuchar en silencio la narracion de la jóven, que con un entusiasmo propio de su carácter empezó á relatar las maravillosas aventuras

que contara el francés.

Sin embargo, en medio del disgusto que no podia disimular, Luis se consoló algun tanto cuando supo que el noble príncipe frisaba ya en los sesenta. Empero, no por eso consiguió dominar enteramente el oculto pesar que le oprimia, parece que instintivamente adivinó la influencia decisiva que con el tiempo iba aquel hombre á ejercer sobre la suerte de la muger que tan locamente amaba.

Solo cuando Esperanza dejó de hablar, notó la frialdad con que era escuchada, y sonriéndose añadió.

= Pensaba presentaros al príncipe, cuya amiga soy, pero veo que no le amais y renuncio á mi idea.

= Admiro sus virtudes, y me basta para amarle que le conteis en el número de vuestros amigos.

= Así me agrada; el hombre debe ser imparcial, ya se trate de juzgar á un noble ó á un plebeyo.

= No esquivo de ningun modo el honor de conocerle...

Desgraciadamente vuestra presentacion es imposible, hoy debe marchar á Nápoles y talvez no vuelva a España.

Al oír estas palabras, Luis respiró con libertad, y su semblante pareció transfigurarse; el velo de tristeza que oscurecía sus ojos se desvaneció, y los zelos dejaron de atormentarle.

= Mejor es así, contestó, porque bien reflexionado yo no poseo otro mérito que me recomendára á su atención sino la amistad que os dignais dispensarme.

= Veremos si conservais esa modestia despues de los triunfos que os esperan en la escena.

= Os burlais, Señorita?

= Seáme permitido hacerlo cuando tomais ese aire de timidez y embarazo que me recuerda nuestro encuentro en la Biblioteca.

= Es que...

= Es que entre nosotros debe ser mas franca la amistad... Vaya, que seria curioso, despues de haberos enseñado el inglés, que no vieseis en mí sino á la duquesa de Castelsoro.

= Ojalá, Esperanza, que nunca llegue á olvidarlo.

La respuesta era bastante significativa; la jóven lo cónoció, y una llamarada de ru-

bor cubrió sus mejillas y su noble frente. Un silencio enojoso siguió á estas palabras que Luis interrumpió levantándose. La palidez de su rostro manifestaba al vivo cuanto sufría, y la violencia que le costaba ocultar su amor.

Sin fuerzas para continuar una conversacion que á cada instante le ponía en peligro de revelar su secreto, tendió la mano a la duquesa oprimiéndosela con febril exaltacion, tomó el sombrero y se alejó sin añadir una sola palabra.

Esperanza quedó pensativa con los ojos fijos en la puerta por donde habia salido Luis, luego los inclinó al suelo, y lloró en silencio.

Si alguno hubiera visto aquellas lágrimas, sin duda que envidiara la suerte del poeta.

CAPÍTULO XII.

El Drama.

Como buen caballero, el marqués de Breñafiel, supo cumplir exactamente la palabra que habia empeñado á Esperanza. Poco tiempo despues de los acontecimientos que llevamos referidos, el drama de D. Luis principió á ensayarse, anunciándolo los diarios como la primera obra de un autor desconocido.

Nuestro poeta acompañado siempre de su buen amigo Felipe, que se interesaba sinceramente por el buen éxito del drama, asistia todos los dias á los ensayos, haciendo las advertencias que juzgaba oportunas, y que los actores recibian, como es costumbre, con desden. Sin el recuerdo de Esperanza, mil veces hubiera roto su drama y reñido con los que tan torcidamente se empeñaban en interpretar sus versos, pero le era imposible ya retroceder; para ello hubiera tenido que renunciar á su amor, y este sacrificio era superior al de

su vida. Siguió, pues, los ensayos, pero convencido de que su nombre quedaria siempre tan oscurecido como cuando vivia en las montañas de Asturias. Estos tristes pensamientos que no ocultaba á Esperanza, en las breves ocasiones en que podia hablarla, influyeron notablemente en su salud; sus mejillas perdieron el brillante color que antes las animaba, sus ojos aparecieron como hundidos en sus órbitas, su frente estaba siempre inclinada al suelo, como si no pudiera soportar el peso de las tristes ideas que le agobiaban.

Algunas veces la voz consoladora de la hermosa jóven venia cual un rayo de luz á disipar por intervalos las negras nubes que él se complacia en amontonar sobre su cabeza, pero, estos momentos producian en su ánimo el mismo efecto que los relámpagos en noche tempestuosa, esto es, aumentaban su tristeza, como aquellos la oscuridad.

Entre estas dudas é incertidumbres, temores é irresoluciones, llegó por fin la noche en que habia de tener lugar la primera representacion del drama.

Como, segun hemos dicho, los diarios habian cuidado de anunciarlo con anticipacion, la curiosidad del público llegó á escitarse de

una manera extraordinaria. También debemos añadir que el juicio formado por aquellos que habían asistido á los ensayos fué desde luego muy lisonjero para el autor, circunstancia que no dejó de saberse, contribuyendo á disponer favorablemente á los espectadores.

El teatro del príncipe presentaba aquella noche un aspecto verdaderamente régio. No había un asiento desocupado. Una concurrencia compuesta de lo mas selecto de Madrid en política, ciencias y literatura, invadía las lunetas, viéndose descollar en ellas á los directores de los principales periódicos de la Corte. En los palcos agrupábase la nobleza del nacimiento, y la nobleza del dinero, procurando ambas oscurecerse mutuamente con el brillo de sus diamantes y con la riqueza de sus espléndidas galas. En los sitios mas modestos los aficionados al drama, los amantes del arte, los curiosos de todas clases y condiciones, asomaban sus apiñadas cabezas, formando un conjunto imponente y caprichoso.

Esperanza estaba en su palco con su tia la marquesa, su prima y amiga la condesa de Sta. Rosa, y su padre el duque, á quien la curiosidad general había llevado también al teatro, aunque ignoraba como todos el nom-

á V. de Shakespeare, Racine y Alfieri, como de Vega, Calderon y Moreto.

El duque miró con sorpresa á su hija que estaba encendida como una cereza, y suponiendo que era una broma de su amiga, díjola:

= Entonces ya puedes formular tu juicio; vamos, Esperanza dínos lo que te parece el drama.

= Preciso es esperar á que concluya; contestó al fin la jóven sin poder ocultar su emocio; tal vez el último acto no corresponda á los dos primeros.

= Imposible, observó la marquesa, la mano que ha trazado ese plan es una mano maestra, ó un genio de primer orden, en cualquiera de los dos casos nuestras esperanzas no pueden quedar fallidas.

= ¡Qué astucia, añadió el duque.

= ¡Qué egoísmo del mismo modo que mi tia, dijo la marquesa, y creo que Esperanza se muere de rigidez por no comprometer su reputacion literaria.

La jóven se sonrió, y por huir de tan enojosa conversacion se acercó á la barandilla y tendió su vista hácia las lunetas. Un cariñoso saludo de su primo el marqués fué la

señal de una multitud de gemelos dirigidos al paico. Es verdad que nunca Esperanza se habia mostrado en público tan hermosa. A la palidez que habia cubierto su rostro durante el primer acto, habia sucedido un vivo sonrosado, que daba á su tez un brillo deslumbrador. Sus grandes y negros ojos, impregnados de meláncolica expresion, despedian de vez en cuando fugitivos rayos que se perdian en el vacío, sin fijarse en nadie; sus labios purpurinos y aterciopelados como los de las vírgenes de Guido Reni, formulaban á cada instante una involuntaria sonrisa, revelando el placer inmenso que de su corazón desbordaba. Todos la adoraban ya como la perla de Madrid.

El marquesito estaba radiante de júbilo y de orgullo. Aquella perla iba á ser suya. Al menos tal era su creencia.

El ruido del teion dió fin á todas las conversaciones, y trégua á las miradas de los amantes y de los curiosos; el interés que el drama habia llegado á inspirar lo dominaba todo.

Desde las primeras escenas las dudas de Esperanza se desvanecieron, el público loco de entusiasmo aplaudia frenéticamente, inter-

rumpiendo á cada momento á los actores con sus vitores y bravos, era una ovacion completa, uno de esos triunfos que dejan honda huella en la historia literaria de una nacion; el hombre que tal corona alcanzaba, iba á ser conocido en pocas horas del mundo entero, su nombre iba á volar en alas de la prensa, hasta las mas apartadas regiones para ser repetido con admiracion en todos los idiomas que rinden culto á la belleza del pensamiento.

El drama concluyó al fin en medio de una delirante emocion; todos aplaudian sin distincion de clases ni categorías, todos preguntaban á gritos el nombre del autor y le llamaban de nuevo á la escena para arrojarle ramilletes y coronas.

El telon volvió á subirse con lentitud, los espectadores se descubrieron y un silencio imponente reinó en el teatro; uno de los actores se adelantó y pronunció en alta voz el nombre de *Luis de Valdesalles*. Una triple salva de aplausos acogió este nombre, glorioso ahora, y un minuto antes desconocido y oscuro. Entonces, y despues de otro momento de silencio, apareció por el fondo, sostenido casi por los principales actores, el venturoso

poeta, pálido y agobiado bajo el peso de su inesperado triunfo. Al verlo, el público en masa se puso en pié, y desde los palcos, lunetas y anfiteatro cayó una lluvia de flores que inundó completamente el escenario. Entre estos ramilletes, Esperanza, sin poder dominar su entusiasmo, dejó caer también el suyo en el momento mismo en que Luis por un esfuerzo supremo de valor levantaba sus ojos y los fijaba en el palco de la duquesa. A su vista un relámpago de felicidad inmensa, delirante, loca, pasó por sus ojos, inclinóse sobre aquel mar de flores y recogiendo el ramillete de la jóven lo llevó á sus labios con santa alegría. El público aplaudió con nuevo estrépito: en el movimiento y acción del poeta solo vió el deseo de dar las gracias por tan espontánea ovación. Dos corazones solos comprendieron aquella muda escena, que era, sin embargo, el complemento del drama que acababa de representarse.

Esperanza salió del teatro apoyada en el brazo de su padre.

— He creído reconocer; dijóla el duque antes de subir al coche, á ese Luis de Valdesalles. ¿No es el jóven asturiano que encontramos una noche en el bosque de Castelsoro?

— Sí, padre mio, contestó Esperanza con voz profundamente conmovida, es el mismo joven cuyas ilusiones de gloria no pudimos entonces comprender.

— Ha cumplido su palabra. Con el tiempo será un buen empleado del gobierno.

Y al decir esto el duque subió tras su hija al coche. Esperanza sintió como si le clavasen un dardo en el corazón. Había medido de una sola ojeada el abismo de preocupaciones que siempre la separaría de Luis.

CAPÍTULO XIII.

La primera nube.

Al amanecer del día siguiente la joven duquesa se hallaba desde muy temprano en el jardín. Allí, soia, en medio de las flores recorría las silenciosas calles de árboles, con

la cabeza inclinada al suelo y los ojos pensativos. Era una de esas mañanas suaves, tranquilas y perfumadas, que el otoño suele enviarnos antes de sus primeras lluvias. El cielo puro y diáfano de Madrid, brillaba con su mas transparente azul, y las flores exalaban su mas delicado aroma, acariciadas por la brisa de la mañana, que blanda y suavemente mecia la copa de los naranjos en flor.

Esperanza levantaba de vez en cuando su linda cabeza, y con un movimiento lleno de gracia, retiraba de su frente los espesos bucles que encuadraban sus mejillas. Una languidez, empapada por decirlo así, de encantadora melancolía se desprendia de sus ojos, semivelados por unas grandes y sedosas pestañas, que amortiguaban el brillo de su mirada. Dulces pensamientos acariciaba sin duda su juvenil fantasía, porque á intervalos detenía su breve paso, se sonreía, cogía una flor, la besaba y miraba al cielo.

De este modo recorrió distintas veces las principales calles del jardín, hasta que el sol penetrando por entre las hojas de los árboles, la obligó á retirarse á sus habitaciones.

Entonces, y como si deseára continuar su

silenciosa contemplacion, se acercó á una ventana, y apoyada de codos sobre la lujosa barandilla, permaneci6 meditabunda un largo rato.

De pronto se oyeron unos pasos lentos y reposados sobre la alfombra. La jóven se incorpor6, y mir6 hácia atras con una ansiedad mal disimulada. Al levantar sus ojos se encontró con los de su padre, que con grave semblante se acercaba á ella.

Era tan inesperada esta visita, que la jóven se alarm6 instintivamente.

= Buenos dias, hija mia, dijo el duque con voz dulce y afectuosa.

= Buenos dias, papá, contest6 Esperanza acercando su frente á los labios del duque que dejó en ella un beso.

= Tienes hoy mucho que hacer?

= Leer y estudiar.

= ¿De modo que no te seria molesto oirme un breve rato?

= Oh, tendria en ello mucho gusto..... Venid y sentaos aquí.

= Recibes visitas á esta hora? ¿No vendrá nadie á interrumpirnos?

La jóven se ruborizó un poco, y contest6:

= Es demasiado temprano; sin embargo, llamaré para dar la orden de que no recibo á nadie.

= No; es inútil: creo como tu que es temprano, y lo que tengo que decirte, aunque de suma gravedad, no nos ocupará mucho tiempo. Siéntate, Esperanza, y óyeme con atención.

Después de este preámbulo que la jóven escuchó temblando, tomó asiento junto á su padre, y esperó á que éste se explicara.

El duque miró silenciosamente á los jardines, tendió luego su mirada á lo largo del salon, y deteniéndola por último sobre el semblante de su hija, dijo, acentuando lentamente sus palabras.

= Esperanza, vas á cumplir ya diez y seis años. Tu razon se halla desarrollada convenientemente, y tu talento es claro y despejado. Eres, y me complazco en decirlo, una de las jóvenes mas distinguidas que embellecen hoy nuestros salones.

Aquí hizo el duque una pausa y miró á su hija atentamente, ésta contestó con voz temblorosa.

= Vuestros elogios, papá, aunque inme-

recidos, me llenan de satisfaccion y orgullo. Yo solo aspiro á vuestro amor y á vuestra estimacion.

= Muy bien; asi me agradan tus palabras; por ellas conozco que tu educacion ha sido bien cimentada en los preceptos mas puros de la religion y la moral. Conocidas me son tus virtudes, asi como la solidez de tu juicio, todas estas causas reunidas me han impulsado á tomar una resolucion, que espero sea de tu agrado. Nosotros, hija mia, los que estamos colocados en una alta posicion social, tenemos graves deberes que cumplir. El primero y mas importante es el de aumentar nuestra influencia, y sostener nuestro rango procurando alianzas que den mas brillo á nuestros antiguos blasones, y realzen mas el esplendor de nuestra cuna. Nuestros hijos son, por consiguiente, los que naturalmente están llamados á cumplir este deber sagrado. He pensado pues en casarte.

Esperanza palideció, y su corazon principió á latir con violencia, pero no se atrevió á contestar. Su padre prosiguió diciendo.

= No es empresa fácil para un padre que ama á sus hijos con cariño, encontrar personas que reúnan á la vez las diversas cualida-

des que se necesitan para que un matrimonio sea de conveniencia y de amor; esto es, hija mia, que la persona elegida nos convenga bajo todos aspectos. Verdad es que el amor, tal como lo entienden las jóvenes que poseen tus virtudes y tu juicio, no es de necesidad absoluta en el matrimonio. Ahora bien, aprobado como sabes el matrimonio de tu hermana, con la hermosa y rica condesita de Sta. Rosa, que huérfana de padres solo depende de su voluntad y de la de su tutor, solo me quedaba que arreglar el tuyo. Mil veces desde tu llegada á la corte he vacilado en la elección de esposo, hasta que por fin, después de un maduro exámen me he fijado irrevocablemente. Nunca un partido mas brillante y ventajoso ha podido presentarse á una joven, por elevados que sean su fortuna y nacimiento, como el que yo he conseguido para mi querida Esperanza. Estoy contento y orgulloso de mi acierto. ¿No tienes curiosidad por saber su nombre?

La pobre joven, silenciosa siempre, se sentía morir. El golpe era tan imprevisto como terrible. Sus hermosas ilusiones tan dulcemente acariciadas en la pasada noche, huían ahora rotas y desparramadas como nubes de

verano que desgarró el huracán.

— Comprendo esa turbación, añadió el duque interpretando de otro modo el silencio de la joven, y no quiero prolongarla por más tiempo. El elegido, hija mía, es el príncipe de Reggio.

Un grito de sorpresa respondió á estas inesperadas palabras.

— Ya lo esperaba yo, prosiguió el duque con cierta amargura, el nombre del príncipe alhaga todavía el corazón de las mugeres. Es un marido que te amará novelescamente.

Esperanza apenas escuchó estas últimas palabras, ni menos comprendió su sentido, el nombre del príncipe era lo que en aquel momento absorbía toda su atención.

— El príncipe de Reggio, decis? repitió ella con voz conmovida.

— Sí, el príncipe de Reggio, ¿lo dudas?

— Y ese caballero ha pedido mi mano?

— Ha hecho más, ha ido en pocos días á Nápoles, y ha solicitado de su soberano el permiso de casarse contigo.

— Imposible... El príncipe no me ama, ni puede amarme.

— Quien sabe... Sin embargo, no me atrevería á afirmarlo. Lo que sí puedo asegu-

parte es que ese partido me conviene, y que deseo y quiero que mi Esperanza se llame dentro de ocho días la princesa de Reggio.

— Ocho días ! Dios mío, tan pronto !

— No te asuste el plazo; en ocho días hay tiempo de poner en movimiento todas las modistas y joyeros de París y de Madrid. El ruido de tu boda va á llegar, hija mía, a todas las cortes de Europa.

Así es como interpretaba el duque los ocultos pensamientos de su hija.

— Y el príncipe está en Madrid ?

— Anoche llegó de su viage y hoy solicita una entrevista para pedirme oficialmente tu mano, aunque has de saber que entre nosotros es cosa ya convenida, y de una manera irrevocable.

— Y el príncipe ha convenido en ese... en ese arreglo ?

— Paréceme que dudas de mi palabra...

— Oh, perdonadme, padre mío, es tan desesperado lo que me decís, y de tanta importancia para mí, que bien podeis disimularme esta insistencia.

— Pues no te dudes, Esperanza, el príncipe y yo hemos acordado ya las bases de este enlace, y con satisfacción te puedo asegurar que

á todos nos conviene. Ahora me resta advertirte que no te cuides de nada; los preparativos de la ceremonia, las joyas y vestidos, todo está ya encargado á las mejores fábricas del extranjero. Hoy es miércoles, el domingo próximo serás ya princesa. Adios hija mia.

Y diciendo esto se puso el duque con gravedad en pié, besó ceremoniosamente la frente de la pobre niña, que estaba pálida y helada como una estatua de mármol, y salió.

Esperanza quedó muda é inmóvil.

CAPÍTULO XIV.

La nube se condensa.

Mientras esto sucedia en la casa del duque, pasaba una escena de distinto género en la calle del Olivo.

Aquella noche no se habia dormido en el cuarto de Luis. Todos sus amigos, y los amigos de Felipe; todos los periodistas y principales poetas de la corte, habian acudido á darle la enhorabuena. El champaña y el jerez habian corrido en abundancia, y se habia brindado á la salud de la nueva estrella que llegaba tan pura y resplandeciente desde las montañas de Asturias. Allí se habian escrito entre el humo del cigarro y las roncadas voces de los convidados, las revistas teatrales que al dia siguiente llevarian el nombre de Valdesalles á todos los paises del globo; nuevas amistades lisongeros ofrecimientos, ventajosas proposiciones se le dirigieron por los periodistas y empresarios; de modo que cualquiera que fuese la carrera que siguiese en adelante, tenia el campo abierto para recoger rica y abundante cosecha de doblones y laureles.

Cuando Luis se quedó solo, principiaba la aurora á iluminar el horizonte, y como le era imposible dormir, tomó su sombrero y salió sin objeto á recorrer las solitarias calles de la Villa. Necesitaba ocupar el tiempo hasta que llegase la hora de ver á Esperanza y recoger de sus labios la única recompensa que ambicionaba por su triunfo.

Mil confusas ideas se entrechocaban en su cerebro, mientras andaba al acaso por entre los aguadores y verduleras que se dirigian al mercado. Una parte de su ambicion se hallaba ya cumplidamente satisfecha, habíase conquistado un nombre, que el público colocaba ya entre los mas eminentes de nuestra literatura contemporánea, y en esta envidiable posicion le era lícito continuar escribiendo para el teatro, si tal era su voluntad, redactar artículos políticos y entregarse á la lucha de los partidos, si ambicionaba escalar el poder, ó apoderarse del folletin de un periódico y resucitar en España la novela nacional, muerta desde los tiempos de Cervantes, si queria ceñirse á las sienes los laureles de Scott, Cooper, Balzac y Manzoni. Cualquiera que fuese su determinacion, podia estar seguro de encontrar en aquel momento una acogida favorable y una proteccion decidida.

Pensando de este modo habia, llegado al Prado, y viendo lo hermoso de la mañana, y queriendo alargar el paseo, hasta que pudiese presentarse en los salones de Esperanza, dirigió sus pasos á Atocha. Al llegar enfrente del santuario donde se venera la

virgen que lleva aquel nombre, una voz triste y quejumbrosa le detuvo pidiéndole una limosna. Hay días en que quisiéramos ver á todos felices, días en que deseáramos enjugar todas las lágrimas, consolar todos los dolores, y destruir el germen de la envidia y del rencor en el corazón de todos los hombres. En esos momentos sentimos con tal fuerza el precio de la felicidad, que no podemos ni aun comprender la existencia del dolor. Luis volvió instantáneamente la cabeza y se encontró con una jóven humildemente vestida, de cara hermosa, pero ajada, escuálida y macilenta, que estrechaba entre sus brazos una criatura, al parecer de ocho o diez meses, cuyo triste llanto conmovia el alma. Mucho se abusa en Madrid de la credulidad de los transeuntes, y con frecuencia el vicio, bajo diferentes formas, procura burlar la caridad pública, pero Luis, predispuesto aquella mañana á mirarle todo bajo color de rosa, creyó leer en la fisonomía de la desconocida mendiga un dolor verdadero, y una apremiante necesidad, y sin vacilar un momento le entregó cuanto dinero llevaba en el bolsillo.

La jóven sorprendida de tan inesperada generosidad, titubeó en admitirlo.

— Caballero, dijo con trémulo acento, V. se ha equivocado.

— Nó, nó, buena muger, hoy es uno de los dias mas felices de mi vida y quiero, ya que la providencia la ha colocado a V. en mi camino, que participe de mi felicidad.

— Ah, caballero, Dios le ha enviado á V. en mi auxilio; en este momento, desesperada, muerta de hambre y de frio iba á implorar por última vez á la virgen. En seguida mi hijo y yo hubieramos buscado un eterno descanso en el canal.

— Desventurada, ¿ese niño no tiene padre?

La jóven rompió á llorar, y confundió sus lágrimas con las de su hijo.

— Hubo un tiempo, dijo entre sollozos, que no era huérfano.

— Ha perdido V. á su esposo?

— Era demasiado noble para ser mi esposo, pero yo le amaba porque era el padre de mi hijo.

— Y ese hombre la ha abandonado á V.?

— Trájome engañada, y cuando me vió en Madrid sola, sin parientes y sin amigos, me dijo un dia que iba á casarse y me despidió.

= Infame !

= Donde podria yo ir ? En esta inmensa poblacion á nadie conocia; si hablaba de mis desgracias se me oia con desprecio, si imploraba la caridad pública, se me respondia con vergonzosas palabras; la muerte, caballero, era el único alivio á mis pesares. Anoche no dormí; el frio y el hambre me arrojaron hoy desde temprano á la calle.

= Consuélese V. desgraciada, y renuncie á toda idea de suicidio. Viva V. para su hijo.

= ¿ Y encontraré mañana un corazon tan generoso como el de V. ?

= Sí; V. lo encontrará; nada tema en lo sucesivo, yo conozco á una señora que sabrá consolar sus dolores, y aliviar noblemente su miseria. Déme V. las señas de su casa y tenga V. confianza en mí.

La jóven le dijo la calle y número de la miserable boardilla que habitaba, y Luis, con el corazon henchido de inefables esperanzas, y con el rostro radiante de felicidad, dejó á su nueva protegida para acercarse precipitadamente al palacio de Castelsoro.

Acababa el duque de salir de las habitaciones de su hija. Esta permanecia aun ba-

jo la terrible influencia del golpe que acababa de recibir. Con los ojos fijos en el suelo y las manos cruzadas sobre su elegante bata, parecía la imagen de la resignación y del dolor.

Luis entró sin ser anunciado y se detuvo en el umbral á contemplarla. El sol penetraba á torrentes al través de las hojas de los naranjos y de las margaritas que tapizaban las ventanas. Todo respiraba calma, silencio y soledad. Un olor suave, voluptuoso y embriagador, revelaba la presencia de la duquesa. Luis aspiraba este olor indefinible, como se respira el aire que nos da la vida.

Al verla tan meditabunda, confiado y tranquilo atravesó el espacio que de ella le separaba, y vino á sentarse en su mismo confidente.

La jóven, entonces, levantó por la primera vez sus hermosos ojos y los fijó con estravío sobre el poeta.

— Esperanza, dijo éste, sin comprender lo que pasaba, pero admirado de tan extraño recibimiento, yo creía que tendriais hoy gusto en verme.

La pobre niña sin contestarle se cubrió el rostro con las manos y principió á sollozar.

— Dios mio, que os sucede? Esperanza, Esperanza, porque llorais?

Pero la jóven se obstinaba en su silencio, mientras sus lágrimas corrian en abundancia.

Lleno de zozobra, Luis, cruzó sus manos en actitud suplicante, y temiendo ya alguna grave é imprevista desgracia, la dijo con aparente firmeza, aunque sin conseguir disimular su emocion.

— Esperanza, la incertidumbre es el peor de los males, hablad por Dios, y que sepa yo al menos lo que os sucede. ¿Ya no teueis confianza en vuestro pobre poeta?

A estas palabras, la jóven enjugó con un movimiento de despecho su llanto, y como si se arrepintiese de su pasajera debilidad, procuró revestir su semblante de aquella dignidad noble y tranquila que constituia uno de sus principales atractivos.

— Lloro, amigo mio, dijo entonces, porque vamos en breve á separarnos.

— ¿Separarnos!... ¿que decis? ¿quereis engañarme?

— Voy á dejar esta casa...

— La casa de vuestros padres?

La jóven contestó con un movimiento

afirmativo de cabeza.

— Y bien, ¿ que nos importa ? os seguiré adonde vayais...

— Entonces será imposible.

— Vos me habeis enseñado á despreciar esa palabra.

— Es que, si ahora soy libre, mañana talvez no lo sea.

— Esperanza ¿ que vais á anunciarme ?

— Lo que algun dia habia de suceder.... valor, amigo mio, nuestra amistad será siempre inalterable, y suceda lo que quiera, la duquesa de Castelsoro nunca será para vos sino la Esperanza de Asturias.

— Pero, hablad, hablad por Dios, ¿ quien ha elegido este dia, este dia que era el mas feliz de mi vida, para herir de muerte todas mis ilusiones ? Oh, decidlo sin vacilar, tengo el suficiente valor para soportar todo el peso de mi desgracia.

A pesar de esta seguridad, el temblor de su voz desmentia el sentido de sus palabras.

— Hace poco, contestó Esperanza, tornándose aun mas pálida, y bajando involuntariamente los ojos, llegó mi padre á este gabinete, ocupó el asiento donde estais, y me anunció que habia dispuesto de mi mano.

Un largo y penoso silencio siguió á estas palabras que al fin interrumpió Luis con acento profundamente alterado.

— En efecto, Señora, eso habia de suceder algun dia.

— Despues, sin solicitar mi consentimiento, me ha declarado que dentro de cuatro dias seré princesa de Reggio.,.

— Ah... princesa de Reggio... y el jóven acentuó con lentitud estas palabras, mirando fijamente á la duquesa. Os felicito, señora, por tan buena eleccion...

— Os equivocais, Luis, yo no he elegido.

— Es verdad... perdouad, señora, os contentais con obedecer.

— La obediencia es una virtud.

— Muy digna de ser observada... no seré yo quien lo contradiga... De modo, señora, que anoche mártes, se egecutó mi drama, hoy miércoles sé que os vais á casar, y el domingo tendré el placer de saludaros con el noble título de princesa de Reggio... Oh, soy verdaderamente un hombre muy feliz.

Y levantándose bruscamente del asiento, se acercó á la ventana con los ojos encendidos, pálido el semblante y los puños crispados.

Esperanza le siguió con la vista, vivamente agitada, y esperó algunos minutos á que se calmara esta primera emocion. Pero Luis continuaba oculto entre las cortinas, inmóvil y en silencio.

Entonces ella se levantó tambien y se acercó á la ventana. Cuando estuvo junto á él, observó que dos gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas.

= Luis, dijóle, apoderándose de una de sus manos, y estrechándola afectuosamente ¿porqué llorais?

= Oh! y ella me lo pregunta, esclamó el pobre jóven con acento desgarrador...

Y luego, sin soltar la mano de la duquesa, continuó diciéndola con exaltacion creciente.

= Esperanza, Esperanza, porque me habeis arrancado de mi obscuro rincon de Asturias? ¿porque me habeis dejado entrever dichas que yo no conocia? ¿porque alhagarme con dulces ilusiones que el tiempo habia de disipar? ¿Sabeis lo que sufro yo en este momento? ¿comprendéis lo horrible de mi martirio?

= Luis, amigo mio, tened compasion de
 ¡¡¡

— Oh, que tenga compasion de ella ? Os burlais acaso, señora ? La princesa de Reggio no necesita de mi compasion para ser feliz.

— Oh, tranquilizaos, por Dios; me dais miedo, venid, sentaos aquí; aun no sabeis todo mi secreto.

Luis se dejó conducir como un niño, y luego que estuvo sentado en el confidente, continuó con nueva exaltacion.

— Quereis que me tranquilice; sea en buen hora, yo no debo olvidar el lugar donde me hallo...

— Os hallais junto á vuestra antigua amiga, junto á la Esperanza de Castelsoro, la Esperanza de vuestro drama.

— Oh, no me repitais esas palabras, no volvais á recordarme la dicha que he soñado, me volveria loco de dolor.. Mirad, Esperanza, cuando yo os ví por la vez primera, no era aquella nuestra primera entrevista, nó, yo os habia visto mil y mil veces en mi oculta soledad. Cuando niño os veia en la sourisa de mi madre, cuando jóven en la imágen de la virgen que adoraba en el templo, cuando hombre en las nubes que cruzaban el cielo, en la brisa que besaba las flores, en la niebla que cubria las montañas; en todas partes veia

vuestro semblante; el río me lo devolvía en sus aguas, la luna en sus rayos, el cielo en su transparente azul... Las heroínas de Calderón se idealizaban en mi pensamiento reproduciendo vuestra imagen; y los ángeles que en mis ensueños, venían á poblar mi soledad, todos reunían esa belleza casta y pura con que Dios, Esperanza, os ha dotado. ¿Podía yo cuando os ví, resistir al deseo de adoraros? Oh, eso era imposible... este amor era para mí una necesidad superior á mi voluntad y á mi razón. Perdonadme, Esperanza, si os hablo así, será por la vez postrera.

La jóven le escuchaba pálida y temblando, pero sin interrumpirle.

—Vuestras bondades me hicieron luego entrever un mundo lleno de ilusiones... á vuestro lado soñé con la dicha de conquistar un nombre, de ennoblecerme por el talento, de elevarme hasta llegar sin rubor á pisar vuestros salones; vos escuchasteis mis votos, me tendísteis vuestra mano y me llamásteis á Madrid; invocad mi nombre, deciais, que mi apoyo nunca os faltará .. Llegué, escribí y fui aplaudido, y cuando despues de tantos dolores, de tantos amargos sufrimientos, veía abrirse ante mis ojos un brillante porvenir,

cuando creia que la suerte cansada de perseguirme se dignaba acercarme á vos... entonces, rodeado de bravos y coronas, de aplausos y ramilletes, me encuentro solo, solo sobre esta tierra que hoy me parecia tan hermosa. Y ¿para que quiero yo esos aplausos y esas coronas? Para mí no hay ya Esperanza.

La jóven lloraba en silencio, Luis continuó con lentitud.

— Yo no ambicionaba vuestra mano; conocia demasiado mi posicion y las preocupaciones del mundo, para soñar ni por una sola vez con semejante absurdo... pero ¿quereis que os lo confiese? En la imposibilidad de aspirar á vuestro amor, creia, loco de mí, que nunca llegariais á casaros... suponía que podria amaros de lejos y en silencio, sin revelar á nadie mi secreto. Era una locura, que yo acariciaba en mis horas de delirio, que yo miraba como una necesidad de mi existencia.. Pero hoy. ¿Adonde quereis que vaya? ¿adonde volver mis ojos?

— Oh, callad...

— Dejadme, dejadme hablar, Esperanza, vos no podeis comprender mis tormentos porque nunca habeis amado... ¿Sabeis lo que es

amar? Es pensar, sufrir, gozar dos almas en una, es vivir uno en dos, es... el cielo en la tierra. El amor transforma nuestro ser, multiplica nuestra actividad, y decide para siempre del destino de nuestra vida. Yo no amo como aman todos: esta pasión que por vos siento, se halla tan identificada con mi ser, que renunciar á ella seria renunciar á mi propia existencia. Hace mucho tiempo que no he sufrido, llorado ni soñado, sino con vos y por vos sola; yo no he tenido jamás un pensamiento que no se haya reflejado al punto en vuestra imagen; pendiente estoy de vuestros lábios como la flor del rocío; con una sola de vuestras sonrisas me inundais de felicidad, y cuando quiero dar vida á mis versos, color á mis ideas, pureza á mi pensamiento, vengo á beber la inspiración en vuestros ojos... ¿Quién soy yo sin vos? árbol sin sávia, cuerpo sin alma, fanal sin luz... Después de haberos visto, Esperanza, preciso es amarnos ó morir.

— Oh... morir, nó.

— Entonces, si por compasión me permitis que os ame ¿adivinais lo que voy á sufrir? Yo que tengo zelos hasta del aire que respirais ¿podria vivir creyendo que existia

¿un hombre con derecho á tocar ni aun la orla de vuestro vestido? Nó, Esperanza, imposible, la idea solo de vuestro casamiento me tortura de tal manera el corazon, que antes que vivir un minuto de ese modo me daría mil veces la muerte.

= Delirais?

= Perdon, Esperanza, perdon. Lo que os digo es incomprensible, absurdo, insensato, pero es la verdad. Hoy... ahora mismo vuelvo á Asturias... jamas me volvereis á ver.

La jóven le detuvo por el brazo y con inefable sonrisa exclamó.

= Pobre loco! ¡cuan pronto se ha olvidado de mi nombre!

= ¡Vuestro nombre! Esperanza, Esperanza cuidado con lo que decis... dejadme en la oscuridad si no he de conservar la luz...

= Seamos razonables, dijo la duquesa dejando caer su mano entre las de Luis, ¿me lo prometéis?

= A vuestro lado pierdo la razon.

= Bien, yo la tendré por los dos, ¿queréis escucharme?

= Oh, no me preguntéis eso. Yo no concibo de otro modo la eternidad.

Y Luis al contacto de aquella mano que se le abandonaba, sentía estremecerse hasta la última libra de su corazón.

La joven dijo entonces bajando la voz:

= Conocéis, lo suficiente, amigo mío, el mundo en que vivimos para no comprender mi situación. Cediendo á un amor como el vuestro, tengo que renunciar á mi familia y perder el cariño de mi padre y de mi hermano... Ya veis que no os hablo de rango, de fortuna, de riquezas, ni de nacimiento, esas son vanas pompas que desprecio y que no me atrevería ni por un momento á comparar con vuestro talento, ni con vuestro amor. Pero hay un medio de conciliar estos extremos. Sin desobedecer á mi padre, ni lastimar el orgullo de mi familia, respetable siempre aun en sus extravíos, puedo conservar vuestro cariño y contribuir á vuestra felicidad sin sacrificar la mia. ¿No me asegurastis poco ha que seriais dichoso si yo no me casara?

= Ah!..

= Y bien, os prometo vivir siempre soltera y no amar jamás á ningun hombre.

= Esperanza ¿que habeis dicho?

= La verdad. Ya sabeis que mi corazón no sabe mentir, y que mi palabra es sagrada,

¿ Sereis así feliz ?

El pobre jóven cayó de rodillas á los pies de la duquesa, y sin soltar su mano apoyó en ella la frente enardecida. En aquel momento toda respuesta hubiera sido inútil. Cuando habla el corazon deben callar los lábios.

Esperanza fué la primera que reanudó el diálogo.

= Ahora es preciso solicitar una entrevista con el príncipe. Preveo una tempestad deshecha con mi padre, pero cuento con la firmeza de mi carácter y con la cooperacion del príncipe. Estoy segura que el será el primero en renunciar á mi mano.

Una nube pasó en este instante por los ojos del poeta.

= No se renuncia tan fácilmente á vuestra mano, murmuró.

= No vayais á hacerme vana y presumida; dejadme creer siempre que solo á vos os parezco hermosa.

= Oh, si así fuera...

= Así debe ser... Ahora para acabar de tranquilizaros, vais vos mismo á oír nuestra conversacion... oculto en ese aposento.

= Esperanza...!

= Vamos, no os enfadeis... es un capricho.

= Pero yo no desconfío de vuestra palabra.

= Lo sé, pero quiero que nos oigais; tal vez así apreciéis mejor al príncipe.

= ¿Vais ahora á elogiarlo?

= Envidioso!

= Soy un niño, disponed de mí.

= Bien, así os quiero, obediente y juicioso.

Diciendo ésto la jóven se sentó junto á una mesa y escribió con rapidez un billete; en seguida llamó.

Un criado apareció en la puerta.

= Ha llegado el príncipe de Reggio?

= Sì, señora, y está en el salon con S. E.

= Entregadle ese billete tan pronto como salga.

El criado hizo una profunda reverencia y se alejó.

= Creiais, dijo la jóven volviéndose hácia Luis que la miraba estasiado, que despues de haber escrito aquel drama, el de anoche, añadió con deliciosa sonrisa, porque ya sabeis que el drama tambien es mio, creiais repito, que os iba á dejar sin recompensa?

— Callad, porque si antes me iba á matar el dolor; ahora creo que voy á morir de felicidad.

— No temo ni esa ni la otra muerte, contestó la jóven, porque siempre moririamos juntos.

— ¿Y yo que decia que no podriais comprenderme?

— Los hombres creen saberlo todo, y siempre vienen á aprender en el corazon de las mugeres.

— Esperanza, me siento tan feliz en este momento, que temo alguna nueva desgracia.. Ese príncipe...

— Silencio... me parece que siento pasos... Sí... él es... ocultaos antes que llegue.

El joven obedeció, y pocos instantes despues se oyó la voz del criado que anunciaba desde la puerta:

— S. E. el príncipe de Reggio.

Esperanza se dejó caer sobre el confidente. Apesar de su valor, se hallaba vivamente afectada con la solemnidad de ésta entrevista.

CAPÍTULO XV.

Amor filial.

El príncipe entró en el salon.

Vestía completamente de negro, y unia á una estremada sencillez, una elegancia de buen gusto. Su fisonomía revelaba como siempre franqueza y lealtad.

Al ver á la jóven se adelantó con prontitud hácia ella y le tendió la mano.

En seguida tomó asiento á su lado.

= Al dirigirme hoy á vuestra casa, dijo despues de mirarla algunos instantes con cariñosa atencion, deseaba que me concediéseis algunos momentos de audiencia. Vuestra carta se ha anticipado á mis deseos, y me alegro, porque eso prueba al menos, que nuestros pensamientos marchan hasta ahora de acuerdo.

La jóven se apresuró á contestar.

= Recuerdo, caballero, las benévolas palabras con que la noche en que tuve el gus-

to de conoceros os despedisteis de mí, y ellas me han dado el suficiente atrevimiento para solicitar esta entrevista.

= Decid mas bien la confianza, Señorita, porque es el sentimiento que deseo y quiero inspiraros.

= Acepto vuestra palabra, que creo noble y sagrada. ¿ Os acordais, caballero, de lo que entonces me deciais ?

= Lo recuerdo perfectamente; os dije entonces y os repito ahora: « conservad siempre de mí un buen recuerdo, y nunca dudeis, suceda lo que quiera, que el príncipe de Reggio se interesa tanto por vuestra felicidad, como pudiera hacerlo hoy vuestra santa madre.»

= Pues bien, caballero, en vuestra mano se halla hoy la felicidad ó la desgracia de mi vida.

El príncipe palideció ligeramente, en seguida repuso, sin que su voz revelase alteracion...

= ¿ Os ha visto vuestro padre ?

La jóven bajó los ojos, y dió con la cabeza una respuesta afirmativa.

= Le habia suplicado que no lo hiciera antes de haberos yo mismo hablado, pero veo

que no quiso acceder á mi súplica. Con todo, nada se ha perdido aun, supuesto que podemos entendernos. ¿No es cierto que la peticion de vuestra mano os ha producido una dolorosa sorpresa?

La jóven no se atrevió á contestar.

= Vamos, confesadlo sin temor. A mi edad, cuando puedo ser vuestro padre y hasta vuestro abuelo pretender unir mi suerte á la vuestra, es una locura imperdonable, ¿no es así?

= Ah, ¿me habrá engañado mi padre?

= Nó, Esperanza, contestó el príncipe con voz grave, no os ha engañado, acabo de pedir hoy vuestra mano, y me ha sido concedida sin dificultad por el duque.

= Entonces...

= ¿No comprendéis esta contradiccion? Ojalá no llegueis nunca á comprenderla, hija mia. Ahora permitidme entrar en algunas esplicaciones, para las cuales os suplico me oigais con atencion. Desde luego podéis suponer que deben ser muy graves las causas que me obligan á dar este paso, cuando he llegado á mis sesenta años sin pensar en el matrimonio. Aunque sois muy digna de ser amada, no soy yo el hombre que puede inspiraros

una pasión, necesaria siempre á la edad en que os hallais para que el corazón sienta algunos momentos de felicidad. Causas que no quisiera nunca revelaros, me imponen, sin embargo, este deber, tal vez el mas solemne de los muchos que he cumplido en el trascurso de mi vida, triste y azarosa, como la de un aventurero. Mas este deber, por desgracia imprescindible, puede ser para vos menos penoso, si llegais á considerarme como vuestro mas leal y desinteresado amigo, y logre así inspiraros una absoluta confianza en mi honradez y en el deseo que abrigo de asegurar vuestra felicidad.

Esperanza le oia atentamente, pero sin comprender el sentido de sus palabras.

El príncipe continuó.

— Sois todavía muy jóven, y yo muy viejo. Mi vida será corta, porque los sufrimientos morales la han minado hace muchos años. Cuando yo muera estareis en el período mas brillante de vuestra hermosura. A mi muerte, poderosa y rica, en bienes y experiencia, podreis elegir libremente un hombre segun vuestro corazón, y este matrimonio, desigual y desgraciado ahora, lo mirareis entonces como una nube pasajera en el bello cielo de

vuestra vida. Nunca seré para vos un esposo exigente ni molesto; jamas me opondré á vuestros caprichos, ni al método de vida que os parezca conveniente elegir. Confiado y tranquilo en cuanto á vuestras virtudes, no temeré en ningun tiempo que la noble hija de la duquesa de Castelsoro, quiera poner en ridiculo al pobre viejo que le ha entregado el sagrado depósito de su honor.

= De modo, caballero, contestó Esperanza cada vez mas sorprendida, que considerais ya como irrevocable este casamiento.

= Ya he tenido el honor de deciros que tal era la voluntad de vuestro padre.

= Y ¿en virtud de que derecho mi padre os impone su voluntad?

Difícil era la respuesta; el príncipe lo conoció, y deseando siempre evitar á la jóven el disgusto de entrar en esplicaciones, que conducirian al fin á la revelacion de las vergonzosas sospechas del duque, contestó evasivamente.

= No digo, hija mia, que el duque me imponga su voluntad, pero causas que no es del momento explicaros, me comprometen á suscribir á sus deseos en el delicado asunto de que nos ocupamos.

— Ya debéis comprender, señor, que ese asunto es para mí de muy grande importancia para no tratar de esclarecerlo por cuantos medios estén á mi alcance. Veo en vuestras respuestas, príncipe, que no sois tan explícito, ni tan franco, como yo tema derecho á esperar en esta ocasion, la mas solenne de mi vida, y tal vez de la vuestra. Tengo diez y seis años, es verdad, y aunque no conozco al mundo, sé y comprendo perfectamente que un matrimonio, cualesquiera que sean las causas que medien para efectualo, no debe llevarse á cabo sin que ambos contrayentes se hallen perfectamente de acuerdo. Lo contrario, caballero, no arguye nobleza ni lealtad, y puede ser origen de muchas desgracias que conviene con tiempo evitar, si es posible.

— Teneis razon, Esperanza, hay cierta vacilacion en mis respuestas, pero que no proviene de falta de franqueza ni de lealtad, sino de un objeto muy noble y elevado. Quiero evitaros un disgusto que podrá acibarar vuestra existencia, sin evitar nuestro matrimonio.

— Me dais miedo, caballero, ¿ que motivo puede ser eso que tiene ya ligada, sin yo saberlo, mi voluntad? Deseo y quiero una

respuesta franca y categórica.

— Respondedme antes, Esperanza, á dos preguntas que intento dirigiros, suplicándoos antes me perdonéis si os pareciesen muy estrañas: en seguida, si no hay remedio y así lo exigis, vos misma podreis examinar la situacion en que nos encontramos y decidirla como gustéis. Desde luego os empeño mi palabra de honor de que seréis fielmente obedecida.

Esperanza cada vez mas admirada, no acertaba á descifrar el misterio que encerraban las palabras del príncipe, pero instintivamente principiaba ya á sentir cierta zozobra, que era como el anuncio de la triste revelacion que la aguardaba.

El diálogo continuó, despues de un momento de silencio.

— Decidme sin temor alguno, hija mia, y como si respondieseis á vuestro confesor, ¿creeis que á mi lado seriais muy desgraciada?

La jóven titubeó en responder; luego repuso sonrojándose involuntariamente.

— Como hija, nó; caballero, pero como esposa, sí.

— ¿Será tal vez que teneis comprometido

vuestro corazón....? jamás, Esperanza? Decídmelo sin rubor, la persona á quien vos consagrais vuestro pensamiento debe ser digna de una ofrenda tan pura.

La jóven interpelada tan directamente tornó á sonrojarse, titubeó un momento, y enmudeció; pero de pronto, levantando con modestia, pero con cierta altivez su noble frente, y fijando sus hermosos ojos llenos de espresion en la puerta donde oculto estaba Luis, respondió:

= Amo, caballero, y no me avergüenzo de confesarlo; mi amor es tan puro y digno como la persona en quien lo he depositado. Ya veis que no puedo ser vuestra esposa.

El príncipe suspiró profundamente, y su semblante se cubrió de una ligera palidez.

= Veo, señorita, que en lugar de un sacrificio serán dos; yo creía que erais todavía libre, y que al aceptar vuestra mano me reservaba solo las espinas de la vida, dejando para vos las flores; la suerte lo ha dispuesto de otro modo, cúmplase la voluntad de Dios.

= Os respeto demasiado para dudar de

vuestras palabras. Hablad, príncipe, explicadme ese enigma por mas terrible que os parezca.

—Y lo es en efecto, hija mia. Juzgad!o vos misma, y no os quejeis luego si con mis palabras torturo vuestro inocente corazon, y ofendo de algun modo la pureza y castidad de vuestros pensamientos.

Despues de decir estas palabras con un acento grave y profundo que daba á la entrevista un carácter de solemnidad imponente, el príncipe recorriendo con una rápida ojeada el aposento, como para cerciorarse de que estaban solos, continuó:

—Hubo un tiempo, Esperanza, en que tuve el honor de conocer á vuestra madre. Tenia entonces ella vuestra misma edad, y se parecia á la vuestra su cándida sonrisa y su admirable hermosura. Tambien era yo jóven y la amé.. Perdonadme estos detalles, que son indispensables para que comprendais bien mi situacion. Una ausencia involuntaria me alejó de Madrid para llevarme á Nápoles, y en este intervalo vuestra madre, cediendo á las vivas instancias de su familia, se casó con el duque de Castelsoro. Esta era la segunda vez que me sentia herido en mis mas

caras afecciones; juré no casarme, y me propuse recorrer el mundo como un viagero pobre y desconocido. Mi peregrinacion duró muchos años. Un dia creí que los latidos de mi corazón eran menos violentos, y que la imágen de vuestra madre se habia borrado para siempre de mi pensamiento, y volví á España. Entonces comprendí que me habia engañado. Al ver á la duquesa, volví á amarla con la misma intensidad que en mis primeros años; pero este amor, Esperanza, no era ya lo que llamamos comunmente amor; era una adoracion casta, respetuosa y pura que no se hubiera avergonzado de admitirla un ángel. Ignoro si vuestra madre llegó á adivinar mi secreto, solo os puedo asegurar que ni mis ojos ni mis palabras lo revelaron jamás á ella ni al mundo. Sin embargo, vuestro padre que habia sido en otro tiempo mi rival, y que recordaba siempre con amargura los medios que habia empleado para robarme el cariño de vuestra madre, principió á atormentarla cruelmente con sus zelos y sus injustas desconfianzas, sin que ella, inártir de sus deberes, pensara nunca en quejarse. Entonces yo, sacrificándome á su reposo, me desterré de nuevo voluntariamente, y abandoné la

España, despreciando el duelo á que diariamente me provocaba la cólera del duque. Mientras yo recorría solo la Argelia, nacisteis vos, y vuestro nacimiento y vuestro mismo nombre, que debiera haber sido prenda de reconciliacion para ambos esposos, fué la causa inocente de una persecucion mas sangrienta de parte de vuestro padre. ¿Adivináis, Esperanza, la idea que se habia apoderado de su cerebro trastornado por los zelos?... Creyó en su culpable ceguedad que vos no erais su hija...

= Caballero!...

= Ya veis como os atormento...

= Oh, concluid por Dios...

= Sí, preciso es concluir... Tened valor para oirme hasta el fin. No contento, pues, con calumniar á vuestra madre, se atrevió tambien á decirle que era yo... yo... vuestro padre.

Esperanza se ocultó el rostro entre las manos y lloró en silencio. El príncipe continuó, como si temiera que le faltase el valor para concluir su confidencia.

= Estos detalles solo me fueron conocidos cuando corrí á Florencia á recibir los últimos suspiros de aquel ángel que murió per-

donando á su verdugo... Pasaron luego algunos años, y mi destino me condujo de nuevo á esta Villa, donde tantos tormentos habia experimentado, y que me reservaba aun otros mayores. Aquí me ha perseguido constante é implacable el odio del duque. En una conferencia, donde quiso provocar todavía un duelo, que hubiera escandalizado á todo el reino, me propuso un medio, único é irrevocable, ante el cual cederian su resentimiento, sus dudas y sus desconfianzas; medio por el cual la memoria de vuestra santa madre quedaria en su conciencia rehabilitada, y su honor puro y sin mancilla. El medio propuesto no era otro sino un enlace entre su dudosa hija y el hombre objeto de su odio. Entonces, me ha dicho, creeré que no sois su padre... Esperanza, vos en mi lugar, ¿que hubierais hecho?

La pobre jóven no estaba en estado de responder, todo su valor la habia abandonado, y con los ojos bañados en lágrimas, apenas acertaba á comprender la estension de su desgracia.

— No me respondeis, contestó dulcemente el príncipe, ¿os habré acaso atormentado inútilmente, hija mia?

Este epíteto de hija, pareció devolver instantáneamente a Esperanza toda su energía, y dirigiéndose hacia su interlocutor, respondióle con noble altivez.

= Terrible es esa historia, caballero, pero apesar de mis pocos años sabré soportar con valor todas sus consecuencias.

= Comprendéis ahora porque he consentido en pedir vuestra mano?

= Lo comprendo, príncipe: teneis un corazón grande y generoso. Vuestro sacrificio vá mas allá del sepulcro. No seré yo la que retroceda ante el noble objeto que os impulsa. ¿Creeis que no hay otro medio de rehabilitar la memoria de mi madre?

= Ninguno.

= Pues bien; sea: consiento en sacrificar mis mas bellas ilusiones, consiento en quebrantar mis juramentos, y en aparecer falsa y perjura, consiento en fin en olvidar mi amor, ó mas bien, añadió sollozando, en ocultarlo para siempre en el fondo de mi corazón, antes que mi padre siga creyendo que la madre que perdí, no era la mas pura y la mas virtuosa de las mugeres... Dios tendrá en cuenta la inmensidad de este sacrificio, y me lo recompensará algun dia.

= Y yo, exclamó el príncipe, poniéndose en pié con acento inspirado, os juro, noble niña, respetaros siempre como si fuerais mi hija, adivinar vuestros pensamientos y satisfacerlos antes que los formuleis, rodearos del cariño de un padre y de la ternura de un amigo, y dejáros lo mas pronto posible dueña de vuestro corazón y de vuestra mano. Nunca os arrepentireis de haber depositado en mí vuestra confianza.

= Gracias, príncipe, creo en vuestra lealtad.

= Creed, creed en ella; sois para mí doblemente sagrada; vuestra madre al morir me dijo « protejed á Esperanza » y su voto será cumplido.

= Entonces...

= Nada temais; el título de princesa de Reggio os deja libre el corazón. En mí tendréis siempre un padre; nunca un esposo. Acordaos por último, hija mía, que mis días estan contados sobre la tierra. Cuando yo muera, solo ambiciono que recordeis con cariño mi memoria, y unais mi nombre al de vuestra madre en vuestras castas oraciones.

Esperanza se levantó y le tendió la mano. El príncipe la apretó en silencio, y sin añadir

una sola palabra salió precipitadamente del salón.

Luego que dejó de oírse el ruido de sus pasos, la joven volvió lentamente la cabeza hacia la biblioteca, y sus ojos se encontraron con los de Luis, que apoyado en las molduras de la puerta, la miraba con dolorosa ansiedad.

= Luis, exclamó ella bajando la voz y llamándole con un movimiento de cabeza impregnado por decirlo así de melancólica resignación, venid á mi lado, ahora es cuando necesito de vuestro amor.

El pobre poeta, feliz y desgraciado á la vez, amado y sin esperanza de ser dichoso, obedeció, sin embargo, al llamamiento de aquella muger, cuyo corazón era tan hermoso, como noble y puro su pensamiento.

= Aquí me teneis, dijola con voz alterada. ¿quereis mi vida? Oh, cuan feliz fuera si en estos momentos pudiera morir.

= Ingrato! ¿quereis que tenga yo valor por los dos? Me veis abatida, llorosa, avergonzada; poseeis secretos que solo á un esposo se confian: sabeis que no puedo contar con el cariño de mi familia, que estoy sola; sola sobre la tierra, y hablais de morir? Oh... ma-

tadme antes para que nunca podamos separarnos.

— Perdon, perdon, ángel del cielo, cuando, debiera adoraros de rodillas, se atreve mi voz á acusaros... Oh, soy indigno de vuestro amor, despreciadme...

Ella le miró con angélica sonrisa y murmuró casi á su oído.

— No puedo...

Sus negros rizados moviéndose ondulantes vinieron al mismo tiempo á rozar las mejillas de Luis, que se sintió á su contacto desfallecer de amor. Con la mano en el corazón y los ojos casi cerrados, se dejó caer sobre el confidente, pálido y temblando del exceso mismo de su felicidad.

— Esperanza, dijo al fin, yo no sé lo que siento á vuestro lado, pero me parece que es un placer doloroso, imagen del destino que dos aguarda.

— Y bien, retrocederéis ante ese destino que tan obscuro se nos presenta?

— Retroceder yo...? Esperanza, no sabéis que sois para mí el cielo, la tierra, el genio, la inspiración, la felicidad... todo cuanto existe de grande, puro, noble y hermoso en el mundo? El día en que me faltara vuestro

amor, seria el último de mi vida.

— No os faltará.

— Pero, y ese príncipe...? Será para vos un padre?

— Lo será. Es un corazón digno de los tiempos heroicos.

— Y, sin embargo, dudo... Esta duda va á ser un tormento insoportable.

— Luis; sin él no hay amor. El día en que dudeis de mí, habreis dejado de amarme.

— Nunca.

— Pues bien, confiad en la muger que os ama. Si el príncipe olvida su palabra, Esperanza sabrá cumplirla.

— Os creo, y veré ya sin temor llegar el día de vuestra boda.

— Ese día no estaremos tampoco separados.

— ¿Qué decis?

— Mirad... he pensado que seríamos felices si esa noche pudiéramos hablarnos. Vuestra entrada en nuestros salones os está vedada, pero no en éstos que serán siempre míos, aun cuando cambie de estado. Voy á exigir como condicion precisa de mi matrimonio, seguir viviendo aquí mientras estemos en Ma-

drid. El sábado os entregaré la llave del jardín, y en la noche del domingo entrareis sin temor y me esperais en este salon. ¿Estais ahora mas tranquilo?

Luis por única respuesta llevó á sus lábios la mano de la duquesa.

Cuando ambos jóvenes se separaron, creyeron, fuertes con su amor, poder desafiar la suerte y vencerla.

Feliz aquella edad en que aun creemos en la omnipotencia de ese amor.

CAPÍTULO XVI.

La noche de boda.

El matrimonio del príncipe de Reggio con Esperanza, produjo al recorrer los círculos aristócraticos de Madrid una sensasion profunda. Los que habian llegado á penetrar el secreto de los disgustos domésticos del duque,

y sabian el ódio irreconciliable que profesaba al príncipe, no acertaban á comprender la causa de este proyectado enlace. Unos creian que, diestro el duque en aumentar su crédito é influencia, y aprovechándose de la súbita passion, que segun decian, se habia apoderado del viejo napolitano, sacrificaba á esta union unos zelos, que no tenian ya obgeto. Otros pensaban, que hallándose en muy mal estado las rentas del duque, y siendo inevitable una bancarota, habia consentido en ceder á su hija, mediante una gruesa cantidad de dinero, destinada á sacarle de apuros. No faltaban algunos que hacian intervenir la política en esta union, dándole una gran importancia, y designando la mision secreta de que el príncipe estaba encargado, tan pronto como se aliase á una poderosa casa española. En fin, por muchos dias no hubo suposicion, por absurda y disparatada que fuese, que no circulara en la alta sociedad, en los cafes y hasta en los paseos. Sin embargo, como suele á veces suceder, nadie acertó con el verdadero motivo que imputaba al duque, y su odiosa venganza quedó por entonces oculta á las profanas miradas del público.

Uno de los que manifestaron mas ruidosamente su sorpresa, fué el marquesito de Breñañiel, sobrino del duque, y apasionado amante de Esperanza; cuando lo supo se dirigió á su madre, la declaró su amor, y rogó y suplicó que obtuviera una próroga al enunciado enlace, asegurándola que la jóven no podia obrar de su libre y espontánea voluntad, pues le constaba positivamente que le preferia á todos los que hasta aquella época se le habian declarado.

Su madre, deseosa de complacerle, y no disgustándole este casamiento con su linda sobrina, habló al duque su hermano, indicándole los deseos y pretensiones de su hijo. Entonces supo con admiracion que Esperanza consentia en el matrimonio con el príncipe, y deseaba y queria que se efectuara á la mayor brevedad.

Cuando el marqués conoció el resultado de su peticion, blasfemó, juró, rompió todos los vasos de porcelana, que adornaban sus salones, desgarró sus guantes, maldijo á todas las mugeres, y prometió solemnemente tomar de este agravio la mas completa venganza que recordaban los anales del drama.

Segun hemos dicho, el casamiento debia verificarse el domingo inmediato, esto es al cuarto dia de la conferencia que hemos referido en nuestro capitulo anterior. Y así sucedió el duque que desde luego estaba seguro del buen éxito de su plan, habia tomado de antemano sus disposiciones para que nada faltase de lo que la costumbre y el alto rango de los contrayentes exigia en tan solemne ocasion, y por consiguiente, no hubo obstáculo que entorpeciese la ceremonia.

Mientras ésta se verificaba en los salones del palacio de Castelsoro, con asistencia de los principales deudos de la familia, Luis penetraba en el jardin con vacilante paso.

Apesar de cuantas seguridades le daba el amor de Esperanza, entre las que no era la de menos importancia su entrada á aquella hora en las habitaciones de la jóven; su corazon se hallaba torturado por el agujon de los zelos; el pensamiento de que la duquesa pertenecia ya á otro hombre, aunque éste fuese el mas noble y generoso de los mortales, era una idea que no le dejaba un momento de tranquilidad.

Triste y abatido, con el semblante pálido

y demudado, encendidos los ojos y la frente inclinada al suelo, habia pasado en su cuarto los tres dias que le separaban de la noche del domingo. En vano su amigo Felipe se aventurò á distraerle, recordándole sus triunfos literarios; en el aspecto del jóven conoció que la herida era demasiado profunda para obtener en aquel momento una inmediata curacion.

A la hora indicada Luis saltó sigilosamente de su casa, y llevando en la mano la llave del jardin, que no se habia apartado un solo instante de su lado, se acercó al palacio del duque y reconociendo apesar de la oscuridad la solitaria tápia, donde se abria la puerta, penetró por ella en el jardin.

La noche estaba fria y nebulosa; un viento helado soplando del Guadarrama, traia en sus alas un hálito de muerte para los incautos que sin las debidas precauciones lo aspiraban en las calles de Madrid. Principiaba á caer una lluvia fina y silenciosa que mas bien que agua parecia vapor.

Las calles del jardin enteramente desiertas, ofrecian un piso alfombrado de hojas secas que devolvian un eco lúgubre á las pisadas de Luis. Los árboles, cual descarnados

espectros estendian en todas direcciones sus brazos, sobre los que brillaban á intervalos algunos copos de nieve, que el viento balauceaba un instante para arrojarlos al suelo.

A lo lejos se veia el reflejo de las mil antorchas que iluminaban los salones del palacio, y se percibia confusamente el ruido de los carruages que se agolpaban al vestibulo.

Sin embargo, el ala del edificio adonde Luis se dirigía, parecia estar envuelta en el silencio y en la soledad; ni una luz alumbraba sus balcones, ni el menor movimiento revelaba la presencia de un ser animado.

El pobre poeta suspiró profundamente, y subiendo una escalerita que le era bien conocida, atravesó una galeria estensa, y debilmente alumbrada, llegando sin tropiezo al salon donde diariamente le recibia Esperanza.

Cuando llegó á aquel sitio, que tan dulces recuerdos tenia para su corazon, se dejó caer sobre un asiento y cerró involuntariamente los ojos. Quería sustraerse á la dolorosa realidad que le abrumaba, y al indeciso y obscuro porvenir que entreveía en su pensamiento. Pero se esforzaba en vano; los sueños que antes forjara, y que embellecieron tantas veces las bellas horas de su soledad,

huían ahora como blancas nubes que desgarrara furioso el huracan.

Otro que amara menos á Esperanza, ó mas bien, que no la amara tan pura ni intensamente, se hubiera considerado feliz con la posicion que ocupara en el corazon de la jóven. La misma confianza de ésta, y la cita que en aquella misma noche le diera, hubiera sin duda alguna satisfecho á un amante menos exigente. Pero Luis no amaba como los demas hombres. Cuando pensaba en Esperanza, ninguna idea que no fuese noble y pura venia á manchar su pensamiento. Su amor participaba de la castidad de los ángeles, y era en un todo digno de la muger que se lo habia inspirado.

La sala en que, segun acabamos de decir, habia entrado Luis, se hallaba ricamente adornada, y decorada de nuevo; numerosas bugias ardian en preciosos candelabros de plata artísticamente cincelados; olorosos y delicados perfumes bañaban la atmósfera, y el suelo primorosamente alfombrado amortiguaba el ruido de las pisadas, sin que, apesar de esto, se viese persona alguna en los aristocráticos sillones. La soledad mas completa reinaba en aquella parte del edificio.

Luis, siguiendo las instrucciones de Esperanza, despues de detenerse un breve rato en aquel sitio abrió la puerta de la biblioteca y atravesando esta pieza, donde habia estado ya oculto cuando oyó la terrible confidencia del principe, penetró en una pequeña antesala, misteriosamente alumbrada, y desde allí empujando suavemente una puerta, se encontró de improviso en la alcoba de la jóven.

Nunca Luis habia osado llegar hasta allí; ni la profana mirada de ningún hombre se habia detenido jamás sobre ninguno de los objetos que componian el mueblage del aposento, despues que habian sido allí colocados. Una lámpara de alabastro colgada de la bóveda, esparcía una dulce y vaporosa claridad sobre todos los ángulos de la pieza. Los colores blanco y azul de cielo dominaban esclusivamente en las cortinas y demas adornos que llenaban con profusion y buen gusto las paredes. Los muebles eran pocos, pero sencillos y elegantes. Una alfombra en la que se hundian los pies, cubria todo el piso. A un lado una chimenea de mármol con ricas molduras, conservaba templada y suave la temperatura. En medio del aposento se elevaba el lecho virginal de la jóven cubierto púdica-

mente con una magnífica tela, blanca también y azul, festoneada de oro. Aspirábase al entrar en este sitio un aire impregnado de voluptuosa castidad, que infundía en los sentidos una turbación, que pudieramos llamar dulce y tranquila.

La mirada de Luis recorrió con angustiosa admiración todos los objetos, antes de traspasar el umbral, y en seguida, temblando como un niño se fué acercando al lecho. Parecíale que la sombra de Esperanza le seguía por do quiera, y hasta creyó por un momento, que todo era un sueño, y que iba á encontrarla dormida. Vana ilusión, el lecho estaba vacío, y la soledad más completa también allí reinaba. Entonces volvió á cerrar cuidadosamente la puerta, dejó caer el tapiz que la cubría, y vino á sentarse en uno de los mullidos sillones que estaban junto á la chimenea.

Un reloj dió lentamente las once. Sus cadenciosas vibraciones resonaron en el corazón de Luis como el toque de agonía. Acercábase el momento en que habían de llegar los novios. Entretanto con la cabeza oculta entre sus manos y conteniendo apenas los latidos de su corazón, esperó resignado á que

se cumplieran las promesas de la jóven.

Cada minuto parecía un siglo. De vez en cuando levantaba su frente calenturienta, y la fijaba con angustia en el reló, admirándose de que la manecilla se moviera con tanta lentitud.

Habían dado ya las once y media, cuando de pronto se puso en pié: un ligero rumor de voces habia llegado á sus oídos, y temiendo haberse engañado, se acercó precipitadamente á la puerta de entrada. Entonces pudo reconocer la voz de Esperanza y la del duque, que parecían acercarse á aquel sitio. No habia tiempo que perder; el momento supremo habia llegado.

Siguiendo siempre las instrucciones de la duquesa, corrió á ocultarse entre las tupidas cortinas del lecho, y allí esperó el desenlace de tan singular escena.

No bien habia efectuado este movimiento, cuando la puerta se abrió suavemente, y á la dudosa luz de la lámpara creyó descubrir las facciones de Esperanza, realizadas por un magnífico prendido, donde brillaban los diamantes como estrellas, sobre el negro azabache de sus cabellos. Seguiala su padre y cerraba la marcha el príncipe, vestido sen-

cillamente de negro, y sumamente pálido.

El duque se detuvo en medio del aposento, y abrazando con verdadera ternura á su hija, la besó en la frente, diciéndola afectuosamente:

—Hija mia, recibe mi bendicion, y quiera el cielo hacerte tan feliz como lo merecen tus virtudes.

Esperanza se inclinó, mas blanca que el vestido que llevaba, y recibió en silencio la bendicion de su padre. Este en seguida, despues de apretar convulsivamente la mano del príncipe, se retiró dejando solos á los esposos.

Siguióse un momento de penoso silencio. La jóven, despues de echar una furtiva mirada sobre las cortinas del lecho, se dispuso á hablar, pero un rápido movimiento del príncipe, señalándole la puerta, le cortó la palabra. Sin duda temia que el duque, desconfiado siempre, quisiera sorprender el secreto de su entrevista. Esperanza, avergonzada de esta sospecha, que creia, sin embargo, muy verosímil, enmudeció y esperó á que el príncipe se acercára de nuevo á la puerta y comprobara la certeza de su fundada suposicion. Pero éste volvió en seguida y toman-

do asiento en el mismo sillón que había dejado Luis, indicó otro á su esposa, y el diálogo principió de esta manera:

— Preciso es precavernos del duque, hija mia, porque de lo contrario inútil habrá sido vuestro generoso sacrificio.

— El recuerdo de la venganza de mi padre, y del objeto que la motiva, hace mas doloroso ese sacrificio.

— Lo comprendo. Apenas entrada en la vida, con el corazón lleno de ilusiones, é impregnada el alma de castos y puros ensueños, habeis de improviso penetrado en el fondo de un pensamiento animado por las mas ignobles pasiones, y ante ese espectáculo, para vos desconocido, retrocedeis con disgusto y repugnancia. Valor, hija mia, el olvido es el único bálsamo que Dios ha dejado para los grandes dolores, olvidad.

— Al presente seria imposible, principe, talvéz el tiempo me traiga ese consuelo.

— Sí, no lo dudeis; toda accion hermosa lleva en sí misma su galardón; vuestro heroico sacrificio será algun dia recompensado, y los ensueños que hoy creéis perdidos torparán, y las ilusiones que esta pasajera nube ha oscurecido, volverán tan bellas y radian-

tes, como en los primeros días de la infancia.

= Dios escuche vuestras palabras...

= Tened confianza en mí, y acordaos de que Dios ha puesto en mis manos vuestra felicidad; este depósito sagrado os lo devolveré algún día libre de las nubes que hoy lo oscurecen.

Dijo, y levantándose le tendió la mano.

= Esperanza, añadió, conservad de mí un buen recuerdo, es el único deber que quisiera imponeros. Dormid tranquila; nadie, ni ahora ni nunca, turbará vuestro inocente sueño.

Al concluir estas palabras se dirigió hacia una puerta opuesta á la de la entrada y oculta bajo la tapicería.

= Este es mi cuarto, continuó diciendo, porque así lo ha dispuesto vuestro padre: cuando estemos en mi palacio de Nápoles, vos misma lo arreglareis de otro modo.

La jóven se puso en pié y despidió á su esposo con una ceremoniosa reverencia.

La puerta se abrió, y el príncipe salió del dormitorio.

Entonces, sin detenerse, se acercó á la tapicería, la levantó, y corrió un pequeño

cerrojo que habia por la parte de dentro. Tranquila ya por este lado, volvió rápidamente la cabeza y se encontró junto á Luis, que la habia seguido, abandonando su escondite.

Esperanza estaba radiante de hermosura. Un magnífico vestido blanco con blondas de rico encaje de Bruselas, realzaba la resplandeciente blancura de su cuello, y de sus brazos, maravillosamente torneados. Una corona de brillantes, regalo del príncipe, y joya digna de una reina, sujetaba su peinado, sencillo, con la suprema sencillez de la elegancia. Sus ojos negros, grandes y rasgados, parecian aquella noche mas vivos y mas hermosos. La escitacion producida por las diversas escenas, que se habian sucedido con tanta rapidez, para llegar á colocarla en la situacion especial en que se encontraba, prestaba á sus mejillas los colores de la fiebre, y á sus ojos un brillo sobrenatural. Luis la contemplaba mudo de admiracion y de entusiasmo; hubiera querido adorarla de rodillas.

La jóven al verlo se detuvo, y respiró, como si por falta de aire hubiera estado próxima á ahogarse; luego mas tranquila se le acercó y le dijo en voz baja.

— Estais satisfecho ?

Luis, por única contestacion, se postró á sus pies y besó la orilla de su vestido.

= Ya veis como sé cumplir mi palabra.

= Oh, bendita seais, murmuró Latis.

= El mundo nos separa, pero el amor nos une. Mi dicha en lo sucesivo será soñar, pensar en vos. Viviremos separados, pero vuestro será mi pensamiento como lo es mi corazón.

= Callad, callad Esperanza, si no quereis que muera de felicidad.

= Ya sabéis, amigo mio, la historia de este matrimonio impio que me condena á una eterna desventura. Muchas veces en estos últimos y tristes dias me he preguntado con que derecho me hacen víctima mi padre y el príncipe de sus encontradas pasiones. Este sacrificio superior á mis fuerzas ¿no me coloca en una posicion peligrosa para el cumplimiento de mis deberes? A mi edad, sola, sin madre que me guie, sin padre que me aconseje, sin un hermano que me ame y proteja, dueña de mis acciones, unida á un hombre á quien respeto, pero á quien nunca podré dar mi corazón ¿que seria de mí sin el apoyo de vuestro amor?

= Esperanza...

—Oidme un momento, y vereis lo que he pensado. Yo creo que vos no me amais, como otros aman; si así no fuera, no estaríais en este momento á mi lado. Ese sentimiento dulce y tranquilo, que inunda el corazón de felicidad, don de los cielos, emanacion del mismo Dios, no contiene en nosotros un solo átomo de impureza. ¿No es verdad?

— Leeis en mi corazón.

— Porque he leído en él, os amo. Así estoy convencida que me ayudareis á velar por mi honor, que respetareis el cumplimiento de mis deberes, y que sabreis esperar á mejores dias, si es que Dios quiere recompensar acá en la tierra la pureza de nuestro mútuo amor. Vos no sereis para mí un lazo de perdicion, nó, sereis por el contrario el apoyo de mi horfandad, el sosten de mi virtud, la esperanza de mi futura dicha. Vuestro recuerdo y vuestro amor serán mi defensa en ese mundo donde voy á entrar; mundo rodeado de escollos, y agitado por el soplo envenenado de ruines pasiones que comprometen á cada paso á las que, jóvenes como yo, se casan solo por miras de interés, de especulacion ó de odio. Mi confianza en vos es ilimitada. Leo en vuestros ojos, que sabreis correspon-

der á ella.

= Siempre.... siempre... eternamente. Mi pensamiento, es el reflejo del vuestro. Os amo tanto, que me juzgaria feliz con tal que pudiera oír solo el sonido de vuestra voz. Deberes teneis muy penosos de cumplir; lo sé, y no seré yo nunca quien os pida su violacion. No por eso, Esperanza, seremos menos felices. Aislados en medio de ese mundo que ignora nuestro amor, gozaremos de inefable dicha, al cruzar una mirada de nadie comprendida, ó al cambiar una sonrisa incomprensible á todos. Confiado en el porvenir seguiré escribiendo para el público, y gozareis con mis triunfos literarios, así como yo me enorgulleceré cuando vea al mundo postrado ante vuestra espléndida hermosura. ¿Habrá placer que pueda compararse al que yo experimentaré en esos momentos, cuando todavia me parece un sueño tanta dicha, y piense que toda esa hermosura es mia, exclusivamente mia? Oh, temo despertar; si es una ilusion, Esperanza, dejadme siempre dormir.

= Mirad en donde estais, y atreveos á dudar.

= Cuando estoy á vuestro lado nunca dudo.

= Entonces será necesario hacer que dudeis lo menos posible....

= Si viviera siempre á vuestro lado, jamas dudara. Mirad; cuando antes queria padecer menos, cerraba los ojos y os veia con los ojos del alma; entonces soñaba despierto que erais conmigo tan buena como lo sois ahora, soñaba con vuestro amor, como sueña el avaro con su tesoro, el enfermo con la salud, el sediento con el agua. Y si esa felicidad era la aspiracion única y constante de mi vida, ahora que la poseo, ¿quereis que no dude?

= Yo me encargo de que no volvais á soñar.

= Oh, nó, dejadme ese consuelo... antes soñaba con vuestro amor, ahora soñaré que no sois princesa de Reggio...

= Tanto odiais mi nuevo título?

= Para mí nunca existirá la princesa de Reggio, sino Esperanza de Castelsoro; á esa y nó á la otra es á quien amo.

= Así debe ser; amad esa muger que ya ha desaparecido, y que me recuerda tiempos mas felices...

= Esos tiempos no han venido, vendrán, si Dios quiere, algun dia... Cuando la prin-

cesa de Reggio vuelva á llamarse Esperanza, cuando sus deberes no la alejen de mi lado, y cuando yo, encumbrado á otra posición á fuerza de constancia y laboriosidad, pueda sin avergonzarme pisar sus régios salones, entonces podremos olvidar lo pasado y mirar sin temor el porvenir.

— No formemos hoy planes, que puedan ser mañana ilusorios, entreguémonos en brazos de la providencia, y hagámonos dignos de merecer nuestra soñada dicha. Con fé y con amor se puede desafiar al mundo. Valor, amigo mio, y luchemos con nuestra mala suerte.

Al decir esto le tendió su pequeña y alabastrina mano, que Luis estrechó en las suyas con creciente emoción.

— Os dejo, añadió éste despues de un momento de silencio y llevando la mano á sus labios, os dejo, Esperanza, porque he bebido ya la vida en vuestros ojos... Amadme siempre como yo os amo.. ni pido ni quiero mas...

La jóven le miró, sonriéndose con una de esas sonrisas indefinibles que se escapan al pincel del analista, y que solo saben formar los labios de una muger que ama, y lleván-

dole hasta la puerta, le dijo al despedirse:

—Acordaos siempre de mi nombre; la esperanza es el bálsamo que Dios nos ha dejado en los grandes infortunios de la vida; que ella sea en nuestras horas de prueba el fanal que nos guie. Su luz no podrá engañarnos; yo os lo fio.

Luis se alejó loco de amor.

CAPÍTULO XVII.

El baile de máscaras.

Mientras tenían lugar los acontecimientos que vamos refiriendo, otros sucesos de mayor importancia, se desarrollaban en escala mas vasta.

Principiaba el año de 1848, y la sorda agitacion que conmovia á los pueblos de Europa, se hacia mas intensa y profunda, á medida que los triunfos parciales de la revo-

lucion obtenian un eco que la prensa aumentaba con sus diarias publicaciones. La península italiana era como ha sido siempre el campo de batalla en que iban á chocar los dos principios que se disputan el gobierno de las naciones. Allí estos principios se hallaban representados por partidos, cuya animosidad habia llegado al último grado de exasperacion con la ocupacion austriaca, detestada de todos los italianos. El reino de Nápoles, aunque situado lejos de la frontera del reino lombardo-veneto, no por eso sentia menos el empuje de las pasiones revolucionarias que fermentaban en el corazon de todos los patriotas. Deseábase adquirir un gobierno constitucional, y luego marchar unidos contra el enemigo de la unidad italiana simbolizado entonces por el imperio de Austria.

El rey de Nápoles colocado por sus afectos de familia, por su política tradicional, y por sus inclinaciones, en oposicion con los principios que se querian hacer triunfar y vacilando entre el disgusto de hacer la guerra al Austria ó cargar con la impopularidad que en caso contrario le esperaba, no sabia como conjurar la tormenta y vacilaba entre estos escollos, ambos para él muy peligrosos. La

sublevacion de la Sicilia hacia aun mas apurada esta situacion. En tan duro trance, y previendo que el revuelto mar de las tempestades políticas, suele con frecuencia ser muy difícil de calmar, se acordó de su antiguo y leal consejero el príncipe de Reggio, nombre muy popular en Nápoles, y resolvió llamarlo inmediatamente á su lado.

Al recibir el príncipe este despacho en Madrid, y apreciando en su justo valor la gravedad de las circunstancias, resolvió sin pérdida de momento trasladarse á la costa de Nápoles, donde le llamaba su rango, sus principios, su patriotismo, y la confianza y amistad de su soberano. La rapidez del viage, y el estado inseguro de la Italia, no permitió al príncipe llevarse como lo hubiera deseado á Esperanza, por lo cual se determinò, de acuerdo ambos, que, tan pronto como se sosegara el estado alarmante de los negocios, iria con él á reunirse en Nápoles.

Un mes habia transcurrido despues de este viage. La fuerza de la opinion pública abiertamente manifiesta en aquel pais, habia obligado al rey á indicar las bases de una constitucion que fué definitivamente proclamada el 11 de Febrero.

Mientras esto sucedía, la tranquilidad y el orden mas completo reinaban en España; el alegre ruido de los bailes de máscaras, empezaba ya á anunciar la aproximacion de los Carnavales.

En una de esas noches en que la poblacion madrileña acude ansiosa á los teatros, convertidos provisionalmente en salones de baile, para entregarse á una loca alegría, el marquesito de Breñañiel, á quien ya conocen nuestros lectores, se paseaba con marcada impaciencia en un pequeño gabinete amueblado con extrema sencillez, estrujando entre sus manos un billete.

Algunas frases entrecortadas salian de sus labios, que pueden darnos idea de lo que sentia en aquel momento aquella aristocrática cabeza.

= Mucho tarda... estas mugeres cuando tratan de engalanarse son insufribles... Si llegara á pasarse la hora...

Y miraba con inquietud su magnífico reloj...

= Nó; aun es temprano, ella no debe ir tan pronto... y sin embargo.

Esto diciendo desdobló el billete que talvez abria por la centesima vez y leyó lo que

sigue.

« Querida amiga; estoy triste y quisiera distraerme. Para atacar esta tristeza que me abruma, me ha ocurrido hoy un capricho original, que deseara ver realizado. Si no tienes inconveniente y te ofreces a acompañarme, podríamos ir al baile público, que se anuncia para esta noche en el teatro del Circo, quedando de tu cuidado la elección de dominó y antifaz. Si aceptas, iré en mi coche á buscarte, que nos aguardará luego con un criado de confianza y mi aya en la plazuela del Rey.

Esperanza. »

El marquesito dobló el billete, y se quedó un momento pensativo.

— No hay duda, dijo, este billete es un tesoro... poseo un secreto de mi primita la princesa, que va á proporcionarme una venganza tan dulce como merecida... Sin embargo, tal vez fuera mejor mi primer plan... Si la comprometo en el baile ocultamente, y en seguida me presento como su salvador, el reconocimiento de ella será proporcionado á la importancia del servicio que le presto, y

entonces quien sabe si en lugar de una venganza tonta, obtengo su amor y...

Una sonrisa indefinible completó la frase del presuntuoso caballero, que tornó á pasearse con marcada impaciencia.

— Si, si, decia, esto es lo mejor, y para eso Clotilde me servirá sin que pueda adivinarlo. Es un plan digno de un drama de Victor Hugo. Preciso es, sin embargo, obrar con suma prudencia, ella es astuta, y no es fácil engañarla. Aquí de toda mi diplomacia. Pero, esta Clotilde que no viene... Clotilde, Clotilde...

Y alzando la voz se acercaba á un gabinete que se abria á la derecha, cuya puerta empujó.

Entonces á la misteriosa luz de un velon, una jóven, en cuyas facciones seria fácil reconocer, las de la mendiga á quien Luis salvará del suicidio en el paseo de Atocha, se presentó con un sencillo vestido de gró negro, y un dominó rosado de seda con bionda de tul tambien negra, y antifaz del mismo color en la mano.

— Crei que nunca acabaras, dijota el marqués con desabrido tono, son ya las once y el baile habrá empezado.

= Perdona, Felix, respondió la jóven con triste sonrisa, estuve durmiendo á nuestro hijo, y no he querido vestirme mientras le vi despierto. ¿Quieres verle?

= Nó, nó, otra vez será, es ya muy tarde.

= ¿Tanto te divierte un baile de máscaras?

El marquesito se mordió los labios y contestó:

— No es precisamente que me divierta á mí, sino que deseo que tu disfrutes tambien de los placeres de la corte.

= Mi felicidad está cifrada en verte; si lo haces por mí, quedémonos en casa.

= Esta noche es ya imposible: me he propuesto que asistas á ese baile, y el coche nos espera ya á la puerta; con que en marcha, y deja á un lado toda observacion.

La jóven callò y siguió, en silencio los pasos de su amante.

Un cuarto de hora despues, los dos entraban en el salon principal del baile; ella con su antifaz en la cara, y él vestido de sociedad, sin disfraz alguno.

Hallábase el baile en uno de los momentos de mayor animacion. Una concurrencia

inmensa llenaba los pasillos, las galerías, los palcos y los salones de descanso. Al compás de una orquesta de sesenta profesores, moviábase un centenar de parejas bailando un animado y cadencioso vals. El marqués, después de dar una vuelta por el salón, examinando de paso todas las máscaras de domino, se dirigió á uno de los palcos cuya llave llevaba en el bolsillo, lo abrió y haciendo sentar á la jóven junto á la regilla que la ocultaba á las miradas del público, la dijo:

— Espérame aquí que nadie vendrá á molestarte; voy á hablar con algunos amigos y pronto estare de vuelta. Si quieres ver el salón, descotre un poco la cortina, pero no abras á nadie mientras no oigas mi voz.

La jóven suspiró en silencio, y obedeció con triste resignacion.

El marqués, libre ya de este cuidado, entró en el café, colocado en uno de los salones de descanso, y allí se reunió con varios de sus amigos que alegremente vaciaban algunas botellas de esquisito vino.

— Bravo, bravo, exclamaron todos al verle, aquí viene Breñasiel.

— Siéntate, dijo uno, y colócate si puedes á nuestra altura.

= Vamos, le gritaba otro, anega en vino los cuidados... Parece que estás triste...

- Yo... no, contestó el marquesito sonriéndose ligeramente.

= Cualquiera diría que andas preocupado.

= Bah, tontería... bebamos y que siga la broma.

= Viva el carnaval, aullaron todos á una voz.

Y los vasos llenos hasta el borde chocaron entre sí con estridente son.

= Que tal el baile? preguntó el marqués con afectada indiferencia.

= No falta animacion.

= Que género domina?

= El género griseta...

= De verás? Me alegro.

= Sin embargo, añadió otro, hay bastantes distraces sospechosos.

= Sospechosos...?

= Pues... de ciertas y determinadas clases.

= No os entiendo...

= Explicaos...

= Quiero decir que me ha parecido reconocer ciertas casadas, cuyos maridos no ha-

brán por cierto concedido su licencia á esas lindas palomas para dejar su nido

= Partícipo de tu opinion, añadió entonces el marqués, pues yo tambien creo haber observado una pareja, que en el talle y en el garbo, se me parece á dos jóvenes lindísimas á quienes todos conocemos.

= Eh... que dices... cuenta, cuenta...

Y agrupándose todos, rodearon al marqués.

= Tal vez sea una suposicion, continuó diciendo, porque una de las jóvenes á quienes me refiero, es recién casada y tiene su marido ausente... en Nápoles...

Al oír esto se miraron todos con profunda admiracion. La persona á quien el marqués aludia era tan fácil de adivinar, y se hallaba colocada tan alto, que vacilando entre el respeto, y el placer del escándalo, todos enmudecieron por algunos instantes.

A este silencio, sucedió un cuchicheo general, hablábanse los jóvenes entre sí, y cambiaban medias palabras de esas que matan con un soplo una reputacion. Entretanto, solo un joven periodista se aventuró á levantar la voz.

= Si no me engaño, dijo, os referis á

una hermosa señora muy conocida en los altos círculos de la corte, cuya belleza hemos podido admirar todos en la última temporada.

El marqués se sonrió.

= ¿Teneis pruebas? añadieron algunos.

= Tal vez...

= Imposible exclamó el periodista con enojo.

= Paréceme que dudais, contestó con tono impertinente el marquesito.

= Ya se ve que dudo...

= De modo que...

= Necesito pruebas, y aun digo mas...

Me atrevo á apostar una cena para todos los que estamos aquí reunidos, y que pagareis vos si no probais lo que decís, así como yo me comprometo á otra igual, si salgo equivocado. ¿Aceptais?

= Acepto.

= Bravo, bravo, gritaron todos poniéndose en pié, nosotros somos el tribunal, nuestra sentencia es inapelable... búsquese el reo.

Entonces el marqués impuso silencio y dijo.

= Ya comprendéis la dificultad de la em-

presa. Para obtener un buen éxito, y evitar el escándalo, es preciso moderar un poco vuestra impaciencia y dejarme en libertad de obrar, yo os avisaré cuando sea tiempo. Permaneced aquí, mientras voy yo á explorar el campo.

= Prueba plena... exclamó el periodista.

= Completa...

Y diciendo esto el marqués se alejó, buscando con ansiedad el dominó que, gracias á la camarera de la condesa de Santa Rosa habia conseguido marcar con una contraseña de él solo conocida.

Mientras ésta tempestad se condensaba sobre Esperanza, ella con su amiga habia logrado penetrar en el salon, y se mantenia medio oculta entre un tropel confuso de máscaras dispuestas á recomenzar el baile. Como generalmente sucede, la pobre jóven se hallaba aturdida de su mismo atrevimiento, y cast arrepentida del paso que habra dado, apesar de que ignoraba los peligros que corria. La condesa, sin embargo, en su desmedido orgullo, no participaba de los temores de su prima, parecia imposible que nadie se atreviese á dirigirles la palabra, y se creia tan segura como si estuviera en uno de sus pala-

cios feudales, presenciando un baile entre sus vasallos disfrazados para su sola y exclusiva diversion.

La tranquilidad de la condesita, logró al fin calmar la vaga inquietud de Esperanza. Aquel espectáculo tan nuevo y extraordinario para ella, consiguió distraerla un momento, y olvidándose de su posicion escepcional, de su marido y de Nápoles, se entregò completamente al inocente placer que le ofrecia el mágico cuadro que se desarrollaba á su vista.

Cruzábanse en rápida confusion mil variados grupos de parejas de ambos sexos, unos ostentando ricos trages de otras épocas, otros llevando disfraces de fantasia, y los mas con el cómodo y sencillo dominó que se presta á todas las exigencias, y oculta toda clase de aventuras.

Respirábase, por decirlo así, en medio de aquella atmòsfera cargada de vapores, una especie de vertiginosa alegría, que arrastraba á los concurrentes y les predisponia á divertirse sin cuidarse mucho de los medios. La música contribuia con su voluptuosa cadencia á hacer mas decisivos estos efectos.

Ya hemos dicho que las dos jóvenes se

habian sentado en un oculto rincon, detrás de una inmensa cortina de parejas que se sucedian rápidamente girando al compás del vals. Sin embargo, apesar de la posicion que ocupaban, varios jóvenes con máscara y sin ella se les habian acercado invitandolas a bailar, ó dirigiéndolas esas preguntas tontas y vulgares que son el tormento de esta clase de bailes.

Mientras ellas contestaban, ó se reian de los disparates que provocaban sus respuestas, el marqués apareció en el salón, examinando con la vista todos los dominós que se hallaban en el baile. Como para el buen éxito de su plan era indispensable encontrar primero á la princesa, tomó á la izquierda de la sala y fué recorriendo los grupos de máscaras con una impaciencia que revelaba todo el interés que para él tenia esta investigacion. Segun sus informes, las dos jóvenes llevaban vestido de grò negro, dominó rozado con blonda de tul tambien negro, y antifaz del mismo color. Por este motivo habia hecho vestir á Clotilde del mismo modo, esperando sustituir la una por la otra, cuando intentase representar su papel de salvador. ¿Qué le importaba comprometer á su querida? Clotilde

era á sus ojos un mueble de lujo, su perro favorito. Las peripecias del drama las tenía ya preparadas. Proponíase pasear un rato con Esperanza; llevarla á un sitio donde sus amigos pudieran convencerse de la identidad de su persona, sin que ella sospechase la verdad, y luego revelarle en secreto que la habían conocido, y conducirla precipitadamente al coche despues de exagerar el peligro á que su imprudencia la esponia, para de este modo aumentar el precio del favor.

En seguida, y despues de volver á los salones, pensaba conducir á sus amigos al palco donde estaba Clotilde, haciéndoles creer que allí se habia refugiado la princesa, ponerlos luego en acecho y engañarlos con la perfecta semejanza del dominó.

Para concuir la farsa, trataba de quitarle á su querida el antifaz y confesando candorosamente su error, ofrecerse á pagar la apuesta.

Ante un plan tan bien combinado, y de tan fecundas consecuencias, era imposible que retrocediera el marqués. La aventura tenia para él todo el atractivo que puede encontrar un poeta en la composicion de un drama, despues de hallar un argumento que ha con-

seguido seducir su imaginacion.

Desesperado se hallaba, pues, el noble caballero no encontrando por ninguna parte á la heroína principal del drama, cuando al concluir la vuelta del salon, hácia la parte opuesta del punto por donde habia principiado sus investigaciones, descubrió á las dos jóvenes. Necesario le fué llamar en su auxilio toda su presencia de ánimo para no prorumpir en un grito de alegría. Faltábale, sin embargo, reconocer la señal oculta, y convencerse de que no era juguete de una ilusion, y esto fué cabalmente lo que hizo acercándose con afectada indiferencia á Esperanza.

Al verle las dos jóvenes comprendieron lo delicado de su posicion, porque habiendo sido ambas objeto de su amor en épocas distintas, conocian instintivamente que tenian en él un enemigo tan implacable, cuanto mayor era su vanidad y su amor propio.

Propusiéronse, pues, ser prudentes y no descubrirse sino cuando ya fuera imposible todo disimulo.

= Muy solitaria estás, linda máscara, dijo el marqués dirigiéndose á Esperanza.

= Me agrada la soledad, contestó ella fingiendo la voz.

= De modo que mi presencia te parecerá entonces importuna.

= Puedes interpretarlo á tu gusto.

= Muy cruel te encuentro esta noche.

= Comó siempre.

= Eso quiere decir que te conozco.

= Tal vez.

= Y no tienes empeño en ocultarme tu nombre?

= Ninguno, si lo adivinas.

El marqués retrocedió un paso, un tanto desconcertado, pero reflexionando inmediatamente que su prima hablaba con aquella tranquilidad, porque no podia sospechar que él poseyera su secreto, volvió á la carga diciéndola.

= En ese caso creo inútil, que finjas la voz.

= Esa es una suposicion aventurada.

= No tanto, porque tu voz es dulcísima, y la que ahora has adoptado no se parece á aquella.

= De veras?

= Creo que me haces el honor de burlarte de mí.

= Nó... nó; pero eres tan confiado...

= Porque afirmo que te conozco.

= ¿Conocerme tu? imposible.

= Si quisieras admitirme un cuarto de hora por tu caballero y aceptar mi brazo, te daría tales señas, que indudablemente confesarías tu error.

= No puedo... esperamos de un momento á otro á nuestro hermano...

= Ah... sois hermanas...

Y una sonrisa burlona asomó á los labios del marqués.

La condesita que habia oido con marcado fastidio el diálogo anterior, y que no temia en manera alguna á su primo, le contestó sin tomarse el trabajo de ffrujir la voz, ni de disimular su enojo.

= Podias haber comprendido que molestas con tu conversacion.

= Vaya una máscara demasiado... franca.

= Agrádete ó no mi franqueza, debes evitarnos el disgusto de escucharte.

= Ola, ola, con que molesta mi presencia? ¿tendria tal vez la dicha de ser... peligroso?

= Nó, nó, marqués, eres simplemente... fastidioso.

El jóven se mordió los lábios y se puso pálido, porque varias personas de las que atravesaban aquella parte del salon habian oi-

do el diálogo y se acercaban como si husmeasen ya alguna escena escandalosa. Esperanza miraba inquieta á todos lados como si buscase á alguna persona, mientras su prima negligentemente recostada en su asiento clavaba sus brillantes ojos en el azorado semblante del marqués.

= Vamos, dijo éste tratando de serenarse, crees intimidarme con tus palabras, cuando yo sé que me amas.

Una carcajada fresca y sonora fué la respuesta de la jóven.

= Oh, por Dios me vas á desesperar...

= Déjate de tonterías y no pierdas aquí el tiempo. No eres tú el que ablandará esta noche nuestros corazones.

= No? pues aquí me instalo hasta conocer el finz mortal que tal dicha alcance.

Y diciendo esto se sentó junto á Esperanza con la firme intencion de no separarse de ella hasta conseguir la realizacion de su plan.

La condesita le miró un momento con fiijeza, y luego volvió las ojos á otro lado con un aire de supremo desden, imposible de describir.

= Tú no serás tan cruel como tu com-

pañera, siguió diciendo el marqués sin cuidarse del efecto que producía, sabes que te conozco y me precio de ser uno de tus mejores amigos.

Esperanza no contestó.

= Cuando he dicho de tus amigos, debiera haber añadido, y de tus mas ardientes apasionados. Nadie puede verte impunemente... ¡eres tan hermosa...!

Esperanza seguía guardando un profundo silencio. El marqués continuó:

= No es esta la vez primera que te he hablado de mi amor, amor grande, poderoso é inestinguible, que domina mi existencia, que subyuga mi razón, y que acabará por matarme, si continúa siempre tu glacial indiferencia. ¿No me respondes? Tú, tan buena, tan compasiva, me dejarás morir de dolor sin dirigirme una palabra de consuelo?

Aquí hizo el marqués una breve pausa para observar el efecto de su patético discurso, en cuyo intervalo la jóven se levantó haciendo una seña á su compañera que se apresuró á seguirla.

= Ah, quieres guerra, pues la tendrás, murmuró el marqués levantándose también con gesto amenazador.

Pero su furioso despecho se aumentó, cuando en el mismo instante vió que su máscara del dominó rosado tomaba el brazo de su antiguo protegido Luis de Valdesalles, que acertó á pasar por aquel sitio, y en cuyo semblante se revelaba todo el placer con que la recibía.

— Esto es incomprendible, decía el marqués, bramando de coraje, no me queda duda alguna respecto á su identidad, y sin embargo, no acierto á comprender su conducta... despreciarme á mi... por ese poeta... Tal vez no la conozca... pero, y ese modo de hablarse en secreto, y ese abandono con que ella ha dejado caer su brazo sobre el de Valdesalles... Las mujeres son muy caprichosas, especialmente cuando se casan con un viejo... Y bien, ¿ que me importa? Este descubrimiento vale mas que el otro, y muy tonto he de ser yo si no consigo utilizarlo. No les perdamos de vista.

Con tan loable propósito el marqués se apresuró á seguir á las dos máscaras que del brazo llevaba Luis, y que al parecer se dirigian hácia uno de los palcos cerrados, colocados á la derecha.

Luego que les vió entrar en uno de estos

palcos, hizo un ademán de amenaza y volvió al café en busca de sus amigos.

Entretanto, las dos nobles jóvenes contentas de haber escapado á la persecución de su fastidioso primo, descansaban alegres en el palco, mientras Luis en pié y con el rostro radiante de júbilo, miraba en silencio á Esperanza.

La condesita al aceptar el brazo que el poeta le ofreciera, no habia tenido tiempo de reflexionar en la confianza que este movimiento indicaba, tanto de parte de la princesa como de ella. Pero mas tranquila ya en el palco y observando la mirada de Luis, creyó que era ya tiempo de esplicarse con un joven á quien suponía casi desconocido, y que sin duda iba á interpretar torcidamente su encierro en aquel sitio.

— Caballero, dijo, hablando en su voz natural, al ofrecernos vuestro brazo nos habeis prestado un gran servicio, por el cual yo y mi compañera os damos las mas cumplidas gracias, completad ahora ese favor dejándonos solas en el palco... ya comprendereis nuestra posición y...

Un gracioso movimiento de Esperanza interrumpió á la Condesa...

= Nada temas, amiga mia, Luis debe acompañarnos hasta el coche; pues ahora reconozco la imprudencia que hemos cometido en venir solas al baile.

La Condesa se inclinó al oído de su amiga y le dijo.

= ¿Quieres que nos conozca?

La respuesta de Esperanza fué quitarse el antifaz y tender su mano al jóven, mientras su prima llena de asombro se ponía en pié.

= Tranquilízate, añadió la princesa haciéndola de nuevo sentar, Luis es un antiguo amigo de Asturias en quien tengo una absoluta confianza.

= Ah... sí... ya recuerdo... este caballero es el autor del drama...

= Que lleva mi nombre, añadió Esperanza completando la frase de su prima, es un homenaje rendido a la amistad, que yo he aceptado con profundo reconocimiento.

= Quedo, pues, perdonado, preguntó Luis inclinándose con gracia ante sus hermosas compañeras.

= Sí, y podeis sentaros, añadió Esperanza: luego nos acompañareis al coche.

Viendo la tranquilidad de su amiga, la Condesita se quitó tambien el antifaz, y tendió

una curiosa mirada sobre el afortunado poeta, que aprovechándose de su buena suerte, se habia sentado junto á Esperanza. Cualquiera diria que lo observaba como á un ser perteneciente á otra especie y á quien una bondad particular, permitia en aquel momento colocarse tan cerca de ella. Su mirada, sin embargo, sin perder nada de su altanero desden, era afable y conciliadora. Luis podia estar orgulloso de este resultado.

Entretanto Esperanza bajando la voz decia al jóven:

== Cuanto habeis tardado..

== Estoy aquí desde que se abrieron las puertas del teatro, le contestó el poeta, pero por desgracia no os he podido encontrar.. otro dominó rosado igual al vuestro me ha desorientado completamente.

Disponiase Esperanza á contestar haciéndole algunas preguntas sobre el indicado dominó, cuando se oyó en la cerradura de la puerta de entrada, el ruido de una llave que daba vuelta sigilosamente.

Por leve que fuese este ruido, lo oyeron los tres jóvenes, y por un movimiento simultáneo, Luis dió un paso hacia la puerta, mientras Esperanza y su prima se cubrian el

rostro con el antifaz. En el mismo instante la puerta se abrió, y apareció en el dintel un grupo numeroso de jóvenes á cuya cabeza venia el marqués.

— Perdonad, dijo éste al ver á Luis, y aparentando la mayor sorpresa, no creí que *mi palco* estuviese ocupado...

Y acentuó con marcada intencion la palabra subrayada.

— Vuestro palco, caballero... acaso en noche de máscaras se conserva la propiedad ó el abono de estos sitios?

— Ya lo estais viendo, supuesto que tengo la llave...

— Es que yo tengo otra y no comprendo...

— Esperad... ahora me ocurre... tal vez estas máscaras tengan relaciones de amistad con mi familia, y como tenemos dos llaves...

— Caballero, tened la bondad de no aventurar suposiciones respecto á las señoras á quien tengo la honra de acompañar... y ahora si lo permitís, dejadnos el sitio libre vos y vuestros amigos...

Mientras este breve diálogo tenia lugar, el marqués habia avanzado, y se encontraba en medio del palco, obstruyendo sus amigos

completamente la salida. No era difícil adivinar sus torcidas intenciones.

= Ya, ya, contestó con maligna sonrisa, hemos interrumpido una cita amorosa... perdonad, perdonad, señor poeta, nosotros ignorábamos la clase de palomas que estaban en el nido.

= Señor marqués de Breñañel; el burdeos os ha hecho olvidar sin duda con quien y á quien hablais... os suplico de nuevo os retiréis, porque la paciencia tiene también sus límites.

= Hola, hola, amenazas... ¿Qué decis á ésto caballeros?

= Decimos, añadió el periodista avanzando, que D. Luis de Valdesalles, está en su derecho, y nosotros debemos retirarnos respetando el incógnito de estas señoras.

= Eso lo veremos... yo estoy en mi palco, y tomo asiento... á nadie excluyo... esas señoras pueden acompañarnos; tal vez si reflexionan un poco, comprenderán que nuestro brazo vale más que el de un advenedizo...

= ¡Miserable! gritó Luis avanzándose con recocentrado furor. Pero en este momento, los amigos se interpusieron, y Luis sin.

tió que el brazo de una muger se enlazaba al suyo.

= Señoras, dijo el periodista, inclinándose con respeto ante las dos jóvenes, vamos á retirarnos llevándonos al marqués, os suplicamos nos perdoneis esta inconsiderada interrupcion...

La condesa entonces tomando el otro brazo de Luis, con un ademan y un gesto de reina, y sin tomarse el trabajo de disimular su voz, dijo:

= Gracias, caballero, este no es sitio para estar una señora, dejadnos salir, si conservais todavía un resto de delicadeza.

Esto diciendo se adelantó hácia la puerta obligando casi á Luis á marchar en aquella direccion, mientras Esperanza hacia lo mismo por su lado.

Los jóvenes apesar de los vasos de champagne que habian bebido, se apartaron en silencio y dejaron el espacio necesario para que Luis pudiera salir con sus dos máscaras. Entonces el marqués, por un movimiento rápido como el pensamiento, se acercó á la princesa, y llevado del furor de la venganza quizo arrancarle el antifaz, pero el periodista le detuvo casi al mismo tiempo el brazo, di-

ciéndole con un acento que revelaba toda su indignación.

= Marqués... eso es infame...

Luis quiso detenerse, pero las jóvenes lo arrastraron hacia la calle, dejando á su enemigo presa de una cólera furiosa que se aumentaba con el desprecio que le manifestaron en aquel momento todos los que le acompañaban.

Al llegar á la plazuela del Rey, las jóvenes se detuvieron y respiraron con placer el aire fresco de la noche.

Esperanza entonces pudo recobrar el uso de la palabra...

= Nunca me perdonaré, dijo suspirando, semejante imprudencia... es verdad que yo ignoraba los peligros que trae consigo un baile de esta clase...

= Nó, lo que nosotras ignorábamos, replicó la condesa, con voz alterada todavía por la cólera, es que en nuestra familia, hubiera un marqués de Breñasíel...

= Es preciso perdonarlo, añadió tímidamente Esperanza, clavando sus hermosos ojos sobre la frente de Luis que permanecía silencioso. ¿No es cierto, amigo mio?

= Perdonarle!... Oh, yo no soy un ángel

como vos...

= El marqués no ha podido olvidarse de los principios que constituyen el carácter de un español, sin haber antes dejado su razon en esas orgias despreciables que se permiten los jóvenes en estas noches... Yo os pido, en mi nombre y en el de mi amiga que olvidéis esta desgraciada ocurrencia...

= Esperanza... vos, si me estintais, no podeis pedirme eso...

= ¿Y si él os presenta sus excusas...?

= Imposible...

= Isabel y yo nos encargamos de arreglar ese asunto, que es para nosotras personal...

= De ningun modo, señoras... esta es una ofensa pública que exige una reparacion, pública tambien...

= Tranquilizaos, Luis, y tened confianza en nosotras... vuestro honor, no es para mí indifente; yo arreglaré este negocio de una manera satisfactoria á todos; no quiero que por una imprudencia mia vayais á provocar un duelo.

Luis calló. Habian llegado al coche y queria despedirse, pero Esperanza que adivinaba todos sus pensamientos, añadió bajando

la voz...

= Acompañadnos.

= ¡Peró, habeis reflexionado...

= Sí... he reflexionado que no quiero que volvais al baile.

El jóven conmovido, dirigió una mirada de profundo cariño á la princesa, y comprendiendo que tenía tiempo de volver al salon, se colocó al vidrio, y el coche se alejó con direccion al Prado.

CAPÍTULO XVIII.

Un motin.

Son las diez de la noche.

Estamos en un gabinete de estudio ricamente amueblado, perteneciente á uno de los mas hermosos palacios que adornan la calle de Toledo en Nápoles.

Un silencio imponente reina en el salon, interrumpido solo por el crugido de una pluma sobre el papel, conducida con febril impaciencia por un grave personaje vestido de negro, en cuyas facciones podremos fácilmente reconocer las del príncipe de Reggio.

De vez en cuando se oyen á lo lejos algunos sordos cañonazos y descargas de fusilería, que parecen aumentar la velocidad con que el noble caballero traza sobre el papel sus ocultos pensamientos.

Concluido al fin este trabajo, sin que el extraño rumor de los cañonazos haya cesado, se levanta y agita con fuerza una campanilla, á cuyo argentino sonido acude un anciano criado que en pié en el dintel de la puerta de entrada, espera respetuoso que el príncipe le hable.

Entretanto éste habia sellado cuidadosamente el pliego que acababa de escribir y poniéndole la direccion, se acerca á su sirviente.

= Andrés, le dice, vas ahora mismo á salir y á llevar este pliego á mi notario, cuyo nombre y señas te son bien conocidas.

El criado se inclinó.

= No ignoras que Nápoles se halla desde

ayer en plena insurreccion, el negocio que te encargo no está exento de peligros, porque ambos partidos hacen fuego sin distincion, al paisano que encuentran en la calle...

= Señor, el peligro no me arredra...

= Lo sé... tengo en ti entera confianza. Juntos hemos vivido, y no es esta la vez primera que hemos oido el fuego.

= Déme V. E. ese pliego, y dentro de media hora estoy de vuelta.

= Bien, ahí le tienes... llévale con cuidado, que encierra mi testamento... No te asustes... en estos tiempos es bueno estar preparado á todas las eventualidades... Tambien yo voy á salir por la escalera secreta...

= ¿ En coche ?

= Nó. . solo... así tengo mas seguridad de llegar á Palacio... mi puesto está junto al rey...

= Pero, señor...

= Amigo mio, la inesperada llegada de la princesa, mi esposa, me ha hecho olvidar un poco mis deberes, preciso es acordarme nuevamente de ellos...

= Si me lo permitiera V. E. yo le acompañaria, y luego...

= Nó... eso seria vergonzoso para un

viejo militar... vamos, valor, Andrés, también tu comisión es espuesta y no me has pedido escolta.. Separémonos, amigo mio, que la noche avanza...

El viejo visiblemente contrariado, guardó el pliego en sus bolsillos y se inclinó...

El príncipe le deluvo.

= ¿La señora está en sus habitaciones ?

= Sí señor...

= Bien... adios... procura evitar las patrullas... y... hasta mañana.

El criado salió, y el príncipe permaneció un momento pensativo, luego tomando un par de pistolas, una capa en la que se embozó, y su sombrero, abrió una puerta secreta y se avanzó por unos solitarios pasillos que conducían al ala del edificio que ocupaba Esperanza.

¿ Porqué extraña coincidencia se encontraba ésta en Nápoles ?

La respuesta es muy sencilla.

La misma noche en que volvía ella del baile de máscaras, encontró una carta de su esposo en la que el príncipe le hablaba extensamente de los temores de una sangrienta revolución en Nápoles, y del estado de aquel país presa de una espantosa anarquía. En

medio de las cariñosas frases con que iban envueltas estas noticias, se traslucía un vivo deseo de tenerla á su lado, si bien no lo formulaba de una manera que pudiese traducirse como una orden. Esperanza, sin embargo, comprendió desde luego, que su deber era hallarse en aquellos momentos de peligro junto á su esposo, y sin vacilar dispuso desde el día siguiente todo lo necesario para el viage.

¿Temía ella acaso el imperio que su amor iba tomando sobre su razón?

No nos atreveremos á decirlo, solo sí, diremos, que firme en su propósito, lloró ella sola en silencio, pero sin dejarse vencer por los ruegos de Luis, ni por el secreto impulso de su mismo corazón.

Una semana hacía que había llegado á Nápoles, donde el príncipe la recibió como á una hija á quien se adora y á quien no se espera volver á ver.

Instalóla en las mejores habitaciones de su palacio, independientes y apartadas de las que él ocupaba, no sin reñirla por su imprudencia, hallándose como se hallaban los negocios políticos bastante embrollados en aquella época y sin esperanza de una solución

pacífica.

Esta circunstancia había impedido todavía la presentación oficial de la princesa en la Corte, de lo que ella, deplorando la causa, se había alegrado. Las reuniones, los saraos, los teatros estaban entonces casi interrumpidos, el pueblo entregado á las pasiones revolucionarias tan vehementes en la primavera de 1848, no pensaba en divertirse. El monarca por su parte acechaba el momento en que pudiera romper sin compromiso el pacto constitucional.

Continuas asonadas, conatos de sedición habían ensangrentado ya las pacíficas calles de Nápoles; gritos de viva la república y viva el rey absoluto, se habían cruzado en el aire, produciendo estas contrarias opiniones el efecto de dos corrientes eléctricas.

La tempestad se condensaba, y la noche en que nuestro relato vuelve á reanudarse, se esperaba una colisión entre la milicia nacional y las tropas reales.

Ya hemos dicho que á lo lejos se oían repetidos cañonazos y descargas de fusilería.

El príncipe sospechaba que la lucha hubiese empezado, y por eso apresuró el paso para llegar mas pronto á la habilitación de

su esposa.

Esperanza estaba sola y visiblemente conmovida. Sus encendidos ojos probaban que habían llorado. En la mano tenía una carta que guardó al sentir el ruido de los pasos que se acercaban á su gabinete.

El príncipe entró.

Sus facciones nobles y expresivas, revelaban aquella noche una emoción oculta y comprimida, que en vano procuraba disimular. Acercóse con lentos pasos á su joven esposa, y apoyándose sobre el respaldo del sillón, donde ella estaba sentada, le dijo, acentuando con gravedad sus palabras:

= Esperanza, vengo á pedir os un favor.

= A mí, caballero... hablad... pronta estoy á obedeceros.

= No es orden, es súplica...

= Sea lo que fuere, ya sabeis que podeis contar con mi obediencia.

= Gracias, hija mia, gracias... No se trata por fortuna de ningun imposible...

= Os escucho...

= Ya sabeis que el estado del país no es satisfactorio .. La agitacion crece; las pasiones políticas puestas en efervescencia por ocultas manos, enemigas de la verdadera li

bertad, han venido á concentrar sus fuerzas en la capital, esperando un momento oportuno para hacer su esplosion... tal vez ese momento haya llegado ya...

Al decir esto el príncipe, un cañonazo interrumpió su frase é hizo estremecer hasta los cimientos de su palacio. Esperanza se levantó asustada.

= Dios mio, exclamó, ese ruido...

= Es el principio del combate... el pueblo se bate con las tropas y nadie puede adivinar el resultado de esa lucha fratricida.

= Pero, que desea el pueblo...?

= Preguntadle á la tempestad cuando ruge en los aires, las leyes ocultas á que obedece, preguntadle al mar cuando se agita, quien levanta sus olas y le imprime su vertiginoso movimiento... Hija mia, el pueblo en sus momentos de fiebre se parece á la tempestad y al mar, es la espresion de la cólera de Dios... Resignémonos luchando ...

= Ah... vais á salir...?

Y Esperanza observó por la primera vez el vestido y las armas que llevaba el príncipe.

= Mi deber me lleva á palacio. Aunque mis consejos no han sido escuchados, y mi

política encuentra muy pocos prosélitos entre los amigos del rey, debo hallarme a su lado y compartir sus peligros.

— Vuestro nombre, príncipe, es popular, ¿no podríais calmar á los sublevados y arrancar algunas concesiones honrosas á la corona?

— Estais en un error. Esperanza; las popularidades se gastan en las revoluciones con una rapidéz inconcebible... el que era hoy el ídolo del pueblo, mañana es el objeto de su odio. Yo me encuentro en ese caso... mi viage á Nápoles, mis consejos al rey, y el afectuoso cariño que te había manifestado en estas críticas circunstancias, me han enagenado la voluntad y la confianza de los que dirigen las fuerzas revolucionarias. Para ellos soy un traidor, un hombre vendido al poder. Tal vez creen, Dios los perdone, que ambiciono la presidencia del gabinete.

— Y en ese caso que vais á hacer?

— Ya os lo he dicho... voy á palacio, y allí obraré según me aconsejen mi conciencia y mi deber... Entretanto, como ignoro si volveré... tan pronto... no quisiera dejaros en este sitio... Mi casa es muy conocida, y en momentos de revolución puede ser sin obsta-

culo saqueada. No estaré tranquilo mientras no me prometáis alejaros, dejando que mi mayordomo, á quien he dado ya las órdenes necesarias, os conduzca á una quinta que poseo en estos alrededores y donde no correis peligro.

= Y vos?

= Yo, hija mia, me dirigiré á la quinta tan luego como se calme esta agitacion. ¿Me concedereis este favor?

= Pronto estoy á obedeceros.

= Nada teneis que preparar, todo está dispuesto, dentro de una hora os avisarán vuestros criados.

= Gracias por vuestros solícitos cuidados.

Nada teneis que agradecerme, os debo una compensacion por vuestros sacrificios, y mi vida enterá no bastaría á pagar tanto heroismo... Pero, no hablemos de lo pasado... Seria afligirse inútilmente. Adios, hija mia, conservad siempre de mí un buen recuerdo, y otorgadme vuestra amistad...

= Adios, príncipe... velad por vos...

= Ah... se me olvidaba deciros, y perdonad que entre en estos pormenores, pero solo Dios sabe lo que puede suceder, decía

Esperanza, que mi testamento se halla en poder de un notario...

= Príncipe...

= Dispensadme... ya se lo que vais á decirme, pero soy inexorable... si muero, deseo y quiero que dispongais de toda mi fortuna que es inmensa; este será el mayor consuelo que llevaré al sepulcro... No me repliqueis, porque no admito objeciones, es un capricho de viejo, que espero me disimuleis...

= Pero, caballero...

= Si en algo estimais mi tranquilidad, dejadme en libertad de obrar en este asunto. Y ahora recibid de nuevo mi cordial adios.

El príncipe vivamente agitado estrechó con efusion la mano temblorosa que le tendió Esperanza, y salió precipitadamente del gabinete. Cuando el ruido de sus pasos dejó de oirse, la jóven se dejó caer sobre el sillón y ocultò el rostro entre sus manos.

Así se pasó media hora. De vez en cuando las descargas de fusilería y el lejano clamoreo del combate, mezclado con el toque de alarma de las campanas de la población, venia á interrumpir de una manera siniestra los tristes pensamientos de la jóven en armonía con la situación. Algunas veces parecía

que el teatro de la lucha se acercaba, y hasta creía oírse el ay de los moribundos y el grito feroz de los soldados animándose al combate.

Pasó otra media hora y la duda se convirtió en certidumbre. La calle de Toledo era el sitio donde en aquel momento se luchaba con mas encarnizamiento. El viage era imposible. Los criados silenciosos y llenos de estupor se agrupaban en las antesalas del gabinete de Esperanza como para formarle con sus cuerpos una defensa en caso de peligro. El aya y algunas doncellas españolas que la habian acompañado desde Madrid, se pusieron de rodillas y principiaron á rezar.

De pronto unos fuertes golpes dados en la puerta principal, llamaron hácia aquel punto la atención de los criados. El portero abrió con precaucion un ventanillo y reconoció al ayuda de cámara del príncipe, al viejo Andrés, que lleno de sangre y con el semblante demudado pedia que le abriesen al momento.

La puerta giró entonces sobre sus pesados goznes y un fúnebre espectáculo se presentó á los atónitos ojos de la servidumbre. Cuatro soldados del rey conducian en brazos el cuer-

po inanimado del príncipe, precedidos por Andrés, cuyos ojos centellaban de furor.

= Aquí, aquí, dijo luego que hubieron entrado señalando el cuarto del portero, esperemos aquí al doctor.

Los soldados depositaron con el mayor cuidado al ilustre herido sobre la humilde cama del sirviente, y salieron en seguida á unirse con sus compañeros que se batían á pocos pasos de la casa.

En medio del tumulto que esta inesperada desgracia produjo entre la servidumbre, Esperanza se adelantó hasta el vestíbulo, y apesar de los esfuerzos de su aya y doncellas que pretendían ocultarle la verdad, llegó al cuarto donde estaba el príncipe al mismo tiempo que entraba el médico.

Era éste el cirujano del batallón que ocupaba la calle, el cual avisado con anticipación, y sabiendo el nombre y título de la persona que solicitaba sus servicios, se apresuraba á ponerse á sus órdenes.

Hallábase el príncipe sin conocimiento y cubierto de sangre, con el vestido desgarrado por varias partes, y el rostro amoratado y lívido como el de un cadáver; apenas dabo señales de vida. Según el exámen del médica

tenia dos heridas mortales, una que le atravesaba el pecho y otra el vientre, ambas hechas con armas de fuego. No era, sin embargo, necesario el informe facultativo para comprender desde luego el mal estado en que se encontraba.

El médico, pues, se cruzó de brazos y miró con sentimiento aquel cuerpo inanimado sobre el cual la ciencia no tenia ya poder alguno.

Esperanza entonces ordenó á todos sus criados que dejaran libre el aposento, y fué á sentarse á la cabecera del moribundo acompañada solo de su aya, de Andrés y del cirujano.

Entretanto casi á las mismas puertas del palacio continuaba el ruido atronador del sangriento combate, confundiéndose las descargas de fusilería, con los gritos de los combatientes y los lastimeros ayes de los heridos.

— Señora, dijo el médico despues de un rato de silenciosa contemplacion adelantándose con respeto hácia Esperanza, voy yo mismo á prepararos un cordial que os enviaré: mi presencia aquí es inútil, al paso que esos ayes me recuerdan que hay en otro si-

ño sufrimientos que aliviar.

= De modo, caballero, que creéis aquí inútiles vuestros cuidados.

= Señora, si me atreviera á aconsejaros en tan solemnes momentos, os diría que abandonaseis el palacio lo mas pronto posible; vuestra vida y la de vuestros criados no está segura en este sitio, si llega á triunfar en esta calle la revolucion.

= Entonces el príncipe...

= Ya no necesita de nosotros... acaba de espirar...

Esperanza al oír estas palabras cayó de rodillas: el viejo sirviente dió un grito y abrazó con delirio el cuerpo inerte de su señor, mientras el aya sollozaba en un rincon del reducido aposento.

= Nada temais, añadió el cirujano, por el cadáver del príncipe; yo cuidaré que al retirarse la tropa se lo lleve con sus heridos y lo deposite en lugar seguro. Vos, señora, no os olvidéis de mis consejos, este palacio debe tener ocultas salidas, poneos inmediatamente en salvo.

Y como si la casualidad hubiera querido hacer mas decisivo este consejo, se oyó el imponente ruido de la artillería mezclarse al

confuso rumor del combate.

El médico despues de hablar así, se retiró, produciendo sus palabras que habian sido oidas de la servidumbre un verdadero pánico.

Cinco minutos despues ya no quedaban con Esperanza en el inmenso edificio mas que las dos personas que antes hemos nombrado, el resto habia huido en distintas direcciones.

El aya fué la primera que conociendo lo peligroso de la situacion se atrevió a acercarse á su señora, y decirle con acento conmovido:

= Retirémonos, señora, los amotinados se acercan.

= Y donde ir?

= Esperad; Andrés debe conocer el camino de esa quinta que nos iba á servir de refugio... Andrés, buen Andrés... salvemos á la señora; ¿no me oyes?...

= Sí, pero el príncipe ¿le abandonaremos de este modo? No; jamás.

= Amigo mio, reflexiona un poco... El príncipe nada tiene que temer...

= No quiero que profanen su cadáver.

= Sí; tiene razon, murmuró Esperanza

volviendo á caer de rodillas.

El aya entanto se desesperaba; pero hostigada por el miedo volvió á replicar con el deseo de yencer aquella tenacidad inesperada.

— Las tropas reales, dijo, cuidarán de defenderlo. Además, los sublevados ignoran el sitio donde se halla, y es probable busquen al príncipe en sus habitaciones.

— Nó, nó, este será el cuarto que primero visiten.

— Dios mio, vais á ser la causa de la muerte de mi señora; miradla que pálida está.

En efecto, Esperanza se habia levantado bruscamente al oír en aquel mismo instante crujir la puerta principal á los reiterados golpes de cien hachas, dirigidas sin duda por la vigorosa mano de la insurreccion.

Andrés no se movió de su asiento, pero el aya, aprovechando este momento de terror, tomó el brazo de Esperanza y la llevó casi á la fuerza lejos del vestíbulo.

Los golpes seguian en la puerta con nueva violencia.

Las dos fugitivas sin saber adonde dirigirse, se detuvieron al pié de la magnífica escalera que daba entrada á los salones principales.

Principiaba á sentirse un olor desagradable. Cualquiera hubiera dicho que estaban en un astillero en medio del fuerte olor que exala el betun y la resina. Una claridad particular venia de vez en cuando á enrojecer las ventanas de las galerías.

El aya sospechando talvez la verdad, soltó el brazo de Esperanza que cayó casi inanimada sobre los peldaños de mármol, y subió con rapidez el primer descanso. En este momento, un hombre vestido con blusa y gorro frigio, con dos pistolas al cinto y un sable en la mano, apareció por la solitaria galería, corriendo con la mayor velocidad hácia ella. La pobre aya creyó llegada su última hora, y cruzó sus manos implorando piedad.

El desconocido al verla se detuvo y dió un grito de placer...

= Donde está, donde está... exclamó tan pronto como pudo articular una palabra.

El aya muda é inmóvil, no le supo responder.

= Decidme, donde está Esperanza?.... pronto, pronto que el palacio está ardiendo y no podré salvarla!

= Ardiendo!

= Hablad, hablad...

El aya señaló con la mano la escalera, y viendo en este momento una inmensa llamarada elevarse al cielo, corrió como una loca en dirección opuesta.

El desconocido, empuñando con nueva furia el sable y las pistolas, voló por las escaleras llamando en voz alta á la princesa con desgarrador acento.

En este instante se oyó un ruido espantoso; la puerta principal acababa de ceder, y los sublevados se precipitaban como una avalancha sobre su codiciada presa.

= Dios mio, salvadla, murmuró el generoso desconocido llegando sin aliento al pié de la escalera.

Entonces fué cuando se encontró con Esperanza, que en pié y con los cabellos en desorden parecia próxima á espirar.

Al verse, dos gritos resonaron casi al mismo tiempo.

= Esperanza...

= Luis...

Y los dos jóvenes cayeron, el uno en los brazos del otro, olvidando por un momento el peligro de muerte que por todas partes les amenazaba.

= Oh, al fin os encuentro, exclamó Luis

sosteniendo á la princesa y envolviéndola por decirlo así en una mirada que espresaba todo la inmensidad de su amor.

= Dios mio, cuanto he sufrido!

= Nada temais... nos salvaremos...

= Salvarnos... imposible... ¿ois? ya se acercan.

= El pueblo me conoce; me he batido con él y me respetará...

= Vos...!

= Sí, Esperanza, yo... antes que mi vida, era la vuestra; era preciso batirme para tener derecho á salvaros...

= Pero, como habeis llegado hasta aquí?

= Ya sabeis que estaba en Nápoles... os lo habia escrito. Al estallar hoy la insurreccion, me presenté con este disfraz y me asocié á las filas de los sublevados, contribuyendo á derrotar las tropas reales que defendian esta calle... Entonces pude conocer la estension del peligro que os amenazaba. El pueblo que cree al príncipe traidor, pretendia demoler su palacio y degollar á toda su servidumbre. Entretanto algunos criados fugitivos me han enseñado las secretas entradas de esta casa. Al penetrar en ella he visto el fuego estenderse por todas partes. Ignoro la causa

del incendio... Os he encontrado ¿ que me importa lo demas?

= Pero, esos hombres me van á conocer...

= N6; nadie os conoce en Nápoles. Tomad este sable. Al veros armada de este modo van á creer que sois una de esas her6icas hijas del pueblo que se lanzan tambien á lá pelea en estos dias de fiebre. Venid.

Esperanza vacilaba todavia; le parecia un sacrilegio confundirse con los asesinos del príncipe, pero en este momento los amotinados llegaron al pié de la escalera, dando terribles alaridos y exalando horribles blasfemias; y amedrentada con aquella vista ocultó su rostro en el seno de Luis, que continuaba sosteniéndola, apesar de que este movimiento iba tal vez á revelar lá verdadera posicion de la jóven.

Sin embargo, en estos instantes de supremo peligro es cuando se dan á conocer los caracteres enérgicos; Luis, recobrando todo su valor y su admirable presencia de espíritu, exclamó con estentórea voz al ver llegar á sus compañeros:

= Deteneos, amigos míos, deteneos.

Los sublevados sorprendidos con aquella

brusca aparición, y estrañando el acento extranjero con que se les hablaba, miraron con desconfianza al jóven, esperando una explicación de sus palabras.

= ¿No conocéis ya al español que se ha batido hoy con vosotros...?

= Si, sí, gritaron algunos estudiantes tendiéndole sus manos ennegrecidas por el humo de la pólvora, te reconocemos; eres de los nuestros.

= Pues bien, escuchad, porque cada segundo vale un siglo. Esta casa vendida hoy á nuestros enemigos, encierra un inmenso depósito de pólvora...

Un grito de terror respondió á estas palabras; los mas resueltos dieron un paso atrás.

= Donde está? preguntò una voz entre la multitud.

= En los salones que acabo de recorrer.

= Pues, recojamos esa pólvora y que nos sirva contra los enemigos del pueblo, dijo la misma voz.

Luis entonces se adelantó un paso y señalando á las galerías iluminadas con un siniestro resplandor, dijo:

= Estamos sobre un volcan... Mirad las

llamas...

Un nuevo grito de espanto y una horrible confusión fué la consecuencia inmediata de esta revelación inesperada.

Un minuto después Luis se hallaba solo con Esperanza.

— Venid, le dijo, estamos salvados.

Y tomándola del brazo, desapareció con ella por la calle de Toledo.

CAPÍTULO XIX.

Donde se prueba que el amor todo lo embellece

La noche estaba oscura; de vez en cuando el siniestro resplandor de algún incendio venía á arrojar fugitivas llamaradas sobre los principales barrios de la ciudad. En muchos puntos había cesado ya el combate, y solo se

oía á largos intervalos, como los últimos truenos de una tempestad, alguna detonación aislada: las tropas reales habían al fin vencido á los sublevados, apoyadas por una parte de la población que hacía causa común con el ejército. La efímera constitución del 14 de febrero iba á ser desgarrada por las fuerzas contrarias de los partidos reaccionario y democrático.

El distráz de hombre del pueblo era, pues, un salvo conducto para todos los que en aquella aciaga noche querían escapar á los peligros del combate; alternativamente se podía ser realista ó republicano.

Apesar de esta seguridad, los dos fugitivos aceleraban el paso, evitando el encuentro de los diversos grupos que cruzaban sin cesar en todas direcciones. A veces el ruido de una patrulla les obligaba á ocultarse entre los escombros de una barricada: otras el galope de la caballería, que, sable en mano atravesaba las calles, como un torbellino, les arrojaba palpitantes y cansados á algun oscuro portal.

En medio de estas emociones y de los peligros que corrían, Luis era dichoso, tan dichoso como nunca hubiera soñado serlo.

Sentía sobre su brazo, el brazo de Esperanza, y algunas veces creía percibir los latidos de su corazón; oía su voz temblorosa, bebía en sus ojos el amor y la vida; Esperanza, se hallaba separada en aquel momento de su familia, y él era su único, su solo apoyo; parecía que la suerte, cansada de perseguirlos, les conducía por aquel camino erizado de abrojos, hacia un mundo desconocido, mundo que su imaginación les había presentado muy lejos, allá en el confín de las cosas imposibles.

La pobre joven, sentíase entretanto desfallecer, el cansancio la abrumaba; apenas podía ya sostenerse.

= Un minuto más y llegamos, decía Luis con angustia: Esperanza se sonreía dolorosamente y seguía andando.

= Mirad, añadía Luis, señalando una modesta casa que se elevaba en una de las calles más solitarias de Nápoles, allí está vuestro descanso y vuestra seguridad... venid.

Esto diciendo llevábala casi en brazos hasta un portal donde penetró sin detenerse, guiando con cuidado à la joven en medio de la oscuridad tenebrosa que allí reinaba. Era un portal sin farol ni portero.

= A la izquierda, díjola en voz baja después de andar algunos pasos; subid ahora diez escalones: bien; descansad un poco y luego subid otro tramo igual y estamos en salvo.

Entonces subieron ambos los últimos diez escalones, y Luis se detuvo junto á una puerta que abrió con una llave que llevaba en su bolsillo, hecho lo cual cerró cuidadosamente por dentro, y condujo á la jóven, atravesando un oscuro pasillo, hasta un pequeño saloncito que tenia un balcon con vistas á la calle. Allí la hizo sentar, y encendió un velon.

A su dudosa claridad, Esperanza pudo examinar el sitio donde se hallaba. Era, como hemos dicho, un gabinete de pequeñas dimensiones, adornado con estremada sencillez. Un sofá, una mesa, y algunas sillas, constituian todo su mueblaje.

Luis se acercó á la jóven y sonriéndose le dijo:

= Perdonad, Esperanza, si no os puedo ofrecer un palacio como el que habeis dejado; aquí solo encontrareis, respeto, amor sin límites y tranquilidad. Este barrio se halla muy lejos del centro de la poblacion, apenas si consigue penetrar el sordo rumor de los coches.

Cuando llegué hace ocho dias á Nápoles, alquilé este cuarto con los muebles que veis. Aquí nadie me conoce, ni los vecinos, ni el dueño de la casa, ni la vieja que hace el oficio de portero. La comida me la traen de una fonda inmediata. Es un verdadero claustro.

— Creéis, amigo mio, dijo Esperanza despues de algunos instantes de vacilacion, que debo aceptar vuestra hospitalidad...? Oh, no vayais á pensar, añadió viendo que Luis iba á responderle, que dudo de vuestro honor; el dia en que de él dudara ya no os amaría, pero el mundo no juzga de ese modo; nadie comprenderá mi situacion, mi abandono, la posicion escepcional en que me encuentro, y no se me perdonará los momentos que he pasado junto á vos...

El pobre poeta que ya se había forjado un cielo en su imaginacion, bajó los ojos con tristeza y respondió:

— No puedo en este asunto aconsejaros, Esperanza, mi corazon es demasiado parcial, y no sabria doblegarse á los argumentos de la fria razon y de las conveniencias sociales. Decidme lo que debo hacer, y seréis obedecida.

— Hablad, sin embargo; me amais demasiado para no darme un buen consejo.

= Entre esos nobles que rodean el trono de Fernando, debéis contar numerosos parientes; id á buscar un refugio á su lado, ó pedídselo al mismo rey; la viuda del príncipe de Reggio está colocada á demasiada altura para que todos los palacios de Nápoles dejen de abrirse á su presencia.

= Luis, Luis... sois muy injusto, al hablarme de ese modo; ¿no habeis adivinado que yo preferiría este humilde aposento á todos los palacios del mundo?

= Entonces, Esperanza, ¿porqué no os quedais aquí... á mi lado...? Sois libre, estais sola, abandonada... quedaos conmigo algunos dias, y luego mas tarde, cuando la revolucion haya concluido, yo mismo os conduciré á España.

= Nó, Luis, nó; la reputacion de la que tanto amais, no debe ser empañada con la mas ligera sombra... ¿no es verdad que debo alejarme?

= Dios mio, perderos tan pronto y talvez para siempre!

= Nó; os lo juro, no será para siempre... Tengo diez y siete años y soy viuda... Nadie podrá imponerme el yugo de un nuevo esposo.

= Me lo jurais ?

= Increí dulo ¿ desde cuando dudais de mi palabra.

= Perdonadme, estoy loco de dolor...

= Vamos, sed razonable... ¿ No veis que yo tambien sufro ?

= Oh, y entonces... porqué no cedeis á mis ruegos ?

= Imposible... no nos atormentemos inútilmente.

= Sí, teneis razon... mandad ¿ que debo hacer ? ¿ donde quereis ir ?

= Oh, por esta noche, díjola ella con inefable sonrisa, tendré que abusar de vuestra hospitalidad... mañana sabremos quien es el partido que ha quedado vencedor. Pero cualquiera que éste sea, me parece que lo mas prudente en mi actual situacion, es buscar un asilo en un convento. Allí pasará los meses del lato, y avisaré entretanto á mi familia. ¿ Aprobais mi plan ?

= Inútil fuera mi desaprobacion. Vos mandais y yo obedezco.

= ¿ Y quereis una recompensa por ese sacrificio ?

= Oh, yo no quiero sino veros, pero veros siempre, siempre, siempre...

Esperanza calló y le tendió una mano que Luis llevó á sus labios con una mezcla de respeto y de pasión que revelaba toda la pureza de sus sentimientos.

= ¿Estais ahora mas contento? díjole ella retirando lentamente su mano.

= El placer que experimento, es un placer que el recuerdo de vuestra ausencia acibára, pero preciso es resignarme y callar...

= Nos veremos todos los dias...

= Si... al travez de las rejas de un locutorio...

= Estaremos solos... os escribiré...

= ¿Me escribireis?

= Si.

= Oh, no olvideis vuestra promesa por que seria muy desgraciado.

Y Luis, demasiado conmovido para continuar el diálogo, se levantó y dió tres vueltas por la sala, luego deteniéndose delante de Esperanza añadió:

= Vamos al comedor, necesitais tomar alguna cosa.

= Nó, dispensadme; nada quiero por esta noche ...

= Entonces voy á enseñaros vuestro cuarto, que será esta noche el mio; yo me queda-

ré aquí...

— En verdad... estais sólo y..

— No tengo sino una cama, dijo riéndose el joven, pero no tengais cuidado, en Asturias he dormido mil veces á la luz de las estrellas con mi capote por almohada; figuraos si el sofá no será para mí un lecho de plumas.

La princesa calló y siguió á Luis que abrió la puerta de un pequeño dormitorio situado en el pasillo, donde se veia una cama con cortinas verdes, blanca y perfumada como la de una muger.

— Entrad, Esperanza, ese es vuestro cuarto... dormid y pensad alguna vez en mí.

La joven se volvió, le miró dulcemente, y luego hejando la voz le dijo al cerrar la puerta.

— Soñaré y pensaré en vos.

La puerta se cerró, y Luis cayó de rodillas junto al umbral; queria besar el aire que ella habia respirado.

Algunos minutos despues volvió á la sala, apagó la luz y envolviéndose en su capa se tendió en el sofá.

Sus ojos permanecieron abiertos toda la noche ¿Quien en su lugar hubiera podido dormir?

CAPÍTULO XX.

Amor.

Apesar de las diversas y multiplicadas emociones que el combate de la víspera y las escenas que hemos referido, debieron producir en el ánimo de Luis, desde el momento en que el sol iluminaba los vidrios de su balcón, se levantó de su improvisado lecho, y procurando hacer el menor ruido bajó al zaguán. Allí buscó á su portera y le encargó fuese á la fonda y en su nombre mandase disponer un almuerzo que habian de llevarle á su cuarto, tan pronto como estuviese preparado. Hecho esto volvió á subir con rapidez, temiendo que Esperanza saliese por casualidad y se encontrase sola.

Vano era, sin embargo, su temor, todo estaba aun en el mayor silencio; abrió entonces un libro y quiso leer, mas no pudo, tomó

la pluma y pretendió escribir, pero también le fué imposible. Su pensamiento no podía fijarse ni en las letras ni en el papel. De este modo pasó una hora. El sol principiaba á elevarse sobre el horizonte, y sus rayos penetrando por las cortinas de percal iluminaban las paredes del gabinete, reflejándose sobre el bruñido suelo de ladrillos.

De pronto se oyó el leve ruido de unos pasos: Luis se puso en pié y Esperanza entró.

La joven llevaba un rico vestido de seda color violeta, el mismo con que la sorprendió en su palacio la revolución: cubríale los hombros una preciosa manteleta de encaje de Bruselas. Estas eran las únicas prendas que habia salvado del incendio. Aunque era aun temprano se habia ya peinado con la mayor sencillez; su semblante ligeramente pálido tenia aquella mañana un baño, por decirlo así, de voluptuosa languidez que le prestaba un encanto indefinible; sus grandes ojos, negros y rasgados, parecian mas puros, diafanos y brillantes, comunicando á todas sus facciones una vida, un sentimiento, una espresion fascinadora.

Luis estuvo un instante contemplándola

en silencio, hasta que la jóven sonriéndose dulcemente, se acercó y le dijo:

= Habéis descansado?

= Sí, y vos?

= Apenas he dormido.

= Sentaos.

= En vuestra cama? dijo Esperanza al ver el sofá.

= Mirad que en ella he soñado toda la noche despierto.

= Muy bien; y luego pretendéis que me quede á vuestro lado... no sabéis que tengo un miedo horrible á los sonámbulos?

= Es que cuando os veo abro los ojos al punto y despierto.

= Pues os prohibo que soñeis de ese modo.

= Oh, es que hoy no podría, porque para veros no necesito cerrar los ojos, como cuando estabais ausente.

= Vamos, hareis que me enfade.

= Sí, teneis razón; me olvidaba que sois mi huésped.

= Y en verdad, que es muy lindo este aposento á la brillante luz del día, ¿quereis enseñarme todas vuestras habitaciones?

= Para que, si habeis de iros?

= Es cierto...

= Sin embargo, si gustais...

= Sí, veámoslas; de ese modo conoceré el sitio donde vais á vivir mientras yo esté en el convento, y así mi pensamiento os podrá seguir mejor.

Diciendo ésto ambos se levantaron y recorrieron en pocos minutos todas las dependencias de aquel cuarto situado en un piso segundo, y cuyos muebles aseados y decentes revelaban, sin embargo, la pobreza de su dueño.

= Que os parece mi palacio, dijo Luis sonriéndose ¿hubierais creído nunca encontraros en un sitio semejante?

= Nó, contestó ella, con una gracia admirable, porque nunca creí que llegara á ser feliz.

= Callad, y no me hableis de ese modo si quereis que no os enfade.

= Volvamos á la sala y veamos vuestros libros.

= He traído pocos.

= Vuestros últimos trabajos literarios...

= Todo lo tengo olvidado.

= Es preciso que volvais á escribir.

= La inspiracion me ha abandonado en

vuestra ausencia.

= Adulador !

= Venid, voy á enseñaros algunos versos y vos misma juzgareis.

Hablando de este modo, pasaron de nuevo á la sala, donde Esperanza se sentó en el sofá, y Luis, despues de colocar en medio una pequeña mesa; ocupò una silla por la parte opuesta; allí estuvieron leyendo los versos indicados y algunas otras poesias, compuestas durante el viage de la jóven, y las cuales, apesar de la desconfianza de su autor, revelaban lozanía, inspiracion y entonacion vigorosa.

En esta ocupacion les sorprendió la llegada del almuerzo.

Segun la costumbre que Luis habia establecido, los mozos se retiraban sin prestarle ningun servicio; de lo cual se alegró en aquel momento, pues, es fácil comprender que su presencia le hubiera sido entonces muy molesta.

Por la primera vez Esperanza almorzó sin que nadie la sirviera; la novedad de su rara posicion principiaba á causarle un extraño placer, que comunicaba á los menores incidentes de aquella escena doméstica un

encanto inesplicable.

Durante el almuerzo se convino en que Luis saliera á adquirir noticias sobre el estado de la poblacion, y al mismo tiempo á hacer algunas compras de vestidos de luto y otras prendas que necesitaba Esperanza para poder desde luego trasladarse al convento. Tambien le comisionò para que averiguase el nombre y clase del que se encontrara mas cercano.

Segun este plan, Luis salió á cumplir estos encargos, previniendo antes á la jóven que no abriese á nadie bajo ningun pretesto.

Cuando Esperanza quedó sola, permaneció un largo rato entregada á una profunda meditacion. El recuerdo de la muerte del príncipe, persona á quien, sin amar, apreciaba por sus virtudes, y los diversos y estraños sucesos que en pocas horas la habian conducido al lugar en que se hallaba, eran mas que suficientes para ocupar su atencion.

Entonces, como si quisiera cerciorarse de que no era juguete de un sueño, levantó su cabeza y recorrió con la vista aquel humilde gabinete, iluminado por el brillante sol de Nápoles. No contenta con esta investigacion, volvió á recorrer con infantil curiosidad

todos los aposentos interiores; deteniéndose junto á los muebles que le eran casi desconocidos por su misma sencillez.

En seguida entró en su dormitorio, y por distraccion lo arregló con aquella limpieza y coquetería que revela siempre la mano de una muger.

En este momento volvió Luis con dos mozos que dejaron en la sala dos pesados fardos marchándose en seguida.

La inspeccion de estos bultos que contenian las compras hechas por él aquella mañana, produjo entre ambos jóvenes una graciosa discusion que se prolongó hasta el mediodia. En su afan por complacer á la princesa, nada habia olvidado Luis de lo que pudiera serle útil desde el sombrero hasta el pañuelo. Pero con frecuencia se habia equivocado, y confundiendo las telas habia gastado inútilmente su dinero.

= Y bien, díjole Esperanza, despues que concluyó este incidente ¿que sabeis de la revolucion?

= La ciudad está tranquila, el rey ha triunfado en todas partes.

= Y el convento?

= Ninguno hay por estos alrededores que

os pueda convenir, preciso es buscarlo en otro barrio.

= Entonces mañana....

= Sí, mañana volveré á salir.

Y contento con haber ganado un dia, Luis se apresuró á gozar de su felicidad, viéndolo á su lado á la muger que amaba; oyendo su voz, y ocupándose con ella de esos pequeños é insignificantes cuidados que exige el arreglo de una casa, y que parecian poner en mas inmediato contacto sus dos almas.

Así se pasó el dia con la mayor velocidad viniendo luego la noche á recordarles la misteriosa soledad en que se hallaban.

Luis, siempre respetuoso y tierno, Esperanza confiada y cariñosa, volvieron á sentarse de nuevo junto á la mesa que contenia los pocos libros de su eleccion; y mientras él leia, ella le escuchaba en silencio como en aquellos dias en que juntos trepaban contentos por las montañas de Asturias, y se detenian en sus nevadas cumbres.

Concluida la lectura, Esperanza se levantó y despues de darle su mano á Luis que dejó en ella un beso, se retiró á su dormitorio, mientras él se envolvía en su capa y se tendía como la noche anterior en el sofá.

Aunque, según había dicho Luis, la ciudad estaba tranquila, sentíase esa vaga inquietud, ese malestar inexplicable que precede y sigue á los movimientos revolucionarios. Numerosas patrullas circulaban por las calles, deteniendo con frecuencia á los transeuntes y obligándoles á declarar su nombre y domicilio. Las cárceles y prisiones de estado apenas podían contener los presos políticos, sorprendidos con las armas en la mano ó sospechosos de auxiliar y dar asilo á los liberales. El más leve indicio, la menor palabra ó la delación más insignificante, eran suficientes para condenar una familia al destierro ó á la muerte.

En tan críticas circunstancias era peligroso no solo que Luis saliera á la calle, después de haber tomado una parte tan activa en la revolución, sino que conservara el misterioso incógnito que hasta allí se había empeñado en guardar. Así lo comprendieron ambos jóvenes, desde que al día siguiente Luis se vió en peligro de ser detenido y encausado por sospechoso. Cesaron, pues, sus investigaciones sobre el convento, y en vez de ocultar á los vecinos, á la portera y á los mozos de la fonda, la llegada de la joven, ella

misma se presentó á su vista dándole á Luis el nombre de hermano. No contenta con esto, y por alejar toda sospecha, salia al anochecer á dar un corto paseo por los alrededores, yendo ambos del brazo y llevando Esperanza el sencillo vestido negro, y sombrero del mismo color que habia comprado.

Así pasaron quince dias, durante los cuales la tranquilidad se fué restableciendo insensiblemente en la ciudad, aumentándose la confianza del gobierno, con la noticia de la derrota de los radicales reunidos en las Calabrias, triunfo debido á la habilidad del General Nunziante.

Entretanto, ya no se hablaba en la humilde casa que habitaban los dos jóvenes de retirarse Esperanza al convento. Eran allí tan felices! Los dias se sucedian para ellos con una rapidez tan grande! Por la mañana la princesa hacia que la vieja portera, cuya amistad se habia ganado con algunos regalos, le aseara la casa; despues se sentaba á bordar ó á coser, mientras Luis escribia á su lado. Por la tarde, despues de comer abrian el balcon, desde el cual se descubria la bahía con sus innumerables buques anclados ó cruzando en todas direcciones el mar; allí con

las manos enlazadas permanecían ambos silenciosos, sin encontrar palabras que expresasen su inmensa felicidad. Luego al traspasar el sol, Esperanza se ponia su sombrero, cubria sus hombros con una oscura mantelita, y dando el brazo á Luis, descendian á la calle y se dirigian á la playa. Por aquellos sitios paseaban dos horas respirando el suave y perfumado ambiente de Nápoles, dulce como el aliento de una muger querida, y bajo aquel cielo donde parece que el alma siente con doble intensidad el amor, y los sentidos adquieren una sensibilidad mas esquisita y una perfeccion desconocida, contemplaban en silencio el mar, las montañas y el Vesubio. Despues volvian á su solitaria casa, letan un rato, Luis imprimia un beso en la mano de Esperanza, y ambos se separaban hasta el dia siguiente.

Una tarde, el cielo de repente se cubrió de negras nubes. Una de esas tempestades que en el verano son tan frecuentes en el mediodia de la Italia, derramó el agua á torrentes; los relámpagos surcaron el horizonte y los truenos rodaron con ronco estrépito por la oscura bóveda del cielo. Esta escena magestuosa, interrumpió el paseo de los jóvenes

obligándolos á permanecer en casa. Pero las horas pasaron, y poco á poco el agua cesò, los truenos se alejaron, y las nubes huyeron lejos de la ciudad, volviendo á aparecer las estrellas con su luz mas diáfana sobre el azul purísimo de Nápoles.

= Oh, qué noche tan hermosa ! exclamó Esperanza abriendo con viveza el balcon, mirad, Luis, que transparente está la atmósfera.

Luis se acercó, y ambos se quedaron estasiados contemplando el mágico cuadro que se desarrollaba á su vista

= Ahora comprendo, continuó la jóven, porque llaman á Nápoles el jardin de la Italia; este es el paraíso prometido á la tierra.

= Sois feliz...?

= Sí... muy feliz: y Esperanza estrechó entre las suyas las manos del poeta, como si quisiera darle gracias por la dicha que sentia.

Luis se estremeció... Aquella noche parecia que sus sentidos aspiraban con mayor delicia el perfume de voluptuosidad que se desprendia de la jóven al menor movimiento de sus negros ojos, ó á la menor sonrisa de sus húmedos lábios. La presion de sus pequeñas y lindas manos, suaves como las de

un niño, había hecho vibrar hasta la última fibra de su corazón.

— Al fin, dijo con voz temblorosa, nuestro sueño se ha realizado... tengo miedo de tanta felicidad.

— Y que podemos temer?

— No lo sé... pero somos demasiado felices.

Esperanza enmudeció quedándose pensativa. Hay en efecto un instinto en nosotros que nos advierte que tras la dicha se halla siempre el dolor; cada minuto de placer es preciso rescatarlo con algunas lágrimas. La tranquila calma de una felicidad sin nubes es en la vida moral, lo que la ausencia del viento en la inmensidad del océano... la desgracia nos acecha entonces, como el huracán al mar.

— No importa, añadió la joven levantando con varonil energía su noble frente, nuestro amor es superior á cuantas desgracias puedan amenazarle... ¿no es verdad, Luis?

— Y vuestra familia?... y el rey?

— Oh, yo apenas tengo familia, mi padre no me ama, mi hermano me olvida, mis deudos me respetan solo por mis riquezas y mis títulos.

= Pero en fin, cuando volvais á España...

= ¿Creeis que llegue á olvidar la casita de Nápoles?

= Nó... no la olvidareis... creo en vuestro amor como creo en Dios.

= Entonces miremos sin temor el porvenir.

= Y, sin embargo, me siento triste.

= Triste... y porque?

= Tal vez sean presentimientos.

= Y no sabeis como se desvanecería esa tristeza?

= Ah, nó... nó lo sé...

Esperanza, teniendo siempre entre las suyas las manos de Luis, y sonriéndose como se sonreirian los ángeles, fijó en él sus ojos impregnados de melancólica dulzura, y luego, con un rápido movimiento, independiente de toda reflexion, acercó sus labios á la frente del poeta, y dejó en ella un tímido beso.

El pobre jóven creyó entonces que iba á eulohecer, su vista se anubló, huyeron sus tristes pensamientos, y ahogándose con los latidos de su propio corazon, enlazó su brazo á la cintura de la jóven y la atrajo sobre su pecho con un arranque de placer irresistible más poderoso que su razon.

= Oh, no es verdad, que siempre me amarás? murmuró.

= Siempre, siempre, balbuceó ella, escondiendo su pálido semblante en el seno del jóven, que temblando la sostenia en sus brazos.

Hubo un instante de silencio... Luis, loco de amor, besaba con delirio los perfumados cabellos de Esperanza, que desatados cubrian sus hombros, y olvidado del mundo entero sentíase morir en medio de una embriaguez sin nombre: ella entonces, sin separarse de sus brazos, principió á sollozar: un torrente de lágrimas se desprendió de sus ojos, y un temblor convulsivo se apoderó de todo su cuerpo. Esta súbita reaccion, devolvió la razon á Luis, su fiebre se calmó instantáneamente, y avergonzado de aquel momento de abandono, condujo á la princesa hasta el sofá, haciéndola sentar allí y colocándose él de rodillas á sus pies.

Así permaneció un largo rato, hasta que lentamente el temblor fué desapareciendo, el llanto se enjugó, y la emocion se trocó en dulce calma.

= Me perdonas? dijo Luis siempre de rodillas y mirandola con apasionada timidez.

La jóven retiró sus cabellos del semblante con un gracioso movimiento de cabeza y sonriéndose en medio de sus últimas lágrimas, contestóle...

= Tu eres quien debes perdonarme. Yo soy la única culpable.

= Tú!

= Sí; yo... pero no hablemos mas de eso; ya veo que soy muy débil ante la felicidad. Continuemos siendo siempre dignos de nuestro amor. y esperemos...

= ¿Me permites esperar?

La jóven por única respuesta le miró fijamente algunos instantes, con una espresion suprema de cariño, y luego levantándose añadió:

= Mañana hablaremos de nuestro viage á España.

= Podré acompañarte?

= Sí... y luego... mas tarde... mas tarde no nos volveremos á separar.

Diciendo esto desapareció, entrando con velocidad en su cuarto.

Luis todavía de rodillas apoyó su frente calenturienta sobre el sofá donde ella habia estado apoyada. Sus labios secos y ardientes cubrieron de besos la huella que habia dejado

su cuerpo, y creyendo tenerla aun en sus brazos, abrazaba con delirio el aire que le rodeaba.

Ya no era posible vivir juntos. Ambos se sentían morir de amor.

CAPÍTULO XXI.

Una sorpresa.

En la mañana del siguiente día se hallaba sola Esperanza. Ocupábase en disponer el viage proyectado, reuniendo sus vestidos en una maleta y los de Luis en otra, guardando con cuidado los libros que tan gratos recuerdos tenían para ella y los borradores de una novela principiada allí, y cuyo plan habían soñado juntos. De vez en cuando se detenía en su trabajo y se quedaba un largo rato pensati-

va con la vista fija en el suelo. Talvez la triste idea de su separacion venia á entristecer su pensamiento y á dar mas colorido á sus pasadas horas, ¡ Era tan bello aquel pasado !

Mientras ella distraia así el tiempo que Luis ocupaba en tomar los pasaportes y buscar pasage en un buque que salia para Barcelona, sonò la campanilla, y la vieja portera entró.

— Señorita, dijo, un caballero desea con instancia hablaros.

— A mí !

— Sí, á la señorita Esperanza.

— Ha dicho su nombre ?

— Né, pero, os trae noticias de vuestra familia.

La jóven, que empezaba vagamente á alarmarse, dió un paso para salir del aposento, cuando la puerta se abrió y apareció en el umbral el marqués de Breñafiel.

La portera creyendo inútil su presencia se habia ya alejado.

Tan inesperada sorpresa, el sitio donde tenia lugar, y las consecuencias probables de una entrevista que prometia ser borrascosa, produjeron un cambio tan repentino en las nobles facciones de la princesa, que el mar-

qués contento del efecto que producía, se adelantó hacia ella con fingido respeto.

= Tengo el honor, dijo, de hablar á la señora princesa viuda de Reggio. Y su acento era tan impertinente, que la jóven por una súbita reaccion, sintió desvanecerse su miedo y renacer todo su valor y su indómita altivez.

= Estais en su presencia, caballero, podeis sentaros.

Y con un ademan de reina le indicó un asiento, dejándose caer ella sobre el sofá.

El marqués, se detuvo un instante y miró á su alrededor. Las paredes, el suelo, las humildes sillas, la mesa, los papeles, las maletas abiertas, nada se escapó á su investigadora curiosidad.

= Perdonad, señora, mi pregunta, dijo sentándose: aunque tengo la alta honra de ser vuestro pariente, jamás me hubiera atrevido á reconocer en esta asquerosa zahurda.

Esperanza se puso encendida como la grana.

= No es por ofenderos, añadió el marqués, conociendo que dominaba la situación, y gozándose anticipadamente en su triunfo,

pero creo que esto es singular, y que bien merece una explicacion de vuestra parte.

= Es ese el objeto de vuestra visita?

= Mi visita tiene primero por objeto el gusto de veros... ya comprendereis que habiendo desaparecido hace dos meses de Nápoles sin que nadie haya podido descubrirlos, es para mí una satisfaccion muy lisonjera devolveros al rey, á la corte, y á vuestra familia.

= ¿ Venis en nombre de mi padre?

= Vuestro padre nada sabe, aunque se encuentra en Nápoles. Y acentuó estas palabras con marcada intencion.

= En Nápoles?

= Sí, en Nápoles, con vuestro hermano y su linda esposa la condesita de Sta. Rosa.

= Dios mio...!

= Oh, no os alarmeis... este precioso nido no es fácil encontrarlo sino á quien como yo le guia el infalible instinto del cariño.

= Vamos, Sr. Marqués, tened la bondad de hablar sin rodeos, ni reticencias ¿ que motivo os conduce á mi casa?

= A vuestra casa? Procedamos con orden y no os enfadeis, señora princesa, porque os declaro que estoy animado de las mejores

intenciones respecto á vuestra persona. ¿Decís que esta casa es vuestra? Perdonad que lo ponga en duda; aquí, según mis informes, que tengo por fidedignos, vive solo un poeta llamado Luis de Valdesalies... vivís talvez con él?

= Caballero!

= Mi pregunta es muy sencilla y no debe alarmar vuestro pudor.

= Adivino vuestras intenciones...

= Me alegro: eso nos aborrrará muchas palabras inútiles. Deciais pues, que esta era vuestra casa...

= Y á vos, señor marqués, que os importa...

= Oh, me importa mucho! pero no peramos el hilo de nuestras investigaciones, permitidme continuar...

= No sé con que derecho...

= No os cuideis de eso; sin embargo, debo recordaros que soy vuestro pariente y en tal concepto me interesa averiguar si en esta casa vive tambien ese mendigo de Asturias.

La jóven se estremeció, pero se contuvo.

= No me respondeis? en ese caso me autorizais á creer del modo mas esplicito y terminante que, no siendo ni su hija, ni su

hermana, ni su esposa, sois entonces su...

E interrumpiéndose el marqués, terminó con una sonrisa despreciativa y burlesca su insultante frase.

Esperanza al oírle, se puso en pié; sus negros ojos brillantes con el fuego de la indignación, parecían dotados de un poder sobrenatural. Después de arrojar sobre el marqués una de esas miradas que reasumen en sí todo el desprecio que puede contener el corazón de una mujer, muda y fría como una estatua, le señaló con el brazo estendido la puerta.

= Ah... quereis que me vaya? Tranquilizaos, señora, aun es temprano y tenemos mucho que hablar: sé que estais sola, y vais á oírme.

Esperanza volvió á sentarse, y murmuró con un acento imposible de describir la palabra *cobarde*.

= Bah... os ofendeis sin motivo... figuraos que cualquiera en mi lugar, juzgaría también por las apariencias... vivís con un jóven, segun vos misma habeis confesado, y como en los tiempos que alcanzamos las virtudes son tan raras...

= Estais insultando á una mujer que nunca os ha ofendido, porque la veis sola y

abandonada; teneis tan infame el pensamiento, como villano el corazón.

= ¿ Con qué nunca me habeis ofendido? y el rostro del marqués tomó una espresion de odio implacable, ¿ ignorais acaso que yo os amaba, y que os ofrecí mi amor y mi mano? ¿ Porqué me despreciasteis? El título de princesa ahagaba sin duda vuestra vanidad de muger y me sacrificasteis; no es eso?

= El amor no se impone, yo no os amaba.

= Y amasteis por ventura al príncipe?... si así fué, que lo dudo, pronto lo habeis olvidado, y muy villanamente, por cierto.

Esperanza se puso de nuevo en pié y se dirigió á la puerta; el marqués la siguió.

= Podreis marcharos, pero os advierto que tengo en mi bolsillo la orden de prision para Valdesaltes.

La infeliz dio un grito y se detuvo.

= Ah, ¿ tanto le amais!

= Oh, sí, sí, le amo, es mi todo, mi todo amor, ¿ lo entendeis? y nadie, nunca separarnos.

= Eso lo veremos; por ahora no me hagais el honor de dudar de mi palabra os enseñaré la orden firmada por el marqués.

tro de policia. Miradla. Ya conoceréis que en Nápoles un detenido por causas políticas, no vuelve jamás á ver la luz del dia.

= Pero esa es una venganza cobarde y vil.

= Llamadla como gustéis, el resultado no será por eso menos infalible.

= ¿Y tendreis valor para egecutarla?

= No sé... eso dependerá de vos.

= De mí...!

= ¿No comprendéis?

= Hablad.

= Os propongo una cosa muy sencilla... yo os amo todavia apesar de vuestros desprecios... que quereis, es un capricho que me enloquece; pues bien, dadme un poco de ese amor que con tanta largueza prodigais á ese poeta, y os abandono la orden de prision.

= Miserable!

= ¿No quereis?

= Marchaos ó grito por ese balcon.

= ¿Ó escándalo?

= ¿Me importa? todo lo prefiero al veros en mi presencia.

= Nuestra deshonra va á ser pública.

= Publicadla.

= Vuestro amante morirá.

- = Moriré con él.
- = El rey os privará de vuestros títulos y honores.
- = Los desprecio.
- = Vuestra opinion...
- = La he sacrificado.
- = Entonces quereis guerra.
- = Quiero que me dejéis sola...
- = Sea en buen hora. Pronto recibireis noticias mías.
- = Salid...
- = Adios, princesa, algun dia os arrepentireis de vuestro necio orgullo.

Y haciendo una cortesía irónicamente respetuosa, salió del cuarto, cerrando tras sí la puerta.

Esperanza cayó desfallecida sobre el sofá y un río de lágrimas vino á aliviar su oprimido pecho. Pareciale imposible tanta villanía. Lo que acababa de oír sobrepujaba á cuanto hubiera podido imaginar respecto á su noble pariente. Esta era la nube que Luis entrevia en el puro cielo de su felicidad. Adios amor, inocentes placeres, dulces recuerdos, dichosas horas. Todo se acabò. El destierro, la prision, la muerte, para su amante; para ella la venganza, el deshonor. Abrumada por

el peso de tan horribles pensamientos; la pobre jóven ocultó el rostro entre sus manos y tornó á llorar. Estas lágrimas eran el precio de su felicidad pasada.

En esta situacion la sorprendió Luis que volvía presuroso á su casa, despues de arreglar todo lo necesario para el proyectado viaje; y su sorpresa fué tanto mayor, quanto que Esperanza creyó prudente no revelarle la visita del marqués. Dijole solo que habia recibido un misterioso aviso en el que se le anunciaba la llegada de su padre y de su hermano á Nápoles, y que por consiguiente era preciso la condujera á su lado sin la menor tardanza, pues temia hicieran indagaciones para descubrir su paradero y obtuviesen alguna orden de prision que comprometiese la seguridad de Luis.

Era tan verosimil esta suposicion, conociendo el carácter vengativo del duque, que el jóven no se atrevió á combatirla, por lo que, sin determinarse tampoco á pedir á Esperanza un nuevo plazo que retardarse su partida dió orden á la vieja de que le buscasse un coche.

— Deseo aprestar mi marcha, dijole ella despues que se calmò su agitacion, porque no me será difícil obtener una audiencia del rey

e impedir que cualquiera intente privarte de la libertad.

= Nada temas ¿quien sino tú se acordará de mí?

= Mira, Luis, todos los dias me escribes, todos... lo oyes... el dia en que me falte una carta tuya... yo sabré encontrarte.

= Esperanza!

= Nunca dudes de nuestro amor: suceda lo que quiera... ni el rey, ni mi padre, ni mi hermano, obtendrán jamás de mí que te olvide un solo instante.

= Cuando nos volveremos á ver.

= Pronto, pero entonces será para nunca separarnos, te lo juro por la memoria de mi madre.

En esto se oyó rodar un coche por el empedrado de la calle, deteniéndose junto al portal.

= No me acompañes... yo iré sola al despacho de mi notario, cuyas señas me son conocidas y sabré allí el nombre del palacio que mi padre ocupa. Tu presencia nos comprometeria inútilmente.

Esperanza hablando así dió un paso hácia la puerta y se detuvo un momento; tendió luego la vista por la sala como si quisiera

despedirse de todos los objetos que la rodeaban, y en seguida los fijó en el joven que, pálido, la miraba sin tener fuerza para despedirla; entonces arrojando el sombrero, que en la mano llevaba, corrió hacia él; enlazó sus brazos á su cuello y con delirante emoción enjugó con sus besos las lágrimas que ardientes se habían desprendido de los ojos de Luis.

Así permanecieron un largo rato abrazados, confundiendo en una sus dos almas, y mezclando sus besos con sus lágrimas hasta que la portera vino á avisarles que el coche ya esperaba.

Luis acompañó á la princesa hasta el portal, la ayudó á subir al coche y la vió alejarse; cuando cesó de oírse el ruido del carruaje se llevó la mano al corazón, parecía que en aquel momento había dejado de existir.

CAPÍTULO XXII.

Siguen las sorpresas.

Diez dias han transcurrido desde aquel en que Esperanza abandonó la solitaria casita de Nápoles.

La tarde está sombría, algunas nubes cruzan con rapidez la atmósfera y se agrupan en el horizonte. El sol se oculta entre este denso cortinaje tiñendo de púrpura el mar y las montañas.

Luis, sentado junto al balcon con un periódico en la mano, parece mas triste y sombrío que el paisaje que se desarrolla á su vista:

De vez en cuando estruja el diario con febril impaciencia, y su pálido semblante se colera de un vivo encarnado como si la fiebre que arde en su cerebro le bajara al corazon.

¿Que causa ha producido este notable

cambio en sus facciones?

Veamos la gaceta de Nápoles, que es el diario que tiene en la mano, y todo el misterio se aclarará.

En la crónica de la capital leíase el siguiente suelto:

«La jóven y hermosa princesa, viuda de Reggio, se ha presentado hace pocos dias en la corte y ha tenido la honra de ser recibida por S. M. con toda la distincion que merecen sus virtudes, su elevado nacimiento y su rara belleza. Se asegura que tan pronto como concluya el luto que lleva por su esposo, gloriosamente muerto en la jornada del 15 de Mayo, S. M. ha dispuesto de su mano para enlazaria con uno de los apellidos mas clásicos de nuestra antigua nobleza. La princesa hereda una inmensa fortuna, independiente de su patrimonio, que le ha legado por su testamento su difunto marido. La aristocracia napolitana se ha apresurado à rendir un tributo de admiracion à esta nueva y radiante estrella que nos llega de Madrid.»

Fácilmente se comprende que la lectura de este suelto debió impresionar vivamente à nuestro enamorado poeta. Apesar de cuantas seguridades le habia dado Esperanza, le-

...nia involuntariamente la presión lenta y continua que ejerce sobre el espíritu mas preocupado la opinion pública, el fausto, el poder, la riqueza y el boato de una corte espléndida y caballeresca, donde la nobleza del nacimiento eclipsa con su brillo la nobleza del corazón.

El recuerdo de su amor debía ser un átomo perdido en la inmensidad de los objetos que debían ocupar el pensamiento de la princesa. He aquí porque estaba aquella tarde triste y meditabundo, y porque desgarraba entre sus crispados dedos la Gaceta de Nápoles.

Insensiblemente el crepúsculo se fué desvaneciendo, y la noche triste y silenciosa, dejó caer su oscuro manto sobre las desiertas calles del barrio.

Luis, entregado á una profunda melancolía, apoyó su cabeza entre sus manos y se trasladó con el pensamiento á otros dias mas felices.

No sabemos cuanto tiempo hubiera permanecido de este modo, si de improviso una mano suave y perfumada no se hubiera detenido sobre su hombro. Levantar la cabeza y ponerse en pié, fué para él obra de un ins-

tante; habia reconocido con profundo asombro á la princesa.

= Ya no me esperabas ¿ no es verdad ?

= Dios mio, eres tú...

= Siempre desconfiado...

= Oh, perdon, cuando se ama á una mujer como tú, la desconfianza no es una ofensa. Pero es cierto que estás aquí, en mi casa... en *nuestra casa*?

= Sí, en nuestra casa, oh, si supieras con que júbilo he vuelto á subir esas negras escaleras, con que estremecimiento de placer he abierto esa puerta, con que gozo tan puro he tocado los humildes muebles, testigos de nuestra felicidad.

= Ah... te acuerdas de esos dias ..!

= Esos dias quiero oscurecerlos con el recuerdo de otros mas felices...

= Mas felices ? Imposible...

= Escucha lo que voy á decirte: el rey quiere casarme, y mi padre apoya su pretension.

= Lo sé.

— Pero lo que tú ignoras, es que pretenden acelerar ese dia sin esperar el plazo del luto...

= Es posible !

— Sin duda temen que vuelva á España y quieren á todo trance fijarme en Nápoles; has de saber, para que acabes de comprenderme, que soy inmensamente rica.

— Ah...

— Mis riquezas darán una grande influencia al hombre á quien entregue mi mano. Por esto uno de los favoritos del rey ha conseguido que S. M. me exija la promesa de cederle mi mano, y que el matrimonio permanezca secreto por ahora...

— Y tú...?

— He prometido al rey darle mañana la respuesta...

— Entonces...

— El rey se ha resignado á esperar.

— Però...

— Yá, tu quieres saber si mi respuesta... es favorable.

— Esperanza...!

— Ven, siéntate aquí á mi lado, en el sofá donde tantas veces hemos leído juntos; ¿no es verdad que la vida te parece aquí mas bella?

— Oh, te estás gozando en mi martirio!

— Y yo que creia que al verme ibas como en otro tiempo á ser tan feliz!

—Nó: nó lo seré mientras tema perderte.

—Olvidas ya mi juramento?

—Pero y el rey...?

—Tranquilízate; el rey seguirá esperando.

—Y tus parientes?

—Creo que han sospechado la verdad y me vigilan, pero como derramo el oro á manos llenas, estoy mejor servida que ellos. Esta noche, por ejemplo, burlando su vigilancia, he salido en coche con direccion á palacio...

Entonces fué cuando Luis observó el lujo deslumbrador con que se hallaba ataviada; Esperanza continuó diciendo.

—Pero al llegar á la plaza principal he bajado del coche y he tomado otro de alquiler que dejé, por no alarmar á estos pacíficos vecinos, á la entrada de la calle.

—¿Temes alguna cosa?

—No sé.. pero en fin, ya estoy aquí... olvidemos eso...

—Es que otro dia no podrás volver.

—Volveré...

—Lo dices con una confianza...

—Con la confianza que me inspira nuestro amor.

Luis inclinò la cabeza y se quedó pensativo, le parecía advertir en la jóven una cosa inexplicable que le confundía. Diríase que miraba con demasiada ligereza la delicada posición en que se hallaban.

Esperanza que parecía adivinar sus más ocultos pensamientos se sobrió.

= Quisiera, dijo, que me permitieras visitar mi antiguo dormitorio ¿ conservas en él mis vestidos ?

= El gabinete se encuentra como lo dejaste... yo duermo en otro sitio. La jóven se ruborizó involuntariamente al saber esta delicadeza de su amante, incomprendible para cualquier otro.

= Bien, dijo, espérame, que pronto vuelvo. Y salió dejando solo á Luis que tornó á su penosa meditacion. La alegría de la princesa le hacia daño, hubiera preferido encontrarla menos resignada con su suerte. Un cuarto de hora despues Esperanza entró con una luz en la mano que dejó sobre la mesa. Entonces pudo Luis observar la completa trasformacion de su vestido. Al rico y espléndido que antes llevaba, habia reemplazado otro muy sencillo enteramente negro con sombrero y abrigo del mismo color. Admira-

do el jóven no sabia que pensar, cuando ella gozándose en su sorpresa, le dijo sonriéndose siempre.

= Ahora vamos á dar un paseo por la orilla del mar... como en otro tiempo... ¿te acuerdas? Talvez así logre disipar tu negra melancolia.

= Al verte de ese modo me parece que vuelvo á encontrar la Esperanza de otros dias.

= ¿Te gusta mas este vestido?

= Sí, porque te acerca á mí.

= Lo conservaré como un recuerdo de esta noche... Vamos. Luis le tendió el brazo y ambos salieron como solian hacerlo otras veces, cerrando tras sí la puerta, y dejando la llave á la portera para que apagase luego la luz y cerrase los cristales del balcon. La calle estaba solitaria; algunas gotas venian de vez en cuando á anunciar la frialdad de la atmósfera.

= La noche está oscura y lluviosa, observó Luis, debiéramos no haber salido.

= Sigue, sigue que ya encontraremos mi coche.

= No te comprendo...

= No importa... mejor es así...

-- La corte ha cambiado tu carácter.

— Porqué...?

— Antes tu alegría era, si me permites la espresion, mas triste.

— Es que esta noche soy muy feliz. Y la mano de la jóven temblaba sobre el brazo de su amante.

— ¡Cuanto envidio tu confianza!

— Yo haré que participes de ella...

— De que modo?

— Silencio, ya hemos llegado... este es el coche, subamos.

— Y adonde hemos de ir?

— A dar un paseo; el cochero sabe ya la direccion. Al decir esto subieron al coche que partió en seguida al trote de dos vigorosos caballos de raza normanda, circunstancia que no dejó de sorprender á Luis. Sin embargo, bien pronto se olvidó de sus injustas sospechas, de su caprichosa melancolía, y del involuntario disgusto que le produjo la aparente tranquilidad de su amada, para entregarse sin recelo al placer de encontrarse á su lado, de estrechar su mano y de oir su voz. Pero el coche tardó poco en detenerse, interrumpiendo su amoroso diálogo.

— Ya hemos llegado, dijo Esperanza, bajemos á la playa.

En efecto hallábanse en una solitaria parte de la costa que el mar bañaba con sus tranquilas aguas. Algunas casas de pescadores se veían sembradas en caprichosas direcciones como pájaros acuáticos descansando sobre sus fatigadas alas. La luna envuelta en nubes alumbraba á intervalos el paisaje.

— Esta no es la playa por donde nosotros paseamos, observó Luis, dirigiendo á todas partes sus miradas.

— He elegido este paseo por su misma soledad, aquí estamos al abrigo de toda sorpresa. Luis no contestó, y dando el brazo á Esperanza siguieron alejándose de la ciudad, cuya sorda respiración apenas se sentía.

— No me quejo de tus caprichos, dijo Luis sonriéndose despues de un rato de silencio, puesto que me proporcionan paseos como éste: pero no podré ocultarte que me admiro de ello; nunca hubiera sospechado que los tuvieras.

— Tú te complaces en creerte perfecta, y esa perfeccion ideal me perjudica. Necesariamente he de bajar del pedestal elevado donde me colocas.

— No, tú no bajas, yo soy el que desciendo. Tengo á veces absurdos zelos, el dolor

de tu ausencia ha embotado mi entendimiento.

= Con que has tenido celos ?

= Sí, celos de todo el mundo, de los que te miran, de los que te hablan, de los que al pasar se rozan con tu vestido; tengo celos hasta del aire que respiras.

= Vamos con cuidado, eso es ya una enfermedad.

= Enfermedad incurable...

= Pero esos celos envuelven una desconfianza que me ofende.

= No, porque solo los he tenido en esos diez días de ausencia...

= Ah... entonces es fácil el remedio.

= Te parece fácil ?

= Sí, y ahora mismo vas á verlo. Hablando de este modo habían llegado á la puerta de una pequeña iglesia donde se veneraba una imagen de Ntra. Sra. de los desamparados, á quien los pescadores se encomendaban con frecuencia en las tempestades. La iglesia estaba abierta, y el altar de la virgen iluminado con dos cirios.

= Entremos, dijo la princesa, y roguemos á Dios para que nos conceda un hermoso porvenir. Luis, admirado de este nuevo ca-

pricho, pero no queriendo contradecirla, cedió sin esfuerzo y penetrò con ella en la iglesia, yendo á arrodillarse á su lado junto á la primera grada del altar. Entonces observó que no estaban solos; un hombre de edad avanzada y aspecto venerable, y una muger, ambos vestidos de negro, se hallaban en pié á poca distancia, y en una actitud que le pareció sospechosa. En las circunstancias en que ambos se encontraban, parecía prudente la desconfianza, y hasta en cierto modo motivada por su estraña situación, y bajo este supuesto, procuró observar con disimulo á aquellos desconocidos, pero sin atreverse á manifestar su alarma de otro modo, por no interrumpir á la jóven que parecia absorta en su oracion.

Concluido el rezo, que Esperanza recitó en voz baja y con un fervor digno del lugar en que se hallaba, tomó en silencio la mano de Luis, y despues de una larga páusa le dijo lentamente, y acentuando sus palabras con gravedad.

— Luis, este va á ser el momento mas solemne de nuestra vida... ¿ me amas? Sorprendido el jóven por lo inesperado de esta pregunta, y aun mas por el acento y el lugar

en que se le dirigia fijó en ella los ojos con asombro.

— Por mas estraña que te parezca mi pregunta respòndeme... ¿me amas?

— Y tu lo dudas!

— Nò, pero he querido oirlo en presencia de Dios.... ahora bien, mira lo que aquí vá á pasar y no opongas á ello el menor obstáculo, sino quieras que dude de tu amor. Esas personas que ves ahí, son mi notario y mi aya, que solo esperan una señal mia para avisar al sacerdote.

— Al sacerdote!

— Sí; al cura de mi parroquia que se ha prestado á echarnos en esta iglesia la bendicion nupcial.

— Dios mio!

— El acta está ya estendida, y tan pronto nos casemos, una lancha oculta á poca distancia de este sitio, nos conducirá á bordo de un lugre que solo aguarda nuestra llegada para dirigirse á Génova.

— Y vas á sacrificar tu nombre, tus títulos, tu posicion...

— Estamos en presencia de Dios; aquí todos somos iguales... al unirme á tí, me elevo hasta un hombre superior á los demas, por

su talento y por la nobleza de sus sentimientos.

= Esperanza...!

= Estamos perdiendo un tiempo precioso... quien sabe si á esta hora nos estarán buscando...! Avisad al sacerdote, añadió en voz alta dirigiéndose al notario. Éste hizo una reverencia y entrò en la sacristía volviendo luego acompañado de uno de los venerables curas de Nápoles. La ceremonia principió entonces y siguió sin interrupcion hasta concluirse, oyendò ambos esposos la misa de rodillas. Luis creia ser juguete de un hermoso sueño: parecia que á cada instante iba á despertar, pero la jóven estaba allí y le miraba con sus grandes y negros ojos, brillantes de amor. Al verla la duda era imposible. En este momento se oyeron los pasos breves y precipitados de una persona que se acercaba, y en medio del silencio general una muger envuelta en un manto negro se presentó en el dintel de la puerta de entrada, adelantándose con velocidad hácia Luis.

= Huid, dijo, descubriendo su semblante, pálido y hermoso, huid, caballero, que os van á prender...

= Quien sois, señora?

— Soy una muger á quien un dia salvasteis del suicidio...

Luis reconoció á la querida del marqués de Breñafiel.

— Y como sabeis...

— Nada os importa... huid por Dios.

— Pero, quien nos persigue...

— El duque de Castelsoro y el marqués...

Despues que sorprendí casualmente su secreto apenas he podido ganar cinco minutos sobre la velocidad de sus caballos. Alguien os ha vendido, porque saben el sitio donde estais. En este momento se oyó el lejano galope de algunos caballos...

— Oís?... pronto, pronto... poneos en salvo.

— Y vos...

— Yo? nada temo. Y una dolorosa sonrisa se dibujó en sus labios. El sacerdote entonces hizo una seña á todos, y llevándolos á la sacristía les hizo salir por una puerta que daba al campo, despues de bendecir de nuevo á los recién desposados. Esperanza, recobrando su presencia de espíritu, y fuerte ya con el convencimiento de sus deberes, guió á todos hácia la playa donde con facilidad encontró su lancha. Despidióse allí de su notario y de la bondadosa muger á quien debía su salvacion

sin conocerla, y embalsándose con Luis y su aya dió la órden de partida... Los marineros hundieron en el mar los remos, y estimulados por una generosa recompensa se alejaron con velocidad de la orilla. En este momento el ruido de los caballos llegó á sus oídos mezclado con el confuso rumor de las olas...

= Princesa, gritó una voz en la que Esperanza reconoció temblando la del marqués.

A este grito siguió una larga pausa, y poco despues un bote de los que estaban en la playa cayó al agua.

= Avanzad, dijo Luis, ayudando á los remeros...

= Nada temais, señoritos, dijo el patron, ese bote no puede alcanzarnos porque ignora la posicion del lugre.

En efecto, los fugitivos llegaron á bordo sin descubrir á los que sin duda les perseguian. El buque les esperaba con sus velas desplegadas. Esperanza al subir á bordo dejó á los marineros un bolsillo lleno de oro. Media hora despues cruzaba el buque el golfo de Nápoles, impulsado por un viento que presagiaba á todos una navegacion feliz.

Ayudada en el filarete de popa, Esperanza vió desaparecer poco á poco las últimas luces

de la ciudad; entonces volviéndose á Luis, cuyo brazo rodeaba su cintura, le dijo suspirando dulcemente.

— Ahora no temo el porvenir.

CAPÍTULO XXIII.

Cinco años despues.

Corria el año de 1853. La fiebre revolucionaria se habia calmado en toda Europa. El progreso seguia su marcha lenta pero segura, mejorando las instituciones, los hombres y los pueblos. Es de noche y nos hallamos en el teatro principal de Turin, de esa noble capital del Piamonte, centinela avanzada de la libertad de Italia. Cantábase una ópera nueva de Verdi, y el teatro estaba completamente lleno. Ocupaban los palcos todas las notabilidades de Turin, desde la aristocracia del poder y el nacimiento, hasta la aristocracia del talento y la hermosura. Muchos viajeros, que nunca faltan en Italia, ocupaban los sillones del patio, espléndidamente iluminado. Entre éstos, si queremos fijarnos un poco, descubriremos la franca y leal fisonomia del jóven

valenciano que con el nombre de Felipe hemos visto en Madrid acompañando á Luis de Valdesalles, durante su corta, pero brillante carrera de poeta dramático. En uno de los entreactos, Felipe á fuer de estrangero y de curioso se dirigió a un caballero, que estaba sentado á su izquierda, y entabló con él el diálogo siguiente.

= Perdonad, caballero, mi curiosidad; pero soy estrangero y no conozco las bellezas del pais, ¿ tendreis la bondad de decirme quien es aquella hermosa señora que ocupa el segundo palco de la derecha?

El interpelado se sonrió y contestòle al momento con la mayor urbanidad.

= Esa es la perla de Turin, la reina de nuestras hermosas, la señora de Valdesalles...

= Esperad... yo conozco ese apellido, así como me parece que conozco tambien esas facciones, ¿ no es española?

= Sí señor, es la hija única del duque de Castelsoro.

= Sí, sí, ya recuerdo... viuda luego del príncipe de Reggin.

= Y casada en segundas nupcias con Don Luis de Valdesalles, uno de nuestros mas distinguidos diplomáticos.

— Pues, no es súbdito español?

— Ha renunciado por ahora á su patria y se ha fijado en el Piamonte. Su influencia es grande en la corte. El rey le distingue y le aprecia como uno de sus mas leales consejeros....

— ¿Me dispensareis si os pregunto la calle y número de la casa que habitan en Turin?

— No viven en la ciudad, sino en una quinta que dista de ella dos leguas, situada á orillas del Pó.

— Gracias, caballero, por vuestras noticias; ese D. Luis es un antiguo amigo á quien no creí volver á encontrar.

— ¿Le conoceis?

— En Madrid hemos vivido mucho tiempo juntos, pero despues de un viage que hizo á Nápoles, no nos hemos vuelto á escribir.

— Miradle, ahora entra en el palco de su esposa.

En efecto, un jóven de noble semblante y de distinguido porte penetró en el palco, y fué á sentarse junto á Esperanza con quien cambió una afectuosa mirada. Felipe lo observó un breve rato y reconoció en sus facciones las de su tímido amigo el poeta de Asturias.

Al día siguiente el valenciano se trasladó á la quinta, cuya direccion era en Turin bien conocida. Dejó á la entrada el carruage, y atravesando un lindo parterre, se acercó á una magnífica escalinata de mármol que bajo un elegante pórtico se alzaba hácia el poniente. Un criado de lujosa librea se presentó al momento, y habiéndole preguntado por Don Luis de Valdesalles, le condujo á un precioso salon con vistas al jardin suplicándole esperase mientras él anunciaba su nombre. Cinco minutos despues se oyò el ruido precipitado de unos pasos, y el feliz esposo de Esperanza entrando en el salon se lanzó al cuello de su amigo.

= Felipe... tú aqui?

= Sí, vive Dios, aquí estoy, y por cierto que nunca hubiera creido encontrarte tan bien alojado.

= Amigo mio, soy el hombre mas feliz del mundo.

= Me alegro...

= Todos mis sueños se han realizado.

= Sí, ya sé que al fin te casaste con la princesa.

= Apesar de tus pronósticos ¿ te acuerdas?

= Sí, confieso con gusto haberme equi-

vocado: yo la juzgaba con arreglo á las noticias que tenia de su familia.

= Mi Esperanza es un ángel.

= Sí, el semblante es el retrato del alma, no necesitas publicar tu dicha... todos la adivinarán. Y á propósito de su familia ¿estais reñidos?

= Sí, y nõ... El vizconde al saber la estimacion que el rey me profesa, ha venido de Madrid con su linda esposa la Condesita, á visitarnos el año pasado. Su padre el duque, dice, que espera á que yo solicite y obtenga un título de nobleza para devolvernos su gracia; pero creo que al fin tendrá que recibirnos sin él, porque ni lo necesito ni lo quiero.

= Al padre ó al título?

= Al título, dijo Luis riéndose.

= ¿Me permites te pregunte por quien llevas luto?

= Por un primo de mi muger, el marqués de Breñafiel, muerto hace pocos meses en un desafío. No es luto que nos molesta, ni nos priva de ir al teatro.

= Era, si no me engaño, un calavera que merecia ese trágico fin...

= Así era en efecto. Ahora quiero presentarte á Esperanza... sin ceremonia; como á

el mas antiguo y mas querido amigo.

— ¡Bueno! ¡bueno! un momento, bieder.

— ¡Sigue en pie!

Hablando así, salieron del salon y átravesaron una prolongada serie de habitaciones regularmente amuebladas. De pronto Luis se detuvo, é hizo señas á Felipe para que se acercara sin ruido.

— Mira, dijo, y señalóle el interior de un gabinete, sobre cuya alfombra se veia un niño de rodillas con sus lindas manos cruzadas sobre el pecho, recitando con voz infantil una oracion delante de Esperanza que sentada le escuchaba gravemente.

— Oh, ahora comprendo toda la estension de tu felicidad, murmuró el valenciano, dándole un afectuoso apretón de manos.

— Entra.

Y Luis se presentó, haciendo que Esperanza se levantase y el niño corriera á su encuentro dando alegres palmadas.

— Te presento, dijo él, tomando en sus brazos al chico y cubriendo de besos sus rosadas mejillas, á uno de mis mejores amigos.

— Caballero... los amigos de mi esposo lo son míos, tened la bondad de tomar asiento.

Felipe se inclinó y ocupó un sillón junto á

la princesa.

— ¿No le conoces? añadió Luis, no te acuerdas de haberle visto conmigo en el Retiro?

Lo que sí recuerdo, dijo Esperanza con voz conmovida, es que prometí una noche darle las gracias al hombre desconocido que arrojó el primer bravo la noche de tu drama, y hoy ha llegado el momento de cumplir mi promesa.

Y con una gracia encantadora tendió su mano á Felipe que la estrechó con efusión.

Cuando al anochecer el joven se retiró de la quinta, murmuró al subir al coche estas palabras.

— Con una mujer como Esperanza se puede creer en la felicidad.

FIN.